



HQÑ™

Entre
SOMBRA
y **SUEÑOS**

LAURA COSCI

Portadilla

Entre
SOMBRAS
y SUEÑOS
LAURA COSCI

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025, María Laura Cosci

© 2025, Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.

Entre sombras y sueños, n.º 427 - abril 2025

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta: Shutterstock

I.S.B.N.: 9788410744875

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Cita

*Tiendo puentes al infinito, poblado de sueños,
para abrazar alguno y ceñirlo fuerte.
Tomando el aliento del tiempo...
para no secarme, para no perderme.
Y para que mis alas crezcan,
y mis plumas escriban mil versiones,
que rieguen la tierra seca, de flores marchitas.*

LAURA COSCI

Prólogo

Ciudad de Buenos Aires, 1898

La detonación de un disparo proveniente de la habitación contigua sacó al muchacho de su sopor. Vestido con su ropa de cama, salió con prisa y corrió por el pasillo hasta ingresar, atolondrado, al cuarto que compartía su padre con la esposa. Perlas de sudor brillaban en su frente y su corazón latía ensordecedor en su pecho.

Se detuvo en seco y sus ojos se abrieron con espanto e incredulidad. Intentó, pero no pudo articular sonido. Se precipitó junto al cuerpo que yacía herido de muerte sobre la fina alfombra que cubría el piso, a un costado del lecho conyugal.

Desesperado, colocó sus manos temblorosas sobre el pecho de su padre, en un intento vano de detener la mancha carmesí que, lentamente, se esparcía tiñendo sin piedad la camisa blanca.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó desgarrado, notando cómo la vida se apagaba en esa mirada que, estupefacta y vidriosa, quedaba clavada en algún punto perdido del cielo raso—. ¡No! ¡No! Por favor, no...

Se puso de pie y se abalanzó con un grito de furia contra la mujer que aún sostenía el revólver en su mano. Se lo arrebató y la apuntó con él, fuera de sí.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué lo hizo? —chilló.

—Yo no he hecho nada, has sido tú —dijo, venenosa.

La mujer de mediana edad, bella y de aguda mirada celeste, se mantuvo firme y sin emitir palabra al tiempo que comenzaron a escucharse algunos pasos y voces provenientes del pasillo.

—¡Joven Martel! Baje el arma.

Como perdido, el muchacho de cabellos oscuros paseó su vista ambarina entre la mujer y los hombres que estaban parados en el umbral de la habitación. Uno era Horacio Farías, el hijo de la infame dama que acababa de asesinar a su padre, y el otro, un oficial de

policía que durante el último tiempo había venido a la casa, acompañándolo en varias ocasiones.

El joven soltó el arma y la dejó caer al piso.

—Tiene que apresarla, esta mujer le disparó a mi padre —dijo balbuceante, señalando con dedos temblorosos a la arpía que impávida contemplaba la escena.

El oficial de policía ingresó cauteloso a la habitación, pero en vez de dirigirse hacia la reciente viuda, con un movimiento veloz redujo al muchacho contra el piso.

—Rafael Martel, queda detenido por el homicidio de su padre, don Antonio Martel.

Había transcurrido horas interminables sentado en el piso de esa celda maloliente. Se hallaba incomunicado. Ni siquiera sabía si el resto de su familia estaba enterada de lo sucedido o qué habían hecho con el cuerpo de su padre.

Su padre... Cerró sus párpados como si con ese gesto pudiera deshacerse de la cruel realidad. Crispó sus puños sobre sus cabellos oscuros y las lágrimas se escurrieron por sus ojos cerrados, dejando un rastro sobre las mejillas sucias. Le habían arrebatado a su padre.

Eran como uña y carne y, si bien podía ser un guía exigente y firme, era al mismo tiempo cálido y afectuoso. Sin él, se sentía desolado y vacío.

Un ruido proveniente del pasillo de ingreso a las celdas lo sacó de sus cavilaciones. Se puso de pie, con los ojos abiertos de par en par, cargados de expectación. Tal vez se tratara de su tío, él lo ayudaría a salir de allí.

Sin embargo, quien se encontraba frente a él era Horacio, el hijo de la mujer que se había casado con su padre hacía unos años y que había gozado de su amabilidad y buena vida durante todo ese tiempo.

Tenía poco más de veinte años, era licencioso y le gustaba la juerga. Había escuchado a su padre quejarse en varias oportunidades de su comportamiento. Con su cabello castaño claro

casi rubio, igual al de la madre, y su bigote ondulado a la moda, lo miraba del otro lado de las rejas con un desdén triunfal.

—¿Quién diría que el mozalbete que era orgullo de Antonio Martel ahora se encuentre en este estado deplorable? Asustado como un crío lloroso y acusado nada más y nada menos que de asesinar a su propio padre.

Impulsado por la ira, al tiempo que profería un grito descarnado, Rafael se abalanzó y lo agarró del cuello a través de las rejas. Estaba fuera de sí y en ese instante podría realmente convertirse en un asesino.

Horacio le asestó un golpe en las costillas y Rafael se desplomó sobre el suelo hediondo de la celda. Su verdugo se acuclilló para hablarle en voz baja, aunque allí estaban únicamente ellos dos.

—Te has salvado del fusilamiento porque con catorce años, siendo menor de edad, no pueden aplicar la pena capital. Pero eso no importa, este asunto no pudo demorarse más, dado el inoportuno viaje que planeaba hacer tu padre contigo por el extranjero. Quiero que sepas que, si bien tu tío intentará por todos los medios demostrar tu inocencia, eso será imposible y te pudrirás en la Penitenciaría de Las Heras por el resto de tu vida. Que no mueras ahora da igual, porque esa será tu tumba. —Sonrió cínico al escuchar el llanto de Rafael—. No te preocupes, mi madre y yo cuidaremos y disfrutaremos del patrimonio Martel. Por las condiciones de tu crimen, serás despojado de todo.

Se irguió y lanzó una última mirada de desprecio al cuerpo que, ovillado sobre el piso, se sacudía por los sollozos.

Capítulo 1

Ciudad de Buenos Aires, 1910

El viento helado silbaba entre los altos muros del penal. Carcajadas siniestras se colaban en el silencio, convirtiendo la noche en un tormento.

No sabía si su cuerpo temblaba por frío o miedo. Con los ojos vendados, lo conducían por el patio, entre palabras obscenas y golpes que le dificultaban el paso de sus pies engrillados.

Creía que ya se había acostumbrado a la brutalidad, pero no podía controlar el terror que lo invadía. ¿Qué pretendían esta vez? Lo sentaron con brusquedad en un banco contra el paredón de piedra.

—¡Preparen!

Sintió el sabor de sus propias lágrimas en la boca, al tiempo que los guardiacárceles aprestaban sus armas.

—¡Apunten!

¿Cuántas veces podía uno morir? Comenzó a rezar para poner su alma en manos de Dios, un Dios en el que no creía desde hacía años.

—¡Fuego!

El estruendo ensordecedor aún resonaba en sus oídos. Se sentó agitado, bañado en sudor. Dirigió su vista vidriosa hacia la ventana y observó que aún no había amanecido. Se incorporó de la cama despreciándose a sí mismo por su debilidad y porque sus pesadillas lo hacían llorar como un niño y revivir una parte de su vida que necesitaba dejar atrás para siempre.

Tomaría un baño, eso lo ayudaría a relajarse y recuperar el control. El agua caliente rodó por su cuerpo, que en varios lugares de su torso y espalda denotaban los rastros de los castigos recibidos durante su encierro. Al finalizar, terminó de vestirse frente al espejo contemplando una imagen que le era ajena. Seguía sin reconocerse

en ese rostro firme, de barba incipiente y cabello oscuro prolijamente recortados.

Durante años, en su recuerdo habitaban los rasgos de un muchacho de casi quince años. Ahora, frente a sí, tenía el reflejo de un hombre cuyos ojos ambarinos fijos en el espejo eran los de un desconocido.

Un apremio que ya le era familiar lo puso en camino hacia el único sitio que le traería algo de sosiego.

Los cascos de los caballos retumbaron en la calle adoquinada y parecían ser lo único capaz de quebrar la quietud y silencio de una ciudad que se hallaba dormida. Había convivido tanto tiempo con el silencio que la mayoría de las veces lo prefería al bullicio de una urbe que en su apogeo desbordaba vitalidad.

No podía imaginarse qué tipo de hombre sería si no hubiera pasado doce años tras los muros del presidio, y ya no valía la pena ni siquiera pensarlo. Quien fue o podría haber sido quedó enterrado la noche en que murió su padre.

Su traslado a la Penitenciaría Nacional situada en la calle Las Heras no se había demorado. Inaugurada en el año 1877, se convirtió en la cárcel más moderna del país y, si bien en aquel entonces se hallaba emplazada en un área descampada, en la periferia norte de la ciudad, con el correr de los años había quedado rodeada por uno de los barrios más elegantes y prestigiosos, el barrio de Palermo.

Envuelto en una nube de irrealidad, Rafael se había encontrado frente a los muros de más de siete metros de alto por cuatro de ancho, de lo que parecía una fortaleza almenada y amurallada invulnerable. Siete pabellones convergían en un puesto de observación central y toda la periferia estaba, a su vez, circunvalada por una reja de hierro.

En cada pabellón se hallaban las celdas individuales distribuidas en dos pisos. Para Rafael, los muros de piedra de su celda, junto con la pequeña abertura de escasos veinte centímetros, fueron su nicho fúnebre. El traje a rayas que le entregaron el primer día, junto con el

birrete, se convirtieron en su segunda piel. Y su nombre quedó en el olvido para transformarse tan solo en un número de presidiario.

«Obediencia, silencio y trabajo» eran los estrictos principios del presidio.

Bajo ese código de inflexible disciplina, había pasado lo que parecía una vida bajo el rigor de los castigos corporales y la tortura por pura diversión, que incluía golpes con cachiporras y fusilamientos simulados. Como si eso no bastara, le habían agregado a la pena el aislamiento a pan y agua por veinte días cada aniversario de su condena.

Volver de semejante marginalidad no era nada fácil. Hacía unos meses que había recuperado su libertad y no creía poder acostumbrarse al nuevo mundo en el que se encontraba.

Ante tamaña realidad, preguntarse qué hubiera sido de su vida no tenía ningún sentido. En aquel momento, era el hombre que podía ser para sobrevivir.

El cementerio de la Chacarita quedaba bastante alejado y, cuando el coche se detuvo, el cielo empezaba a clarear. Una leve brisa fresca mecía las hojas de los árboles y el canto matinal de los pájaros acompañaron su andar taciturno por los caminos de grava. Estar allí lo ayudaba a desahogar su amargura.

Se detuvo frente a una tumba cuidada con esmero, se acucilló y pasó su mano acariciando con suavidad la inscripción de la lápida: *Antonio Martel 1846-1898. Hombre honorable, devoto y amoroso con los suyos. Q. e. p. d.*

Se escuchó decir con voz grave y profunda, nacida del dolor que ceñía su pecho y anegaba su mirada:

—Dijiste que siempre estarías a mi lado, pero no te dejaron cumplir. Se llevaron tu vida de modo ruin y miserable, y a mí me enterraron contigo. Sellaron mi nombre, que no fue vuelto a pronunciar durante años, borraron mi existencia, pero volví de entre los muertos y no descansaré hasta hacer justicia y que todos los culpables sean castigados... No tengo nada más que hacer en esta maldita vida.

Capítulo 2

Acomodó su sombrero de color crema y copa ancha, que se había inclinado sobre su cabeza, y miró alrededor embargada por la emoción. Aquel 18 de mayo de 1910 sería memorable. El salón de eventos de la Unione Operai Italiani ya estaba colmado de mujeres unidas para alzar su voz, dispuestas a trabajar con tesón y voluntad por el progreso y la conquista de sus derechos.

El orgullo le expandía el pecho y sentía el entusiasmo recorriendo todo su cuerpo. Finalmente, después de dos años de trabajo, estaba por dar inicio la sesión inaugural del primer Congreso Femenino Internacional de la Argentina.

La orquesta comenzó a tocar los acordes del Himno Nacional y no pudo evitar que sus ojos pardos se empañaran y la piel se le erizara. Para ella no había mejor manera de festejar el Centenario de la Revolución que con aquella congregación donde había mujeres de todo el mundo que, en persona o a través de su adhesión, apoyaban el evento. Cuando la orquesta tocó los últimos acordes, resonaron calurosos aplausos que se sucederían en varias ocasiones esa tarde.

Luego de algunas palabras alusivas, la presidenta de la comisión organizadora cedió su lugar para dar inicio al discurso inaugural.

Había tenido el azaroso privilegio de leerlo con antelación y, a medida que lo escuchaba de boca de la doctora Ernestina López, su mente lo repetía como si fuera ella misma la oradora:

«Se ha dicho que cada época tiene sus hombres y ¿por qué no diríamos también que tiene sus mujeres?... He aquí por qué el Congreso Femenino Internacional ha querido incluir en su programa todos los asuntos que de una u otra manera concurran a preparar el advenimiento de una era en que la mujer, siendo más dueña de sí misma, pueda tener una acción más intensa en la sociedad...».

El discurso continuó, fue extenso, fervoroso y se explayaba sobre la interpelación a conseguir para la mujer la «triple libertad de aprender a pensar, sentir y obrar por sí sola».

Al finalizar, el aliento colmaba el salón y sobre todo su corazón. Debía admitir que sentía una excitación como jamás había experimentado.

Luego tuvieron lugar las palabras de las delegadas de Chile, Uruguay, la delegada por la Liga Nacional de Librepensadoras y el Centro Socialista Femenino. Durante los intervalos, la orquesta también interpretó los himnos de Chile, Italia, Uruguay y *La marselesa*.

Aprovechó la oportunidad de intercambiar ideas con compañeras de otras comisiones de trabajo, ya que ella había participado de la de Sociología y se encontraba ávida por saber de otras investigaciones. Conoció a interesantes mujeres venidas de países vecinos y de Europa.

Aquella era la primera jornada de un total de cinco y concluyó con las palabras de clausura a cargo de la doctora Cecilia Grierson, impulsora fundamental para la realización de este congreso.

Terminada la jornada, sus pies volaron por las veredas angostas de la ciudad, de camino a la casa de su tía. No le importó el aire gélido del otoño sobre su rostro, su interior estaba colmado del calor de la dicha y, si bien no eran pocas calles las que tenía que caminar, prefería hacerlo antes que viajar en el tranvía atestado de gente.

Cuando traspasó el umbral, su corazón palpitaba agitado. Se acercó al mueble recibidor, colgó el abrigo azul en el perchero, guardó la sombrilla adornada con frunces y volantes en el paragüero y dejó sus guantes y sombrero sobre el aparador. Se detuvo frente al espejo un instante y estaba tan feliz que esa vez no se fastidió al contemplar que el recogido de su peinado estaba un tanto deshecho y su cabello oscuro caía a los costados de su rostro ovalado. Hizo un mohín restando importancia a su aspecto y se encaminó exultante a la salita de lectura.

Era un espacio acogedor que amaba, con la gran biblioteca de nogal que se extendía a lo largo de la habitación y aquel rincón predilecto donde se ubicaban dos sofás mullidos y de amplios respaldos. Entre ellos había una mesita ovalada de apoyo y una lámpara de pie. La suave alfombra que cubría ese sector especial

combinaba sus tonos verdes y ocres con los cortinados crema que enmarcaban el ventanal que daba al patio trasero de la vivienda.

Su tía estaba tan absorta leyendo, acomodada en uno de aquellos silloncitos, que no la había escuchado entrar.

—¡Tía Elsa!

La mujer delgada, de piel traslúcida levemente arrugada y cabellos canos, levantó su mirada perspicaz del libro que tenía entre sus manos. Al instante percibió los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas de su sobrina y le sonrió con calidez.

Con un gritito de alegría, Elena se acercó a su tía y tiró de ella para ponerla de pie y hacerla bailar al compás de una música imaginaria.

Su sobrina era una muchacha como tantas otras, de estatura media, ojos marrones y cabello castaño oscuro. Pero de ella emanaba tanto entusiasmo y vitalidad que era imposible no verse influenciado por tal espíritu, y ese era su mayor atractivo y tesoro. Hacía honor al significado de su nombre «mujer que resplandece». Estando cerca, hasta el rostro más agrio se ablandaba. Ella misma era prueba de eso.

—¡Para de una vez! Me harás marear y caer con tanta voltereta —dijo Elsa en falsa reprimenda—. Ven, siéntate y tomamos un licor mientras me lo cuentas todo.

—Si mi padre supiera que me convida con un licor, pondría el grito en el cielo —bromeó.

—Elena, si tu padre supiera tantas otras cosas que haces, haría más que poner el grito en el cielo.

Al escuchar a su tía, algo de su entusiasmo se apagó. En verdad, si su padre se enterara de sus actos, de seguro no solo la reprobaría, sino que se sentiría traicionado. Eso le pesaba, pero tenía la certeza de que a quien no podía traicionar era a ella misma.

Elsa apoyó la botella en la mesita y se le acercó arrepentida de haber mencionado a su intransigente hermano. Con afecto, tomó el rostro de su sobrina entre sus manos.

—Olvida lo que dijo esta vieja aguafiestas. Ya me encargué de tu padre, le envié mensaje diciendo que mi salud continúa delicada y que necesito aún de tus cuidados, por lo que te quedarías unos días más en mi casa. De todos modos, con el clima revuelto que hay en las calles, justo en este momento en donde hay que mostrarle al mundo el brillo de la Nación, ni advertido estará de tu presencia o ausencia... Ahora cuéntame todo lo acontecido este día tan importante para nosotras.

El entusiasmo volvió a Elena a medida que le relataba a su tía con lujo de detalles el primer día del congreso.

—Se han presentado tantos trabajos que no podrán ser leídos. Cada comisión dará un informe de ellos, las conclusiones y luego se votarán las proposiciones.

—Si las integrantes de cada comisión han puesto la mitad del empeño y trabajo que has puesto tú, entonces, no tengo dudas del éxito de este congreso y de lo importante que será para nuestro futuro y el de todas las mujeres. Lo que está en marcha será arduo y costoso, pero ya nadie lo puede detener.

Ambas mujeres permanecieron en silencio con la vista perdida en el fuego que crepitaba en el hogar. Elena se sintió afortunada de contar con el amor y apoyo de su tía, ella la entendía como nadie. No era fácil encontrarse del lado contrario a lo que se esperaba de ella y de las mujeres en general.

Tantas normas que acatar para resguardar la reputación y buen nombre, tantas reglas que cumplir para que una mujer sea considerada decente y honorable, y qué injusto que la más mínima transgresión, según esas ajustadas reglas, significara la ruina y tragedia social. Muchas veces se sentía sola e inapropiada, aunque no lo demostrara.

—La delegada de Chile dijo algo tan bello. Que una mujer que pudiera conseguir la libertad de pensar, sentir y obrar por sí sola, podría estar más cerca del compañero de su vida y que la unión sería entonces del cuerpo y del espíritu, y que unidos de esa manera es como se forma un hogar feliz...

Elsa dio unas palmaditas en las manos de su sobrina, sabía que Elena añoraba sentir el calor de un hogar amoroso que nunca había

tenido.

Su madre había estado muy enferma y finalmente había fallecido cuando Elena tenía tan solo tres años. Y, si bien ella había dedicado su vida a estar junto a su pequeña sobrina todo lo que le fue posible, ambas habían estado siempre bajo los estrictos dictados y frialdad de su hermano.

Suspiró. La vida no era tan sencilla, pero no sería ella quien le robara la confianza y los anhelos a su sobrina. Sirvió otra ronda de licor y alzando su copita dijo solemne:

—Brindemos por las mujeres con agallas y el espíritu libre como el tuyo, y por quienes se atreven a acompañarlas en sus caminos.

Capítulo 3

Parada de puntillas sobre una silla, haciendo malabares para devolver un libro a la biblioteca, se encontraba una muchacha que, si continuaba con ese afán, sin dudas terminaría en el suelo dándose un buen golpe.

El abrigo que llevaba puesto limitaba sus movimientos y con la mano libre parecía dudar entre sostenerse de algún estante o enderezar el sombrero que se inclinaba peligrosamente sobre su rostro impidiendo su visión. Parecía ágil, con su cuerpo menudo y curvas suaves, pero lo que intentaba hacer era imposible.

—Señorita...

Sorprendida, la muchacha lanzó un grito y, a punto de caerse, soltó el libro para sostenerse con ambas manos de uno de los estantes de la biblioteca de caoba empotrada, que ocupaba el largo de la pared y llegaba hasta el techo.

Al recuperar el equilibrio, se dio la vuelta lanzándole una mirada acusadora.

—¡Por Dios, señor, casi muero del susto! ¿Cómo puede ser tan imprudente?

Resulta que el imprudente era él. Sonrió, no pudo evitarlo. La muchacha bajó y se apresuró a recoger el libro del suelo. La escuchó suspirar aliviada al comprobar que no había sufrido ningún daño. Entendía su preocupación, el dueño de todos esos libros cuidaba a cada uno de ellos como un tesoro.

Hebras castañas habían escapado de su peinado, cayendo a los costados de su rostro, en total desorden. La vio acomodar su sombrero y, entonces sí, centró su atención en él. Sus mejillas sonrojadas no alcanzaban a disimular unas cuantas pecas que por aquí y por allá salpicaban sus pómulos. Se sorprendió pensando que le daban un aspecto fresco y encantador. Sus labios eran un capullo perfecto y sus ojos francos de color pardo parecían centellar con un fulgor especial.

Elena evaluó al hombre que tenía enfrente, el cual era muy apuesto, pero tal vez un poco lento para comprender situaciones. Se había quedado quieto y no hacía más que mirarla en silencio con esos extraños ojos amarillos. Por cierto, su aspecto era bastante saludable; bajo su traje oscuro podía adivinarse una contextura de hombros anchos y pecho plano que denotaba la práctica de algún deporte o algún trabajo que requería del esfuerzo físico. No, no parecía alguien con problemas para entender, pero, por si acaso, se lo explicaría.

—Señor, tal vez no es consciente del accidente que estuvo a punto de provocar. Realmente no debería entrar a un lugar con semejante sigilo.

—Lo lamento, años de estar acostumbrado al silencio. —La muchacha lo miró extrañada, sin entender su ironía—. Debo decirle que estaba tan absorta en su tarea que posiblemente no escucharía ni a una turba de huelguistas entrando por esa puerta.

La vio sonreír, con sus ojos iluminados por el humor. Por segunda vez, en el corto tiempo de unos cuantos minutos, él mismo se encontró sonriendo nuevamente.

Elena esperaba que ese accidente no llegara a oídos del señor Martel, sabía lo cuidadoso que era con sus libros y ella estaba muy agradecida por la generosidad que había tenido con ella al dejarle usar y consultar libremente todo lo que necesitaba para su trabajo en la comisión. No quería defraudar esa confianza.

—Dado que no se produjo ningún crimen y ambos asumimos nuestra parte de culpa en todo esto, no será necesario mencionarle este episodio al señor Martel. ¿Qué le parece?

—Sería lo justo y, si me permite —dijo el desconocido acercándose a ella para tomar el libro de sus manos—, puedo ayudarla con esto...

La inundó el aroma fresco del perfume del caballero y alzó sus ojos para encontrarse con los de él. La recorrió un extraño cosquilleo y su corazón latió desbocado. ¡Qué tontería, por Dios! Le entregó el libro y se hizo a un lado para darle paso.

Lo observó subirse a la silla y colocar el libro en su lugar sin ningún inconveniente. Pero si ese hombre que le llevaba más de una cabeza había tenido que estirar su brazo al máximo para ubicar el

libro, cómo no se había dado cuenta de que ella nunca iba a poder lograr su cometido.

La tía Elsa tenía razón cuando le decía que debía pensar más antes de actuar, si no, tarde o temprano se metería en problemas. La embargó una premura que la instaba a salir de allí.

—Bueno, ahora que está todo en su lugar, me marchó. ¿Usted necesitaba hablar con el señor Martel?

—Sí, así es...

—Él no suele venir tan temprano en la mañana. —Elena dudó—. No sé si sería correcto que lo espere en su oficina si él no se encuentra aquí.

—No se preocupe, quedamos en este horario, y Enrique Martel y yo somos viejos conocidos. —Notó el alivio en la joven, era evidente que quería marcharse.

—De ser así, no creo que haya ningún problema en que usted lo aguarde. Gracias por su ayuda.

Él vio el brazo extendido y le devolvió el saludo apretando suavemente esa mano enguantada que se le ofrecía.

—Adiós.

La siguió con la mirada hasta que salió cerrando la puerta tras de sí. Debía reconocer que, después de tantos años, volvía a sentir curiosidad por algo o, mejor dicho, por alguien. ¿Quién era esa mujer que podía estar allí, en esa oficina, sin ningún tapujo? Meneó su cabeza, desconcertado por un encuentro tan particular.

Se dirigió al ventanal, la vista era privilegiada. El edificio se encontraba sobre la avenida de Mayo, que unía la casa de Gobierno con el Congreso, y en ese momento se hallaba engalanada de fiesta para los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo.

Símbolo de la modernidad urbana, era la primera avenida de Sudamérica y emporio no solo de vida social, sino de actividades comerciales, donde había oficinas, grandes tiendas, hoteles y restaurantes lujosos.

Caminar por sus veredas anchas, arboladas con plátanos, podía confundir al transeúnte ilustrado haciéndolo creer que se hallaba paseando por alguna de las principales capitales europeas como

París, Madrid o Londres. Tal era la opulenta fisonomía de sus construcciones, que era orgullo de la elite de Buenos Aires.

Rafael se dirigió al escritorio, se quitó el sombrero de felpa negro y ojeó el titular del periódico que se encontraba allí: *Que el mundo vea la otra cara de la ciudad dorada*. Sin duda, en los últimos años, las cosas habían cambiado bastante. Algunas para bien, mientras que otras, no tanto.

Un país cuyo progreso se codeaba con las potencias del mundo, pero a costa de hombres, mujeres y niños que trabajaban sin contemplación y sin reconocerles ningún derecho. En su deambular nocturno, él mismo era testigo de niños de entre ocho y doce años que por la noche dormían en las calles, posiblemente sin haber comido, o a las cuatro de la mañana ya se encontraban a la intemperie, en las puertas de los diarios, aguardando que se les entreguen los ejemplares para la venta, teniendo a sus familias viviendo lejos del centro.

Por un lado, el brillo; por el otro, la opacidad.

Hizo una mueca irónica, tanto como allí afuera, las luces y sombras habitaban también en el interior de cada uno, solo quedaba reconocer en qué lugar se empecinaba la vida en dejarte. A él lo había arrojado a lo más profundo.

Excepto la búsqueda de justicia, su vida era suelo yermo; no lo habitaba ningún anhelo, ningún deseo. Era una sombra y no creía ni siquiera poder advertir la luz, aunque la tuviera delante. Su mente volvió al breve encuentro con la muchacha desconocida y la tensión de su cuerpo se relajó.

«Tal vez, si existiera algo así como la luz, tenía que ser lo más parecida a ella». Ese pensamiento lo hizo sonreír por tercera vez en doce años.

Absorto en sus cavilaciones, no escuchó que alguien entraba a la oficina, y menos que lo llamaban por su nombre. El mismo tiempo que llevaba sin sonreír era el que no habían vuelto a pronunciar su nombre.

Sintió una mano sobre su hombro y su mirada se encontró con la de Enrique Martel, su tío.

—Rafael, ¿qué te tiene tan concentrado que no me escuchas cuando te llamo? —Le palmeó nuevamente la espalda y se sentó frente a su escritorio—. ¿Llevas mucho esperando?

—En verdad no, solo unos cuantos minutos.

Don Enrique se reclinó en su sillón de cuero y, mientras se acomodaba el extremo enroscado de su bigote blanco, miró a su sobrino con suspicacia. Lo preocupaba, sabía que nada de lo que había vivido era fácil, pero ahora que meses atrás había recuperado su libertad, tenía que comenzar a rehacer su vida.

Pero era testarudo y no daba el brazo a torcer. Carraspeó antes de mencionar un tema que sabía lo pondría a la defensiva.

—Espero hayas reconsiderado tu decisión de vivir solo en el departamento de arriba de las oficinas y vengas a vivir con nosotros, tu familia. Tu tía y tu prima han regresado de su viaje y se sorprendieron al saber que aún no te has instalado en la casa. Sabes que tu prima Luisa no cejará en su insistencia hasta lograr que ya no vivas solo aquí y te mudes con nosotros.

Rafael se puso tenso, no quería volver a discutir de las mismas cosas con su tío. Se inclinó hacia adelante en la silla que había ocupado frente a él y le habló con calma y determinación.

—Sé que se preocupan por mí, pero necesito tiempo para acostumbrarme a ciertas cosas. Si es necesario, hablaré personalmente con mi prima. Vivir con ustedes no es una opción por ahora.

—Bueno, como prefieras —dijo ofuscado. Luego palmeó el periódico que estaba sobre el escritorio—. Parece que una de nuestras presas estará ocupada estos días con la amenaza de huelga y todas las protestas que se suceden en la ciudad y comprometen los festejos del Centenario ante los ojos de los invitados extranjeros.

—Eso parece. Estuve pensando en todos los detalles que me dio de su plan, pero aun si demostráramos que ambos están involucrados en delitos varios como la trata de mujeres, lo cual solo

los condenaría con suerte a pocos años de prisión, ¿cómo lograríamos exponerlos ante la justicia como autores intelectuales y cómplices del asesinato de mi padre?

—Aún no puedo garantizar el cómo, pero uno es una persona acaudalada y conocida en el mundo de los negocios, y el otro es un funcionario importante en un cargo sensible.

—Tal vez sus negocios sucios sean nuestro puente para lograr demostrar que, de una u otra forma, estuvieron involucrados en el crimen de mi padre, aunque no me imagino cómo podemos llegar a esa conexión.

—Si para llegar al hijo de esa mujer, que entró a la vida de tu padre para luego quitársela vilmente, tenemos que empezar cortando por el hilo más delgado..., así será. Todo hombre tiene su talón de Aquiles, Rafael, y nos valdremos de ello para hacer justicia.

Para Rafael no sería algo fácil de lograr y tenía sus dudas, pero contaba con todo el tiempo del mundo. No tenía otro motor en su vida que ver a esos miserables tras las rejas, tardara lo que tardase en conseguirlo.

Se puso de pie para marcharse y su tío lo miró fastidiado.

—¿Ya te marchas? Pensé que desayunaríamos juntos.

Los penetrantes ojos de su tío, tan parecidos a los suyos, lo instaban a quedarse, pero no estaba dispuesto a dejarse intimidar.

—Lo siento tío, sabe que desayuno mucho más temprano y que me esperan en la academia. —Rodeó el escritorio y dio un fuerte apretón en el hombro de su tío—. Gracias por todo su apoyo y preocupación.

—¿Por qué tienes que ir a ese lugar de pugilistas? —Enrique se sentía indignado.

—Porque soy el socio del dueño, es lo único que me quedó del legado de mi padre, y porque me encanta el boxeo tanto como le gustaba a él.

Era verdad. Enrique recordó que su hermano adquirió parte de ese establecimiento solo porque allí se practicaba el boxeo, un deporte que por aquella época era incipiente y muy mal visto, como lo era

aún hoy. Una actividad vulgar y violenta en su opinión, pero su hermano había llevado consigo a Rafael varias veces antes de morir. Si ambos compartían ese gusto, él no podía interponerse.

—Bueno, ¿quién soy yo para decirte en qué ocuparte? Solo ten cuidado, sabes que las peleas están prohibidas.

—No se preocupe, nada de lo que hago es ilegal. —Se encaminó hacia la puerta, pero de pronto se detuvo—. Por cierto, al llegar me encontré con una muchacha que había venido a devolver un libro a su biblioteca.

Su tío pareció sorprendido, pero luego le respondió con naturalidad:

—Debe de ser la señorita Elena. Forma parte de un par de asociaciones feministas, entre ellas la que aboga por la lucha contra la trata de blancas. Ha estado trabajando en ello por un tiempo. Nos hemos ayudado mutuamente, me ha conectado con personas que me han aportado mucha información sobre el tema que nos interesa.

—Bueno, ahora entiendo la confianza para moverse en su estudio. Nos vemos, tío. —Rafael se encasquetó su sombrero de media copa antes de salir.

«Elena». De seguro volverían a verse y, por alguna desconocida razón, pensar en ello aligeraba su ánimo normalmente sombrío.

Capítulo 4

La academia funcionaba en la planta baja de un edificio de dos pisos. No era un lugar de lujo, pero sí se diferenciaba en las instalaciones y la concurrencia de otros establecimientos ubicados cerca del bajo, en la zona de las dársenas.

Las peleas por dinero o como espectáculos rentados estaban prohibidas en la Capital desde 1892, por considerar que los *match* eran espectáculos repugnantes y feroces que atentaban contra el buen gusto. Aun si en la actualidad el boxeo seguía sufriendo los embates de la mala prensa, su crecimiento se expandía, así como las peleas clandestinas o las que se organizaban en Avellaneda o Barracas, donde no corría la prohibición que ostentaba la Capital.

Se abrían cada vez más establecimientos destinados a la enseñanza y práctica del deporte, lo cual estaba permitido, y los clubes más exclusivos, donde asistían hombres encumbrados, contrataban como profesores a destacados pugilistas venidos de Norteamérica o Inglaterra. Los luchadores locales combatían entre sí o con marineros ingleses o estadounidenses.

Rafael recorrió el pasillo, cuyas paredes revestidas de madera le daban un aspecto elegante, aunque un tanto lúgubre. Iluminado por apliques de doble tulipa distribuidos en toda la extensión del recorrido, por él se accedía a las distintas habitaciones, como la oficina y el salón donde se dictaban las clases. Entró a este último y arriba del *ring* se encontraba Willy Coll, enseñando la posición del cuerpo y los puños a dos contrincantes.

Lanzó un silbido y Willy levantó la vista. Le hizo un gesto para que supiera que se dirigía a la oficina y el hombre alto y robusto, de tupido cabello cano y ojos celestes, asintió.

Willy dejó la lección en manos de su ayudante y se encaminó a la oficina. Por momentos creía que era un sueño que Rafael hubiera recuperado la libertad y se encontrara día tras día allí en el club. Dios era su testigo de que nunca había creído en la infamia que cayó

sobre él años atrás. En ese entonces era un jovencito afable, entusiasta y observador, de temperamento tranquilo y que tenía una relación muy cercana con su padre. Quien hubiera conocido la unión que había entre ellos, nunca habría dado crédito a que quien apretara el gatillo aquella noche fuera Rafael.

Por la lealtad y genuino afecto que había sentido por Antonio Martel, quien se había convertido en su socio invirtiendo dinero cuando él y ese deporte aún no eran nada, puso todo el empeño en hacer de ese club un lugar respetable y rentable para que, cuando Rafael pudiera volver, se sintiera orgulloso y tuviera un legado a buen resguardo, pues, al condenarlo, lo habían despojado de todo.

El club de boxeo había sido la piedra fundamental de otros negocios y comercios que, a lo largo de los años, con su astucia y conexiones, habían generado cuantiosas ganancias.

Entró a la oficina y se acercó al muchacho que ya era un hombre y que para él era la familia que no tenía.

—Muchacho... —Estrecharon sus manos.

—Willy, te noté un poco cansado allí arriba —dijo Rafael aguijoneándolo.

—Cuando quieras nos medimos, a ver qué tan viejo y cansado me sientes.

Por la única ventana, el sol matinal entraba a raudales iluminando el recinto, cuyas paredes estaban revestidas con la misma madera del pasillo. Rafael, sentado detrás del escritorio, observó al hombre que consideraba en muchos sentidos su mentor y aún más.

Desde que había recuperado la libertad varios meses atrás, lo había acompañado de modo constante, pero sin asfixiarlo, en el reencuentro con un mundo exterior que en doce años había cambiado mucho para él.

Suspiró. El carácter apacible de Willy contrastaba extremadamente con el de su tío, con quien se sentía apremiado a decidir cuestiones para las que todavía no estaba listo.

—¿Ese suspiro indica que las cosas con tu tío no han ido bien?

—Ni bien, ni mal... De hecho, he estado solo unos minutos. — Rafael se reclinó en la silla y perdió la vista en el exterior, más allá del ventanal que daba al patio—. Pero bastaron para que pusiera

sobre la mesa una vez más el hecho de que no le parece bien ni dónde vivo ni qué hago.

—Quiere lo mejor para ti y se preocupa.

—Sí, lo sé. —Tras unos instantes en silencio, preguntó—: ¿Regresó?

—Sí, hace un par de días. ¿Qué piensas hacer?

—Por ahora nada, pero quiero que lo sigan y me mantengan informado. Quiero saber su rutina, los lugares que frecuenta, la gente con la que alterna, para decidir los pasos que voy a dar.

—¿Hablarás con tu tío de ello?

—Por ahora no. No sé qué tiene entre manos porque esta cuestión de los prostíbulos y el comercio de mujeres es difícil de probar y no les traería a estos miserables más que una incomodidad o contratiempo. No hay manera de hacer que paguen de ese modo.

—¿Su plan te parece endeble? —inquirió Willy.

—La cuestión es —Rafael frunció levemente el ceño— que creo que aún no me dice en verdad cuál es su plan.

—¿Por qué te mantendría al margen?

—Quizás porque sabe que lo desaprobaba —deslizó.

Ambos hombres permanecieron en silencio y Rafael advirtió que era la primera vez que expresaba esa duda que lo rondaba desde hacía algún tiempo, respecto a que su tío era esquivo y no del todo honesto con sus intenciones. Había algo que no le estaba diciendo.

Más allá de ello, prefería trazar sus propios planes porque esa era una deuda que le debían a él y solo él podía ponerle un precio.

Volteó el rostro nuevamente hacia la luz del ventanal y su mirada lúgubre se perdió allí, como sus pensamientos. En su fuero íntimo, creía que no importaba si lograba que esos dos miserables pagaran, no había manera de recuperar su vida, de borrar sus años de soledad, de tortura, de encierro. La amargura lo acechaba y le daba alcance a cada paso.

—Quita esa expresión de tu rostro o de verdad te daré una buena paliza en el *ring*.

—Creo que la necesito, así que ponte de pie, viejo.

Lanzó el reto al tiempo que él mismo se levantaba; realmente necesitaba un poco de ejercicio para escabullirse del abismo.

Palmeó el hombro de Willy con afecto y se encaminaron a la sala de práctica. Se quitó la chaqueta, que colgó en el respaldo de una silla, y su chaleco y camisa siguieron el mismo camino. Con el torso desnudo, se dispuso a ponerse los guantes.

—¿Listo para el escarmiento, muchacho? —le dijo el fornido Willy ya sobre el cuadrilátero.

Rafael hizo una mueca que no llegó a convertirse en sonrisa y pasó entre las cuerdas. Ya no era el joven escuálido de meses atrás; había ganado peso y masa muscular y sabía que sus brazos y puños podían ser demoledores. Pero en esa ocasión necesitaba que una buena tunda viniera a su rescate.

La lucha fue una exhibición para los aficionados que estaban entrenando en el club. Ambos contrincantes dominaban la técnica con pericia y no cejaban en su empeño de encontrar al otro con la guardia baja para asestar un buen golpe.

Fue un gancho de derecha el que finalmente dejó a Rafael en el piso y dio por terminado el espectáculo.

Willy, agitado, extendió su mano para ayudarlo a incorporarse.

—Bastante bien, pero no lo suficiente como para ganarme — alardeó.

—¿Tenías que partirme la boca y dejarme un ojo hinchado?

Willy rio y observó el rostro magullado de Rafael; seguramente el suyo lucía parecido. El muchacho en verdad era bueno y tenía ladrillos en los puños.

Se sentaron uno al lado del otro, mirando a los hombres que habían retomado sus ejercicios y prácticas.

Al cabo de un rato, Rafael le formuló a Willy un encargo que había estado rumiando desde que saliera del estudio de su tío.

—Quiero que averigües sobre alguien. Se trata de una muchacha que forma parte de algunas asociaciones feministas o algo así; quiero saber los lugares que frecuenta y con quién se conecta.

—¡Muy bien! Ves, ese es otro modo para recuperar el sentido aparte de una buena paliza... Una mujer.

Rafael frunció el ceño e hizo un chasquido con su boca.

—¿Qué dices? No se trata de eso. Me la encontré en el estudio de mi tío esta mañana y, cuando le pregunté, me dijo que ella lo había

conectado con algunas personas que le aportaron datos para la investigación. Su nombre es Elena; que tus hombres averigüen el resto en el entorno de mi tío, que pregunten en el edificio o lo que sea necesario.

—Cuenta con ello.

Willy lo miró de reojo. Lo había dicho en broma, pero, pensándolo bien, tener una mujer en su vida podía ser un buen remedio para la amargura que carcomía las entrañas de Rafael.

Capítulo 5

En el otoño, caminar con el sol arropándola con su tibieza era una sensación que Elena adoraba. La distancia que había desde la casa de su tía en el barrio del Carmen hasta el local donde se realizaban las reuniones y asambleas no era corta, pero le encantaba caminar.

El lugar de encuentro era una casa en planta baja, del estilo propio de finales del siglo diecinueve. A la acera daban dos ventanales protegidos con firmes rejas torneadas y entre ambos se hallaba la robusta puerta de madera por la que se ingresaba a la vivienda. Desde allí se accedía a un zaguán tras el cual se encontraba un patio, enmarcado por varias habitaciones comunicadas entre sí.

Elena se había demorado más de la cuenta en llegar y muchas de sus compañeras ya estaban allí. El grupo era diverso, pero todas eran mujeres sencillas, trabajadoras y comprometidas por cambiar tantas reglas y prejuicios que oprimían su libertad.

Ella misma había llegado a participar de esos espacios por sentirse despreciada en sus anhelos y cautiva de estándares que le impedían lograr lo que quería sin el respaldo y consentimiento de un hombre. Elena deseaba con toda su alma ser abogada, pero cuando su padre se había negado rotundamente, había sido imposible intentarlo sin su permiso y apoyo. En aquel momento, esa frustración se convirtió en una puerta que le dio brío para abrir su horizonte y sus ideas.

De la mano de su tía, había empezado a leer artículos y folletines de mujeres valientes que escribían sobre los derechos y la reivindicación femenina, y poco a poco se introdujo en ese mundo y esa lucha por la igualdad jurídica de la mujer. Compartir con alguna de ellas ese y tantos otros días le permitía sentirse útil y que de alguna manera hacía algo importante por ella misma.

Ese día, con el impulso renovado por todo lo vivido y escuchado durante el Congreso Femenino, el cual ya había culminado, habían decidido reunirse porque tenían claro que del fervor era necesario

pasar a la acción. En esa ocasión iban a comenzar a bosquejar los lineamientos para avanzar con una de las proposiciones votadas en el congreso respecto a la creación de un hogar maternal para amparar a las mujeres embarazadas y abandonadas.

Esas acciones no erradicarían los infortunios a los que se veían sometidas la mayoría de las mujeres en esa situación, pero eran pasos que permitirían contener las innumerables penurias por las que atravesaban e ir ganando terreno en esa lucha que no vería una victoria de la noche a la mañana.

—¡Buenos días, Elena! Tienes los pómulos sonrosados y tu cabello se escapa de tu peinado por debajo del sombrero. ¿Acaso has venido a la carrera? —bromeó Sara con su amiga sobre su aspecto, como ya era una costumbre entre ellas.

—¡Claro que no! Pero qué decir, mis sombreros y mi cabello parece que nunca quieren quedarse donde deben estar. —Simuló un mohín de disgusto como si fuera una niña enfurruñada y Sara sonrió divertida.

Tomó asiento y puso sobre la mesa los apuntes que había tomado en el congreso y algunas ideas que se le habían ocurrido para aportar al encuentro.

Como ella, el resto de las muchachas habían llevado sus ideas plasmadas en un papel y, luego de varios minutos de intercambio, el clima se había colmado de entusiastas propuestas. Cómo conseguir los fondos, el tipo de edificio que sería necesario, cómo hacer para expandir esa iniciativa a otras ciudades.

Después de más de una hora de trabajo, se disponían a tomarse unos minutos de descanso para luego continuar, cuando fueron interrumpidas por un muchacho que entró a la sala intempestivamente.

—¡Compañeras! —La alarma estaba tallada en su rostro y no esperó para lanzarles una advertencia—: Un grupo ha vandalizado dos locales obreros cercanos y se dirigen hacia aquí, deben marcharse cuanto antes.

Había finalizado la algarabía. Entre murmullos consternados y rostros serios, sorprendidas de que su lugar de encuentro fuera descubierto —las reuniones de esa índole estaban prohibidas—, las

mujeres comenzaron a juntar sus pertenencias para marcharse entre sensaciones de enojo y preocupación.

En el marco de los festejos por el Centenario, ante las amenazas y constantes huelgas y reclamos encabezados por los partidos obreros y militantes socialistas, así como otras expresiones más extremas por parte de simpatizantes anarquistas, el gobierno no solo había establecido el estado de sitio y había clausurado locales gremiales, sino que había recurrido a grupos que vandalizaban y hacían desmanes para amedrentar.

Con esos antecedentes, la advertencia del compañero no era algo para tomar a la ligera.

La acostumbrada ligereza de ánimo que caracterizaba a Elena desapareció por completo y, más que atemorizada, se sentía impotente.

Cuando se encaminaban hacia la puerta, oyeron el impacto de algo contundente que, golpeando las ventanas y traspasando las rejas, hizo estallar los vidrios en pedazos. Las mujeres exclamaron ante la sorpresa del violento ataque y siguieron adelante hacia la puerta de la calle, ya que era la única vía de escape. Elena nunca pensó que las cosas pudieran precipitarse de tal modo.

—Al salir, dispérsense —dijo Sara—, es la oportunidad que tendremos de permanecer indemnes.

En la calle, la escena dejó a Elena petrificada. Hombres armados con palos, piedras y quién sabía qué más avanzaban mientras gritaban enardecidos hacia la casa.

Le llevó un instante salir de su estupor y emprender la huida, pero otro estruendo de vidrios rotos la hizo trastabillar y caer de bruces sobre la acera. Giró para poder ponerse de pie y vio que un hombre se abalanzaba sobre ella esgrimiendo un palo.

Se cubrió la cabeza con los brazos como si pudiera amortiguar el castigo, pero el golpe nunca llegó.

Otro hombre se había interpuesto entre ella y su atacante, y con un par de golpes lo dejó tendido en el piso. Sin perder tiempo, ese caballero la tomó de un brazo para ponerla de pie y emprender la huida juntos.

—¿Puede caminar? —le preguntó preocupado, pero sin detener la marcha, que era ya una corrida.

Elena asintió con un gesto al hombre que la tomaba de la mano y la llevaba prácticamente a la rastra por la calle en dirección contraria a los vándalos, para alejarlos del tumulto.

«¿Qué jugada del destino era esa?». Aquel hombre de extraños ojos amarillos que se había encontrado aquella mañana en el estudio de don Enrique estaba ante ella una vez más, como salido de la nada, en el momento y lugar menos pensado.

Luego de varias cuadras, Elena no pudo evitar la protesta.

—¡Un momento! —Estaba sin aliento—. Ya no puedo seguir esta marcha, detengámonos un instante.

Rafael aminoró el ritmo y por primera vez se volteó a mirarla. Estaba hecha un verdadero lío. Su abrigo azul estaba rasgado, su sombrero se había extraviado en algún momento y se encontraba agitada, con su peinado deshecho y sus mejillas arrojadas y también una de ellas magullada, seguramente por la caída.

En un acto del que no fue consciente, acarició con su pulgar el lugar raspado de la mejilla.

—Ya casi llegamos —dijo suave.

Elena llevó su propia mano a la mejilla donde él la había tocado y solo atinó a seguirlo.

A poco más de una cuadra, llegaron a un edificio de dos plantas y su salvador desconocido la hizo ingresar. Con un gesto le indicó que lo siguiera por un pasillo hasta una oficina cuyo aspecto era menos lúgubre gracias a la luz del sol que entraba por la ventana.

—¿Qué es este lugar?

Rafael la observó y notó que no había ningún rastro de cautela o aprensión en ella, solo curiosidad. «¿Acaso la muchacha no tenía ninguna noción de peligro?».

—Una casa dedicada a la mala vida —le espetó de mal modo. Rafael estaba ofuscado sin comprender por qué.

Elena lo miró sin temor alguno, pero no entendía el repentino enojo del caballero. Sus ojos ambarinos la fulminaban y parecían una llama encendida, y Elena pensó que podría fundirse en ese fuego. El loco derrotero de sus pensamientos la hizo sonreír.

—¿He dicho algo gracioso? —Estaba a punto de perder los estribos.

—No, no claro que no... —El pobre hombre estaba perdiendo la paciencia—. Solo que claramente esta no es una casa de tolerancia y usted no es ningún rufián.

—¿Cómo puede saberlo? —Rafael dio un paso hacia ella.

—No sé cómo, pero simplemente lo sé. ¿Satisfecho?

No, no estaba satisfecho en lo más mínimo. En lo referido a ella, parecía que no podía estarlo.

—Aguarde aquí mientras traigo un ungüento para su herida —le dijo seco.

Elena lo vio salir y respiró aliviada. Estaba segura de dos cosas: una era que no se trataba de un rufián, porque, de serlo, don Enrique no sería su amigo; y la otra, que su cercanía la hacía sentirse diferente..., más atrevida. Prueba de ello eran los pensamientos osados que cruzaban por su cabeza.

Decidió dejar a un lado tanta idea inútil y dedicarse a lo importante. Se acercó al escritorio y se sentó sobre el borde, para luego apoyar su pie sobre una silla cercana y así poder revisar el muslo que le latía condenadamente.

Momentos después, Rafael regresó y se detuvo en el vano de la puerta. La muchacha no lo había oído regresar porque se encontraba absorta revisando una herida en su muslo izquierdo. Se había sentado en el borde del escritorio y, con su pie apoyado sobre una silla, había levantado su falda azul y su magulladura estaba al descubierto tras la media de seda rasgada.

Por unos segundos, se quedó allí dejando que su vista vagara por ese muslo terso, por ese perfil delicado y ese cabello que, libre de su peinado, caía suelto sobre su hombro como una cascada.

Sintió un calor envolvente dentro de sí y todo su cuerpo reaccionó a esa visión. Tragó con dificultad y caminó hacia ella que, notando su presencia, también lo miró sin poder apartar sus ojos de él.

El ruido del botiquín al ser apoyado sobre el escritorio la trajo a la realidad e inmediatamente soltó su falda para cubrir nuevamente su pierna. Pero sus ojos siguieron prendados a él.

Ninguno emitió palabra, como si con el silencio pudieran contener sus cuerpos turbados.

Rafael fue el primero en apartar la vista, para humedecer una gasa que luego apoyó suavemente sobre el pómulo raspado.

Ante el contacto, Elena dio un respingo y tomó su mano para detenerlo.

—Arde... —dijo en un susurro luego de soltarlo.

No solo su mejilla ardía, sino todo su cuerpo. Él estaba tan cerca que su muslo rozaba el suyo, su pecho palpitaba a centímetros del de él y su aroma impregnaba sus sentidos. Estuvo a punto de caer del escritorio y contuvo la respiración cuando sintió el aliento cálido de él sobre su mejilla lastimada.

—¿Mejor?

Rafael tenía sus labios prácticamente rozando la mejilla tersa y sonrojada de Elena y se preguntó si ella era consciente de la tensión que había entre ellos, porque él sí. En ese momento, hubiera recorrido con su aliento y su boca más que solo su mejilla herida. La tomó de la cintura y la sintió temblar.

—Deje de moverse o se caerá del escritorio —le dijo quedamente.

Era tal el clima de intimidación que sin darse cuenta ambos susurraban como si no quisieran que las palabras estropearan ese momento.

—¿Ya está? —Elena sonó como una niña traviesa que esperaba ser liberada de su castigo.

—Ya casi... —Y Rafael frotó un ungüento sobre su piel—. Ahora veamos su pierna.

Elena contuvo el aliento y se dijo que era ahora o nunca, debía romper con el hechizo de su contacto y cercanía o... Se bajó del escritorio, tenía que poner fin a esa tortura.

—Gracias —dijo atolondrada—, pero mi pierna está perfecta, yo luego me ocupo.

Sin dudas era lo más sensato. Rafael dio un paso atrás y la miró con humor, mientras esperaba que su propio cuerpo comenzara a apaciguarse.

—La acompaño hasta su casa.

—Gracias, pero no es necesario.

Rafael no la contradijo y la guió nuevamente por el pasillo hacia la puerta de la calle. Antes de traspasar el umbral, ella lo miró.

—Mire en cuántos problemas nos hemos metido y ni siquiera sé su nombre.

—Rafael Martel, sobrino de Enrique Martel, y este lugar es un club, un club de boxeo.

Vio el asombro reflejado en sus ojos francos y luego una chispa de entusiasmo.

—Tal vez otro día pueda dar un vistazo —dijo con curiosidad renovada.

—Por supuesto que no. —Rafael fue categórico. Había perdido el juicio si esperaba que él consintiera que anduviera fisgoneando en un lugar como aquel.

—Aguafiestas. —Le dedicó a Rafael Martel la más radiante de sus sonrisas y no supo que en ese momento él sintió un impulso loco de no dejarla ir—. Gracias por prestarme su ayuda nuevamente y espero que, si volviéramos a vernos, no sea en circunstancias tan penosas, Rafael Martel.

—En las circunstancias que sean, será un placer —dijo galante.

Ella le sonrió y volteó para marcharse, aunque había dado tan solo unos cuantos pasos cuando regresó apresurada hacia él, que se había quedado en la puerta observándola partir.

—Usted se presentó, pero yo no le he dicho quién soy. Me llamo Elena... Elena Valdez.

Ahora sí, Elena se alejó, dejando a Rafael estupefacto.

Como un autómatas, caminó hasta la oficina que aún olía al perfume de ella. Con furia, apartó el botiquín que estaba sobre el escritorio y luego estrelló su puño una y otra vez contra la madera de caoba, con toda la impotencia y desazón que lo invadía.

Capítulo 6

A medida que transitaba por las calles hacia la casa de su tía, y pasaba la excitación y vértigo de todo lo acontecido en tan poco tiempo, la gravedad de los hechos se clavaba como un agujón angustiante en su pecho.

Días antes de la apertura del congreso, la redacción de un diario había sido incendiada y saqueada. Nadie había tenido dudas de que era un atentado a la prensa liberal y socialista, en cuyas páginas se denunciaban los abusos hacia los hombres, mujeres y niños trabajadores despojados de cualquier derecho. También eran publicados numerosos artículos escritos por compañeras luchadoras y comprometidas con esa causa.

Y en ese momento, una casa en donde solían reunirse, a pesar de la prohibición impuesta por el gobierno, sufría un ataque similar. Sin dudas, no había escrúpulos a la hora de ostentar y defender el poder que enriquecía a unos pocos, mirando al costado ante el hambre y la penuria de otros.

Ante tal despliegue, ¿qué podrían hacer ella o sus compañeras? Con el desánimo manifiesto en sus pasos, llegó finalmente a casa de su tía.

La llamó, como solía hacer cada vez que entraba, mientras colgaba su abrigo maltrecho después del atentado sufrido. Le extrañó no recibir respuesta y en silencio se encaminó hacia la salita de lectura.

Estupefacta, se detuvo en el umbral. Había libros esparcidos por el piso, recortes de periódicos también, y su tía se hallaba sentada en el sillón de siempre, con el cuerpo rígido y el rostro vuelto hacia un costado.

—¿Tía Elsa?

Oyó su propia voz estrangulada por el miedo. Corrió hasta donde estaba su tía y se puso de rodillas para tomar su rostro entre las manos. Se encontró con su mirada acuosa y dolorida.

—Tía, por favor, dígame qué sucede. ¿Qué le han hecho?

—Yo te diré qué sucede.

Elena se puso de pie bruscamente, al tiempo que giraba hacia el hombre que se hallaba de pie en el otro extremo de la sala. Sus pequeños ojos negros y punzantes la miraban con desprecio. La mano que sostenía el bastón era un puño tenso, de nudillos blancos que acaso era la única prueba de la cólera que atravesaba al hombre delgado y severo que tenía frente a ella.

—Padre...

—¿Padre? —la interrumpió—. ¿Acaso un padre como yo puede tener una hija como tú?

Sus palabras la hirieron en lo más hondo, una vez más. Lo vio levantar un papel en su mano al tiempo que recitaba su contenido:

—«Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina...».

—Por favor, padre, no siga —suplicó.

—Pero si recién comienzo —dijo con voz helada—. Así que tengo una hija que forma parte de esa turba que esparce ideas despreciables en contra del orden de la República.

Su padre se había aproximado mientras hablaba y, a pesar del temor que sentía, le sostuvo la mirada y habló con firmeza.

—Tiene una hija que quiere luchar por lo que cree justo.

La bofetada que recibió la arrojó al piso y su tía fue detenida por el bastón en alto de su padre cuando quiso socorrerla.

—Hermanita, tú te quedarás exactamente donde estás. —Las palabras salieron mordidas por la furia—. Gracias a ti, mi hija tiene estas ideas en la cabeza, no creas que no lo sé. Tú y tus estupideces han terminado de echar a perder a mi hija, pero ya no más.

Dirigió la vista a su hija, que ya se había puesto de pie. Maldijo a la vida que le había dado una esposa inservible y enferma que solo había podido parir una niña, una que con sus andanzas podía estropear su carrera y, con ello, todos sus planes.

—Ahora, tu estadía aquí en casa de tu tía para solapar tu conducta indigna ha terminado. Recogerás tus cosas y vendrás conmigo a casa para que de ahora en adelante te comportes como una mujer

decente. Y escogeré un hombre que te dirija con la mano firme que necesitas para que aprendas a ser como se debe.

—Nunca.

Vio el desafío en los ojos de su hija que, con su labio partido y la bofetada que aún debía de dolerle, no entendía que no era ella la que podía ganar esa contienda. Tendría que ser más claro y crudo.

Elena notó el rictus cínico de su padre, que el espeso bigote negro no alcanzaba a disimular. Se mantuvo firme, aunque el gusto de la sangre de su labio partido era el recordatorio de lo que su padre era capaz de hacer. Irguió aún más sus hombros y se preparó para la siguiente estocada.

—Te explicaré tus circunstancias, querida hija. Aquí no puedes quedarte porque, en caso de que tu tía, es decir, mi querida hermana —miró con sorna a Elsa—, pretenda alojarte, le quitaré todo mi apoyo económico y serán dos las que no tengan donde vivir. Tú quizás sobrevivas a tal desventura, pero ella ya está mayor y... — Se detuvo. Por fin su hija iba entendiendo, pues sus ojos se iban colmando de lágrimas—. Y si intentas pedir asilo a alguna de tus «compañeras», así se llaman entre ustedes, ¿verdad?, me encargaré de saquear cada una de sus miserables moradas.

Elena lo vio dirigirse hacia la puerta y miró con desesperación a su tía. Estaba consternada, ese no podía ser su padre. Lo sabía frío y rígido, pero no podía ser un hombre tan inescrupuloso. Entendía que se sintiera traicionado y que estuviera furioso, pero no podía ser capaz de tanto. Pesadas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Padre! —Lo alcanzó en el vano de la puerta—. Sé que se siente defraudado y lo lamento tanto, tanto... —La angustia le estranguló la voz y su padre le apoyó la mano en la mejilla.

—No es tiempo de lamentos, sino de rectificar. Te espero fuera.

—Por favor, padre, entienda, no puedo aceptar sus condiciones.

—¿Qué pensarán tus compañeras de lucha cuando descubran que también las has traicionado? —Vio la alarma en el rostro de su hija—. Sí, pienso lo mismo. Se volverán contra ti sin miramientos, pensarán que colaboraste conmigo para filtrar información.

—Eso jamás sucedió y nunca lo haría —dijo contundente.

—Pero cómo negar que Elena Valdez no haya colaborado con su padre, Miguel Ángel Valdez, siendo él nada más y nada menos que el jefe de la División de Investigaciones de la Policía. Como ves, las mías no son condiciones, sino exigencias que vas a cumplir al pie de la letra. Te concedo que no vengas de inmediato conmigo, sino que recojas tus cosas, ayudes a tu tía con este lío y te despidas de ella como es debido. Un automóvil te esperará en la puerta y yo te aguardo en nuestro dulce hogar —terminó con ironía y se dirigió a la salida.

Una vez que su padre se hubo ido, Elena se cobijó en el abrazo de su tía y ambas se consolaron por lo desastrosa que se había tornado la situación.

—Sabíamos que estábamos jugando con fuego, pero nunca imaginé que las cosas pudieran terminar así. —Elsa tomó el rostro de su sobrina entre las manos—. Perdóname por no haberte cuidado como debía.

Elena apoyó sus propias manos sobre las de su tía y la miró a los ojos para que ella estuviera segura de su eterno afecto y gratitud.

—Al contrario. Tía, usted me ha cuidado y querido como nadie y me ha dado lo más preciado que tengo, mis alas. —La vio negar con su cabeza—. Sí, sí, usted me dio alas con cada libro que compartía conmigo, con cada charla, con cada risa. Y esto no termina de esta manera, se lo aseguro. No voy a regresar a casa con mi padre, ni ahora ni nunca.

—Pero, hija, ¿cómo será eso posible si de una u otra manera ha cortado todos tus puentes y lazos?

—No todos, y haré lo que sea necesario para que ni él ni nadie corte nuestras alas —dijo con renovada determinación mientras que con sus manos apartaba las lágrimas que humedecían sus mejillas—. ¿Tomamos un licor?

Ambas sonrieron. Era un gesto que amalgamaba el humor y la pena, pero, sobre todo, la rebeldía.

Capítulo 7

Vestido con un traje gris oscuro de perfecta confección, su sobrino se paseaba furioso de un lado a otro del estudio. Había llegado hacía unos minutos y lo había increpado indignado, con el fuego refulgiendo en sus ojos.

Él, por su parte, mantuvo la compostura y no se había movido de su sitio, ni había contestado aún ninguna de sus preguntas.

Rafael se acercó y, apoyando ambas manos sobre el escritorio, se inclinó para cuestionar nuevamente a su tío que permanecía en silencio.

—Quiero saber qué pretende al involucrar a esa muchacha en este asunto. Ella está agradecida con usted, piensa que la ha ayudado todo este tiempo.

—¿Y qué crees que pretendo? ¿Acaso tengo que explicarlo? — Enrique elevó su voz hasta formular la última pregunta en un grito. La obstinación de su sobrino finalmente logró sacarlo de sus casillas.

—¿Esto es lo que llama el hilo más delgado, el talón de Aquiles?

Enrique Martel se puso de pie y rodeó el escritorio para enfrentar a su sobrino.

—¡Exactamente! —gritó furioso—. ¿O acaso piensas tener escrúpulos con aquellos que tomaron la vida de tu padre y te encerraron en esa prisión por más de una década?

—¡Claro que los tendré! No voy a arrastrar en esto a ningún inocente, no haré lo que hicieron conmigo. Usted y yo queremos cosas distintas y ya no dejaré este asunto en sus manos.

La rabia bullía en su interior y sostuvo la mirada a su tío palmo a palmo. Sabía que ambos habían llegado a un punto inflexible imposible de franquear.

—La muchacha es hija de ese policía malnacido que, en complicidad con Horacio Farías, urdió el plan para darle muerte a tu padre. ¿Cómo podríamos querer algo distinto cuando se trata de

hacer pagar a los culpables de la desgracia que cayó sobre nuestros hombros y el de nuestra familia? —gritó.

—La diferencia es que yo busco justicia y usted venganza. —La respuesta de Rafael fue contundente y clara—. Agradezco todo lo que se ha esforzado, pero si no es capaz de entender mi punto de vista y actuar en consecuencia, tendrá que mantenerse al margen de esto, y eso incluye que Elena Valdez no tiene nada más que ver en este asunto.

Escucharon unos leves golpes a la puerta y ambos se giraron impacientes hacia la entrada del estudio, con sus ceños fruncidos ante el intruso que había ingresado.

La sorpresa fue compartida por ambos, así como la inquietud que se transmitieron cuando cruzaron nuevamente sus miradas. En la puerta se encontraba de pie quien era el principal motivo de aquella disputa.

Ya no llevaba la ropa de esa mañana, la había cambiado por un conjunto sastre de chaqueta y falda color verde botella, por cuyo escote se avistaban los volantes de su camisa blanca. Sorprendentemente, el sombrero de copa ancha adornado con frunces estaba en su sitio y su cabello se hallaba dominado en un recogido sencillo pero eficaz.

Algo de esa compostura en ella y su presencia allí puso a Rafael en alerta.

—¿Elena? —Su voz denotó la preocupación que sentía.

—Lamento interrumpir de este modo, pero necesitaba hablar de manera urgente con don Enrique —dijo con nerviosismo.

Rafael lanzó una muda advertencia a su tío, quien hizo un gesto imperceptible de asentimiento al tiempo que le decía a Elena que se acercara. Cuando la muchacha se aproximó al escritorio, Rafael advirtió que a la mejilla raspada se le había sumado un leve morado y la comisura del labio partida.

Se adelantó un paso hacia ella y su pulgar se apoyó con suavidad en el labio lastimado. Era algo que no podía evitar, allí donde le habían hecho daño, él la quería tocar, como si pudiera curar su dolor.

Cada encuentro con Elena Valdez parecía despertarle un cúmulo de emociones desconocidas sobre las cuales, por el momento,

prefería no pensar.

Buscó respuestas en los ojos pardos de ella y, detrás de la determinación y el coraje, pudo advertir la tristeza.

—¿Qué sucedió? —su voz sonó ronca y sedosa—. ¿Quién le hizo eso?

Elena bajó la mirada, porque quien le había hecho aquello era su propio padre y eso la humillaba más que si hubiera sido cualquier rufián.

—Mi padre.

Rafael tuvo que contener un impropio. ¿Ese hombre también era el verdugo de su propia hija?

Elena se adelantó un paso para quedar frente a Enrique Martel. El pedido que iba a formularle la avergonzaba, pero, después de darle todas las vueltas posibles con su tía, aquella era su única salida de momento. Sus manos temblaban levemente y sintió la humedad en sus palmas, producto del nerviosismo, pero no podía permitir que un repentino pudor y remilgo echara por la borda su única oportunidad. Valiéndose de todo el coraje que le quedaba, intentó sonar clara y segura al hablar.

—Verá usted, mi padre se enteró de que participo en ciertos grupos y eventos, y que comulgo con algunas ideas contrarias a sus convicciones. Se ha enfurecido mucho y ya no me permite ver a mi tía, mucho menos permanecer en su vivienda. Sus exigencias para regresar a casa con él son para mí inadmisibles... —Desvió un instante sus ojos hacia Rafael, que estaba a su lado, para luego continuar—: Don Enrique, también amenazó con causarle problemas a quien se atreviera a ayudarme. No está usted en ninguna obligación de prestarme su colaboración, pero no tenía en este momento a nadie más a quien recurrir. —Se detuvo para tomar valor y formular lo que sabía era un pedido completamente impropio—. Necesitaría un lugar para quedarme por un tiempo mientras resuelvo mi situación y, ¿tal vez algún trabajo por el que pueda recibir una paga?

Finalmente lo había dicho. Sentía sus mejillas encendidas por la vergüenza, pero estaba aliviada.

—En verdad lo lamento, pero no creo que pueda ayudarla en esta oportunidad —dijo Enrique de modo sucinto.

Saboreó la pequeña victoria de ver a la hija de quien consideraba su enemigo roja por la humillación y sin ningún recurso más que quedar bajo el yugo del miserable de su padre o vagar por las calles hasta caer en manos de algún truhan.

La inesperada respuesta del señor Martel sumió a Elena en un desaliento absoluto. Inspiró varias veces, en un intento vano de recuperar la calma tras el impacto. No estaba preparada para una negativa de la única persona con la que pensaba contar en esas circunstancias.

En ese momento de puro desconcierto, la voz de Rafael la atravesó con su seguridad y determinación, para arrancarla de ese bucle de sombra que se cernía sobre ella.

—Lo que mi tío quiere decir es que está haciendo reformas en su casa, la cual es un caos y no puede en este momento ofrecerle un lugar. —Rafael titubeó ante la enormidad de lo que estaba por decir—. Pero puede quedarse conmigo.

Elena giró sorprendida hacia Rafael, pero rápidamente desvió la vista hacia el suelo porque no pudo sostener la intensidad de ese fuego.

Intentó concentrarse en la situación, pero estaba abrumada. Se llevó la mano al pecho como si de ese modo pudiera detener los latidos vertiginosos de su corazón. Una cosa era que la acogieran en una casa de familia y otra en la de un hombre soltero. ¿Soltero? Escudriñó las manos de Rafael y comprobó que allí no había ninguna alianza.

Rafael la vio debatirse y morderse el labio en un gesto inconsciente y casi infantil. La entendía: era un paso del que no había vuelta atrás para una muchacha inocente que quedaría condenada a los ojos de los demás. Aunque su propuesta sonara indecorosa y pensara de él lo peor, no estaba dispuesto a verla deambular en peligro por las calles, mendigando ayuda.

Elena no se detuvo tanto a pensar en la posible condena social, sino en los motivos por los que Rafael Martel le hacía ese ofrecimiento. Prácticamente no se conocían, aunque debía admitir

que por alguna loca razón confiaba en él y no tenía temor a su lado. Al contrario, con él se sentía más osada e intrépida. Si de algo debía tener miedo, era de ella misma y sus emociones.

—Rafael, no creo que sea adecuado un ofrecimiento como este — lo reprendió Enrique, irritado por la terquedad de su sobrino con esa muchacha.

Rafael le clavó una mirada de advertencia a su tío y dio por terminada la contienda. Volvió su vista hacia Elena, que en ese momento sí lo miraba con sus ojos cargados de preguntas.

—Elena, mi ofrecimiento es totalmente honorable, para que pueda pensar en una opción más adecuada y que no tenga que hacerlo deambulando por las calles. Yo vivo en un piso aquí mismo, arriba del estudio de mi tío.

Enrique Martel emitió un sonido de protesta y se dirigió hacia la ventana para clavar su vista en el exterior, dejando claro su desacuerdo con aquella situación. Elena lamentó que en esa oportunidad no pudiera contar con su apoyo y que condenara la propuesta que ella iba a tener que aceptar; no hubiera querido perder su respeto. Tragó con dificultad, de repente sentía un nudo en la garganta.

—Gracias. Acepto su ofrecimiento.

No quiso agregar más por temor a que las emociones la traicionaran. Estaba agotada y su corazón no dejaba de latirle acelerado, como si acabara de lanzarse al vacío.

Capítulo 8

En el edificio donde funcionaba el bufete de Enrique Martel se imponía el estilo de construcción francés. Con su basamento de piedra, grandes molduras, mansarda de tejas negras en sus techos y las chimeneas, desde el exterior guardaba la apariencia de una mansión. Había sido inaugurado cinco años atrás, pensado con fines administrativos y comerciales, pero el departamento acondicionado del tercer piso no carecía de ningún confort ni comodidad, con sus detalles de roble, picaportes de bronce francés, mármoles importados y ambientes generosos.

Rafael abrió la puerta y le cedió el paso a Elena que, fiel a su veta curiosa que se sobreponía a cualquier situación, no perdió detalle de lo que la rodeaba. El vestíbulo al que había ingresado era elegante, había un sillón azul claro y sobre una mesa rinconera un reloj de bordes dorados e intrincados detalles marcaba las siete de la tarde de ese interminable día.

A la izquierda, tras unas puertas de cristal abiertas, se avistaban la sala de estar y el comedor contiguo, ambos con ventanales orientados al frente de la avenida.

Elena le sonrió a Rafael aún nerviosa y percibió la tensión de él por su rostro serio y ceño levemente fruncido. A diferencia de la mañana cuando la rescató del tumulto, traía el rostro totalmente afeitado y la rigidez de su mandíbula era otra prueba de su incomodidad.

Le indicó que lo siguiera por un pasillo de distribución que se abría hacia la derecha del vestíbulo y llegaron a una habitación acogedora y de generosas medidas. En el centro se situaba la cama, acompañada de su mesita de noche, y también había un tocador, un amplio ropero de madera labrada y un par de sillas, una de las cuales Rafael utilizó para apoyar la maleta que Elena había traído consigo desde la casa de su tía.

—Aquí podrá estar cómoda, saliendo está el cuarto de baño. Y no se preocupe, puede usarlo con libertad, ya que yo utilizo otro que se halla en mi habitación hacia el extremo del pasillo.

Estaba parada en el umbral, con la determinación marcada en su rostro, y en ese momento fue él quien se preguntó qué diablos estaba haciendo.

—Estaré en el salón, cuando pueda, me gustaría que se reúna allí conmigo.

—Lo haré en un momento.

Elena se hizo a un lado para darle paso. Su nueva y temporaria habitación era acogedora, tenía las paredes empapeladas en tonos fuertes y la ventana enmarcada por delicados cortinados de seda daba al patio interno del edificio.

Aún turbada, se recostó sobre la cama clavando su vista en el cielo raso, perdiéndose en sus pensamientos. Le parecía insólito estar allí, no podía terminar de procesar todos los acontecimientos de ese día.

Recordó a su padre y su frialdad. No podía creer que la hubiera dejado sin alternativas y que quisiera imponerle condiciones que para ella eran inaceptables. Nunca había hecho ningún esfuerzo por entenderla y, a medida que fue creciendo y ella no podía comportarse «apropiadamente», su padre no había perdido oportunidad de mostrarle lo decepcionado que estaba de ella.

Dejó escapar un largo suspiro y se incorporó. No era momento de sentir pena de sí misma, sino de pensar cómo resolver su situación lo antes posible.

Se quitó el sombrero y los guantes, los apoyó sobre la cama y salió del cuarto para ir al encuentro del hombre que había salido en su auxilio una vez más y ante el cual se sentía «como una flor abriendo sus pétalos para ser tocados por los rayos del sol».

Rafael miraba sin ver a través del ventanal los faroles encendidos en la mitad de la avenida que formaban una fila interminable y otras luces brillantes que cruzaban en arco de vereda a vereda iluminando el escudo nacional en el centro y los escudos del resto de las provincias, ornamentos todos que formaban parte de lo dispuesto para celebrar el dichoso Centenario de la República.

De la calle se escuchaba apagado el ruido de los automóviles que se mezclaban con el tránsito de los coches de alquiler y carruajes.

Con la tensión marcada en su rostro y en la rigidez de sus músculos, Rafael tomó otro trago de *whisky* tratando de no pensar en cómo, de intentar que la hija de Miguel Ángel Valdez quedara al margen de sus asuntos y su vida, la tenía nada más y nada menos que bajo su mismo techo.

No quería que sufriera ningún daño a causa suya, pero socorrerla e incluirla en su vida, aunque solo fuera temporalmente, había sido una locura. Tenía que admitir que pensarla en apuros o en peligro no le era indiferente y lo volvía impulsivo e imprudente, algo que tenía que empezar a dominar si no quería generarse más dificultades.

—Creo que yo también necesito uno.

Se dio vuelta sorprendido y por un instante Rafael no entendió a qué se refería, hasta que ella le señaló el vaso que sostenía en su mano.

—Puedo ofrecerle un licor, esto que estoy tomando es *whisky*.

La vio tomar asiento resuelta, en un sillón cerca del ventanal. Volvía a ser la muchacha de cabellos castaños rebeldes escapando de su peinado y, por alguna extraña razón, ese aspecto lo reconfortaba. No quería volver a verla compuesta y rígida como cuando se presentó ese atardecer en el estudio, no quería volver a ver sus ojos opacados por la desilusión o la pena.

—Lo sé —dijo ella refiriéndose a la bebida—, y le aseguro que es exactamente lo que necesito.

Percibió el gesto reprobatorio de Rafael cuando se dirigió a servirle la medida de *whisky*.

—El licor también me gusta —se apresuró a aclarar—. Con tía Elsa solemos terminar una buena charla, festejar o sellar un acuerdo con una copita de licor.

Rafael le acercó el vaso y luego se sentó en el otro extremo del amplio sillón. Ella tomó un sorbo al tiempo que cerraba los ojos, como esperando que la bebida recorriera su cuerpo produciendo la sedación que necesitaba después de todo lo vivido.

—Otra cosa que mi padre reprobaría de mí —dijo abatida.

Él percibió la tristeza escondida en la profundidad de sus ojos cuando volvió a abrirlos.

—Cuénteme de él y de lo sucedido hoy.

—Bueno, no sé por dónde empezar. —Suspiró—. Mi madre murió cuando yo tenía tres años y desde entonces mi padre delegó prácticamente mi crianza en mi tía. Ella pasaba más tiempo en nuestra casa que en la propia. A medida que fui creciendo, me fue enseñando cosas, compartiendo ideas, lecturas. —Se detuvo dudosa de continuar, temerosa de que él la juzgara mal, pero luego prosiguió—: Comencé a participar de encuentros con grupos de mujeres que me alentaron a convertirme en la dueña de mi propio destino.

—Se ha sumado a las huestes de las ideas que hacen temblar a los poderosos y de las mujeres que se empeñan por conseguir y defender sus derechos y libertad, y su padre no lo aprueba.

—¿Cómo podría? Es funcionario del gobierno, nada más y nada menos que el jefe de Investigaciones de la Policía. Me dijo que he puesto su posición y trabajo en riesgo.

—Me imagino que sí. —Rafael tuvo que contenerse para no ponerse en evidencia. En verdad, si se supiera que la hija del jefe de Investigaciones colaboraba con quienes se consideran los enemigos del estado por sus constantes reclamos de derechos e ideas sobre una nueva dirigencia política, su reputación, su puesto y todo su poder podría hacerse trizas—. ¿Por qué no quiere regresar a su casa?

Elena apuró de un trago lo que quedaba de la fuerte bebida y, tras una graciosa mueca de desagrado, apoyó el vaso sobre una mesita y se acercó a él de repente como si fuera a confesarle un secreto.

Sorprendido de encontrarse con el rostro de ella a escasos centímetros del suyo, percibió su aroma, fue consciente del aliento de ella casi como una caricia y no atinó a más que clavar en ella su mirada ardiente. Permaneció inmóvil, porque si se movía sería para tomar sus labios entre los suyos, para explorar a fondo su boca intrépida de la que no se saciaría, sería para acariciar su piel en la que se perdería hasta el amanecer... La voz de ella respondiendo a

su pregunta penetró en su mente y vino a socorrerlo en ese instante en donde su cordura pendía de un hilo.

—Porque quiere obligarme a algo inadmisible, algo que jamás consentiría. —Elena no sabía por qué susurraba, le daba vueltas la cabeza y se dio cuenta de que, si miraba un punto fijo, era mucho mejor.

Ese punto fijo fue la boca de Rafael Martel, y claro que era un error porque su mente empezó a divagar, y entonces pensó que nunca se había besado con nadie y que le encantaría que... Con su mano tapó la boca de él y cerró los ojos para no verlo. Dios, debería haber aceptado un licor.

Abrió los ojos y se puso de pie bruscamente, para poner distancia. Rafael se contuvo como un santo, a pesar de su creciente excitación, y se puso de pie para ayudar a Elena a recuperar el equilibrio, tomándola del brazo y sujetándola de su estrecha cintura.

—No tendría que haber bebido tan rápido —la amonestó.

Los ojos de Elena brillaron con lágrimas contenidas.

—Mi padre dijo que volvería a casa y viviría allí hasta que encontrara un hombre con el cual casarme... Sí, eso dijo, un hombre que me enseñe a comportarme como una mujer decente, como es debido.

Rafael acarició su boca lastimada y su mejilla magullada, sintió la rabia retorcer sus entrañas al darse cuenta de lo que ese hombre miserable y ruin era capaz de hacerle a su propia hija, con tal de dominarla y no poner su cargo y prestigio mal habido en juego.

Elena se apartó de ese contacto, se sentía confusa y extraña. Se llevó su mano a la frente como para aliviar el leve mareo.

—Será mejor que me retire a descansar, ha sido un día largo.

Rafael asintió, pero su voz la detuvo en el umbral de la sala cuando pronunció su nombre de un modo que a ella le supo dulce y especial.

—Elena..., es usted una mujer admirable, honorable y valiente. No deje que las palabras de su padre y su falta de escrúpulos la desanimen. Encontraremos una manera de resolver este asunto, juntos.

Elena asintió y le sonrió agradecida, para luego encaminarse hacia el cuarto. No fueron solo las palabras, sino el tono en que fueron dichas, que la hicieron sentir que por primera vez alguien, a excepción de su tía, la valoraba y no juzgaba mal sus actos o lo que pensaba. Y que fuera Rafael Martel quien lo hacía la inundaba de dicha.

«No sé por qué él despierta en mí este tumulto de emociones y una sensación de confianza plena». Sin embargo, esos porqués tampoco le preocupaban.

No estaba en su naturaleza cuestionar sus sentimientos y pensamientos, no era de las personas que se perdían en rumiaciones incesantes, sino de las que abrazaban con gozo cada experiencia estimulante que llegaba a su vida y se entregaba a ello por completo, con todo su corazón.

No sería perdida en cavilaciones que descubriría todo lo que ese hombre comenzaba a significar en su vida, sino enfrentándose a ello, viviéndolo.

En casa de Elsa Valdez se vivía lo que parecía una escena repetida, aunque, esa vez, esperada. Su hermano le clavó su mirada inclemente y volvió a interrogarla, con el afán de atraparla en alguna inconsistencia o contradicción. Pero ella también podía jugar, si eso era a lo que la obligaba su hermano, y esa vez no se dejaría amedrentar.

—¿Quieres que crea que no sabes nada de la desaparición de Elena? Dejé un guardia en la puerta de entrada para que la conduzca hasta la casa y de repente ¿desaparece? —Se le acercó y le siseó al oído—: ¿Y quieres que crea que tú no la ayudaste a escabullirse?

Elsa volteó el rostro para enfrentar a su hermano, con quien tenía muy poco en común y por el cual, con el correr de los años, había descubierto que tenía pocas, por no decir ninguna, razones por las cuales pudiera profesarle algún respeto, y mucho menos afecto.

—Puedes creer lo que quieras, pero, como te digo, Elena se dirigió a la habitación a preparar su maleta y, cuando fui a buscarla, ya no

estaba.

—Vas a sufrir las consecuencias de secundar sus andanzas. Me vieron la cara de imbécil todo este tiempo, pero eso se terminó.

—Haz lo que te plazca. —El tono entre resignado e indignado que utilizó le agregó mayor credibilidad a su actuación—. Vuelvo a decirte que, por más que no apruebe tus métodos, de ningún modo preferiría que Elena deambule por las calles sin recursos antes de saberla a resguardo en su hogar, aunque eso implique estar bajo tu yugo.

Valdez observó a su hermana y debió admitir que, sabiendo del cariño que le profesaba a Elena, era poco probable que Elsa consintiera que su hija estuviera en peligro por las calles. Por el momento, le daría el beneficio de la duda.

—Veremos si es como dices, pero, si me estás mintiendo —se acercó nuevamente a su rostro para hablar en un susurro helado—, pagarás las consecuencias, como lo hará ella cuando la encuentre. Porque ten por seguro que revolveré toda esta maldita ciudad si es necesario hasta dar con ella.

Dicho eso, Elsa lo vio abandonar la sala, frustrado, colérico, y se permitió soltar el aire contenido en los pulmones.

No era la jovencita ingenua e inocente que era su sobrina. Sabía perfectamente que su hermano ocultaba un rostro infame y que haría cualquier cosa por conservar el poder que había acumulado en esos años de dudosas maniobras en su puesto, aun a costa de su hija, por quien no profesaba ningún afecto.

Pero ella se mantendría estoica en defensa de Elena y rezaría para que esta pudiera encontrar el modo de esconderse el tiempo necesario para evitar a su padre. Si bien sabía que no podría rehuirle por siempre, cuando llegara el momento de enfrentarlo, ella haría lo que fuera para cuidar de Elena. Y si para ello era necesario exponerlo o ponerlo en entredicho ante las autoridades, lo haría.

No permitiría que un hombre como su hermano, por más que fuera el padre de Elena, estropeará la vida de su preciosa muchacha.

Capítulo 9

Más allá de las barrancas, el río de la Plata se extendía manso y el sol reflejaba sus rayos en sus aguas marrones. Una súbita ráfaga helada le hizo subir el cuello de su sobretodo de paño negro, intentando resguardarse del frío.

Rafael estaba impaciente, había cruzado prácticamente toda la ciudad en dirección norte en un carruaje de alquiler, al cual había despedido al llegar y aquel encuentro ya llevaba demasiado tiempo de demora. Sacó el reloj del bolsillo de su chaleco para mirarlo una vez más como lo había hecho en tres oportunidades durante la última media hora.

Finalmente, se escuchó el motor de un automóvil y lo vio acercarse sobre la calle de pavimento recién inaugurada. El coche hizo una maniobra para desviar su marcha, salir del camino y detenerse frente a la ribera.

Rafael se acercó para encontrarse con el ocupante que descendía, con tal parsimonia, que parecía contar con todo el tiempo del mundo. Era un hombre de mediana edad y buen porte, con sus cabellos negros salpicados de prematuras canas que asomaban bajo su sombrero que llevaba ladeado hacia un costado.

Alonso contaba con veinte años cuando se conocieron en el club, ya que ambos participaban de las clases de boxeo. Por aquellos años, ya formaba parte de la Policía y apreciaba a Antonio Martel como a un padre, por lo cual, consideraba a Rafael casi como el hermano que no tenía.

Junto a su tío, habían estado sobre su caso sin perder detalle, buscando el modo de demostrar su inocencia. Enrique haciéndose cargo de su defensa y Alonso desde dentro de la Policía intentando encontrar algún dato que pudiera dejar en evidencia a los ideadores del macabro plan.

Los años habían transcurrido infructuosos, siendo testigos de cómo la conducta corrupta del policía que había participado de la

farsa lo convertía en un funcionario de alto rango que ostentaba cualquier tipo de poder y seguía solapando y siendo socio de los negocios sucios de Horacio Farías.

Pero unos meses atrás algo impensado había ocurrido. La viuda de Antonio Martel, aquejada por una dolorosa y larga enfermedad que la tenía postrada al borde de la muerte, había solicitado a Enrique Martel que fuera a su casa para entregarle un sobre en donde realizaba una nueva declaración sobre lo sucedido aquella noche.

Estando su hijo Horacio de viaje en el extranjero, no había podido detener el arrebató de culpa y terror de su madre, que hallándose en las puertas de la muerte quería evitar los fuegos del infierno.

Por su parte, Miguel Ángel Valdez se enteró demasiado tarde, ya que Alonso, junto a su tío, se encargaron de hacer todo con la mayor diligencia, evitando cualquier jugada corrupta.

En su carta, la viuda se declaraba culpable absoluta del crimen, sin nombrar para nada a su hijo y su cómplice. Esa declaración fue una prueba irrefutable de la injusticia que se había cometido con Rafael Martel.

Así fue como las garras del destino, por primera vez, habían jugado a su favor y lo habían devuelto a la vida para llevar a cabo su único cometido: ajusticiar a los malnacidos que habían destruido su inocencia, su juventud y su familia, convirtiéndolo para siempre en un hombre perdido, que no podía dejar atrás los altos muros del penal que se cernían en su interior aprisionando su vida, aun en libertad.

El recién llegado torció los labios en un gesto socarrón y Rafael lo estrechó en un fuerte abrazo. En ese abrazo había una genuina gratitud por la lealtad de todos aquellos años. Si bien Alonso había estado en el momento de su liberación, lo habían enviado en una comitiva al interior y no habían vuelto a verse hasta ese momento.

Se palmearon la espalda con afecto y Alonso le hizo un gesto para que ambos volvieran a treparse al coche y se resguardaran del frío. Le convidó un cigarrillo y permanecieron en silencio, lanzando las primeras bocanadas de humo.

—No me digas que llegaste aquí a pie —dijo irónico el recién llegado al observar que no había otro vehículo en las cercanías.

—Qué gracioso, vine en un carruaje de alquiler. En verdad, esta vez te superaste, un poco más y salimos de la Capital. Tu ascenso a oficial inspector Alonso Godoy te ha vuelto aún más paranoico y meticuloso.

—Te aseguro que no sobran los recaudos. Y tomaré tu comentario como una felicitación por mi reciente ascenso.

—Merecido. —Rafael lo miró inquisidor—. ¿Y?

—Qué decirte, es todo un asco. Rufianes, ladrones, estafadores, todos entran y salen como si nada. Compran voluntades a diestra y siniestra. A menos que contemos con pruebas concretas, será muy difícil lograr algo respecto a los prostíbulos y el comercio de mujeres. Entre Investigaciones y la Municipalidad, adulteran permisos, falsifican datos y ni decirte que hay funcionarios judiciales que incluso presencian el remate de mujeres —terminó Alonso indignado, tal inmundicia le revolvía las entrañas.

Rafael tiró y pisó la colilla de su cigarrillo.

—Sabíamos que por ese lado sería difícil, pero tengo otra información que puede servir. Ese miserable, junto con Valdez, también están implicados en el contrabando a gran escala, kilos de tejidos de seda son cruzados en embarcaciones desde Montevideo. —Sacó una hoja llena de anotaciones—. Aquí tienes todos los datos, hay aduaneros y policías silenciados con dinero para hacer la vista gorda.

Alonso extendió la hoja y leyó en silencio, para luego guardarla en el bolsillo de su saco.

—Tienes soplones más eficaces que los míos.

—Eso parece.

—¿Has terminado de ver lo que tu tío investigó todo este tiempo? Tal vez allí haya algo más que pueda sernos de alguna utilidad.

—Mi tío está fuera de esto —dijo Rafael con acritud—. No estamos de acuerdo en los métodos para llevar adelante este asunto.

—¿Qué pasó? —dijo Alonso con cautela, aunque extrañado con esa decisión.

—Pretendía utilizar a la hija de Valdez para presionarlo, tal vez para exponerlo, desacreditarlo... No lo sé. Ella está asociada a

alguna agrupación feminista y participa activamente, así como también comulga con ideas totalmente contrarias a su padre.

Se quedaron nuevamente en silencio, Alonso cavilando que quizás don Enrique no estuviera tan errado, que la hija de Valdez podía ser la llave que permitiera encarcelarlo y con él a su socio.

—¿Y tú qué tienes que ver con esa muchacha? —preguntó suspicaz.

—Nada, su padre descubrió su participación en un congreso feminista y algunas reuniones y la acorraló para tenerla bajo su pie. Le estoy prestando ayuda y por ahora vive conmigo.

Alonso lanzó un silbido, dando a entender que lo que acababa de contarle su amigo no era poca cosa, aunque él intentara restarle importancia con su tono neutro y desmotivado.

No quiso aguijonear a su amigo en esa cuestión, por lo que volvió al tema que los había reunido. Prosiguieron con el intercambio de alguna otra información pertinente y acordaron mantenerse al tanto de los avances.

Pasado el mediodía, Alonso lo dejó en una calle de la ciudad alejada de posibles ojos curiosos, para que cada uno siguiera su propio camino.

El de él lo condujo al club. Necesitaba organizar algunos asuntos con Willy y prefería permanecer el mayor tiempo posible fuera del departamento, para evitar complicaciones en lo concerniente a Elena. Era impetuosa, pero también inocente, y tendría que ser él quien mantuviera el control. Estaba determinado a involucrarse lo menos posible con ella.

Si había soportado tantos años de encierro, aislamiento, silencio, golpes..., tendría que resistir estoicamente la excitación que le provocaba tenerla cerca, la tentación de besarla y tomarla entre sus brazos hasta hacerla enloquecer.

Por su parte, Elena se había propuesto ese día comenzar a resolver sus asuntos y poner algunas cosas en su lugar. Sin dudas, sincerarse con su amiga y compañera Sara y contarle sus circunstancias era una de sus prioridades.

El primer escollo que tenía que sortear era llegar hasta su casa sin levantar sospechas ni exponerse a que su padre diera con su

paradero. Si la había seguido antes y tenía vigilada la casa de sus allegados, tendría que ser muy cauta.

No era la primera vez que tenía que serlo, por lo cual, ya contaba con su primer salvoconducto. Contempló su imagen en el espejo y quedó satisfecha, realmente parecía un muchacho de esos que venden periódicos o lustran los zapatos en la calle. Era un disfraz que, ante la amenaza de su padre, no había dudado en poner en su maleta.

Terminó de acomodar dentro del pantalón marrón la amplia camisa de algodón y subió los tiradores que ayudaban a mantener la cintura en su sitio. Su cabello trenzado se hallaba a resguardo recogido dentro de una boina y completó su atuendo con un saco amplio de un color parecido al del pantalón. Echándose una última mirada en el espejo, quedó complacida con su aspecto y se encaminó a cumplir su cometido.

El ajetreo del centro ya era habitual para ella, en algunas cuadras producto de las nuevas edificaciones, el ir y venir de obreros entre materiales y andamios era común. Se dirigía hacia un barrio más antiguo, el de Monserrat, que quedaba por detrás de la avenida, y rezó para que el gentío la ayudara a pasar desapercibida.

Llevando varios periódicos bajo el brazo, llegó a su destino y, sin aguardar, tocó el llamador de la puerta mientras con ansiedad observó hacia ambos lados de la calle, para ver si alguien la estaba siguiendo. Parecía que no. Con el paño de la manga de su saco se secó la transpiración que le brotaba de las sienes producto de los nervios y la caminata ligera.

Finalmente, la misma Sara abrió la puerta y, reconociéndola al instante en su disfraz, la hizo pasar presurosa. No era la primera vez que la veía en esas pintas, por lo cual, no tuvo dudas de su identidad.

Sara era una mujer de cuerpo grueso, ojos y cabellos marrones que llevaba siempre en un sencillo rodete. Enérgica e incansable, era una acérrima luchadora por los derechos de los niños y mujeres trabajadoras. Contaba con veintisiete años y su compromiso social la había llevado a solicitar su afiliación al Partido Socialista desde hacía ya varios años.

La morada de Sara no era de grandes dimensiones, un departamento en un edificio de rentas que contaba con una sala, una habitación, el baño y la cocina. «Suficiente», decía ella, para una mujer que vivía sola.

Había aprendido mucho de ella y, en ese momento, ante la verdad que tenía que enfrentar, sentía un nudo en el estómago. Sabía que con su silencio había traicionado la confianza no solo de su padre, sino también de sus compañeras de lucha.

—Siéntate, parece que te has tragado un sapo.

Siempre perspicaz, Sara se sentó frente a Elena y advirtió que estaba allí por un asunto que no resultaría agradable. La vio retorcerse las manos y bajar la mirada, como si de ese modo pudiera encontrarse con el valor que parecía precisar en esos momentos. Siempre vital, entusiasta e impetuosa, verla de ese talante inquieto y sombrío la desconcertó.

—¿Y bien? Con seguridad, no puede ser tan terrible.

Tomando coraje, Elena levantó sus ojos para mirar de frente a Sara.

—Eso lo dirás tú luego de escuchar lo que tengo para decirte. —Inspiró para tomar aliento—. Ya me has visto vestida así antes y sabes que es porque mi padre nunca hubiera aprobado mi participación en nuestras actividades, este disfraz era un modo de eludirlo en algunas ocasiones. —Vio a Sara asentir—. Él me ha descubierto y ahora no solo me ha exigido abandonarlo todo y someterme a sus dictámenes, sino que también lo he convertido en una amenaza para ustedes.

—¡Oh, querida! —Sara se acercó y tomó sus manos—. No sabes cuanto lo lamento. Encontraremos la manera de ayudarte, debe de haber algún modo. Y no te preocupes, un padre furioso no puede ser una amenaza para nosotros. Ahora tenemos que pensar en ti, en cómo salir de este embrollo.

—Es que no se trata solo de un padre furioso... —Elena apenas había susurrado esas palabras, cerró los ojos y mordió su labio como si pudiera demorar aún más su confesión—. Mi padre es Miguel Ángel Valdez, el jefe de Investigaciones de la Policía.

Sara de inmediato soltó sus manos y se puso de pie dándole la espalda, al tiempo que llevaba sus manos a la frente, sin poder digerir lo que acababa de escuchar. Se volvió para enfrentarla, con el desconcierto y la incredulidad tallada en su rostro.

—¿Qué estás diciendo?! —la increpó, ya sin ningún rastro de compasión por su situación—. ¿Cómo has podido engañarnos durante todo este tiempo? Te has burlado de todos nosotros. ¿Y qué más, acaso también le has facilitado información a tu padre para que nos persiga y fustigue nuestra causa? —la acusó Sara sin piedad.

—¡No! ¡Eso jamás! —Elena se puso de pie y se acercó a Sara, implorante—. Te aseguro que nunca sucedió algo parecido, mi compromiso con la causa, la ocupación y preocupación por los más necesitados, por todas las mujeres y niños que sufren es sincero y nace de lo profundo de mi corazón, por favor, debes creerme.

Sara volvió a darle la espalda al tiempo que movía su cabeza en un gesto negativo, como si luchara entre creerla o no.

—Cuando me acerqué a ustedes fue con interés genuino, y deseaba tanto formar parte de la agrupación que decidí, cuando el apellido Valdez no despertó suspicacias, porque de hecho es bastante común, callar la identidad de mi padre. ¿Acaso me hubieran dejado participar de haberlo sabido entonces?

Sara se giró para enfrentarla.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo podríamos estar seguros de tu lealtad? ¿Cómo puedo estar segura yo ahora mismo? —dijo Sara, con su voz siendo transmisora del abatimiento que sentía.

Elena sintió el escozor de las lágrimas, había defraudado a muchas personas aun sin quererlo. Hasta ese momento, jamás había sido consciente de lo grave de la situación.

—Lo lamento tanto. Y es verdad, solo cuento con mi palabra para asegurarte que nunca hice y haré nada para ponerlos en riesgo. También por eso he venido, mi padre amenazó con causarles problemas si me volvía a acercar a alguno de ustedes. Y por eso, con todo el dolor que siento en mi corazón, deberé alejarme por un tiempo, hasta que mi padre quizás entre en razón y advierta que está llevando todo esto demasiado lejos.

Sara la observó y en verdad creyó en sus palabras, pero sospechaba que ni la propia Elena tenía idea de quién era en realidad su padre y de qué era capaz. No se imaginaba que él estaba involucrado, tal vez, en muchos de los asuntos turbios contra los cuales combatían.

—Coincido en que lo mejor es que te mantengas alejada y, por mi parte, no diré nada sobre quién es tu padre. No es algo que desde el partido dejarían pasar por alto y pueden usarlo para exponerlo a él aun a costa de ti. ¿Lo entiendes, no es cierto?

Elena asintió, aunque no terminaba en realidad de comprender el alcance de todo aquel embrollo. Lo que seguro tenía claro era que tampoco podría contar con más ayuda que el silencio de Sara. Ningún contacto para trabajar, ni la posibilidad de encontrar un lugar donde vivir.

Se limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas y tomó los periódicos que había dejado sobre el sillón al sentarse, para encaminarse a la salida.

Sara la vio dirigirse hacia la puerta de la sala y se apresuró hasta una mesita donde tomó papel y lápiz para garabatear una dirección y un nombre. La alcanzó antes de que abriera la puerta de la calle para partir.

—¡Elena! —Con el corazón estrujado, la abrazó con el sincero cariño que sentía por ella. Luego le guardó la nota en el bolsillo del pantalón—. Aquí, bajo la amenaza de tu padre, será muy difícil salir adelante, fuera de la ciudad quizás haya una oportunidad. Estas son las señas de alguien que podría ayudarte. Si te decides, dile que vas de mi parte.

Elena sentía una pena enorme que la ahogaba, renovadas lágrimas bañaron sus mejillas y abrazó a su compañera y amiga sin decir más. Las palabras, a esas alturas, estaban de sobra.

Capítulo 10

El desaliento era una sensación nueva y desconocida a la que le tocaba hacer frente. Ingresó al departamento del tercer piso y se sintió aún más prisionera de su destino, que la dejaba con contadas posibilidades. Una era la de permanecer alojada en un lugar del que solo podría salir camuflada y no hacer más que ver pasar el tiempo hasta su propio ocaso.

Se encaminó al que ahora era su cuarto, se quitó la boina y liberó su cabello para sentarse frente a la ventana, tomando del bolsillo del pantalón la nota que había guardado Sara.

Luego no podría decir por cuánto tiempo su vista permaneció clavada en la caligrafía de esos trazos. Podría recitar de memoria su contenido.

Allí estaban sus oportunidades: marchitarse en la ciudad incomunicada o partir lejos de todo lo conocido, de su mundo, de sus pocos afectos.

Guardó nuevamente la nota en su bolsillo, recogió sus piernas y las rodeó con sus brazos, para apoyar allí su cabeza y perder nuevamente su vista en los cristales de la ventana.

Tal como pretendía, Rafael llegó por la noche cansado hasta los huesos por el día de trabajo y ejercicio intenso al que se había obligado en el club. Sin embargo, no podía evitar sentir la expectación de encontrarse con Elena en su morada.

Estaba todo oscuro y silencioso. Preocupado, encendió las luces del vestíbulo y del *hall* para dirigirse a las habitaciones. La luz del pasillo iluminó la silueta que se hallaba sentada inmóvil dentro del cuarto, cerca de la ventana. Golpeó suavemente la puerta abierta para anunciar su presencia.

—¿Elena?

La vio girarse sorprendida en la penumbra del anochecer.

—¿Qué hace a oscuras? ¿Puedo encender la luz?

—No reparé en la hora y que ya había oscurecido.

Alarmado por su tono de voz, Rafael no aguardó a su consentimiento y encendió la luz del cuarto. Elena cubrió sus ojos hasta que se acostumbraron al brillo. Él advirtió el atuendo que llevaba puesto y se preguntó en qué nueva aventura se había embarcado ese día durante su ausencia.

Ingresó y se sentó en la cama cerca de la silla donde estaba ella. Notó sus ojos hinchados por el llanto.

—Cuénteme qué ha sucedido. —Ella subió sus hombros como si no tuviera importancia nada de lo que hubiera pasado—. Por experiencia, puedo decirle que el silencio solo ahonda los problemas y nos hunde más en el desaliento.

Luego de unos segundos más de silencio, la escuchó decir con su voz amortiguada por la pena:

—No sucedió nada que no fuera de esperar, fui a ver una amiga y compañera del movimiento, para contarle la situación y ponerla al tanto de quién es en realidad mi padre. —Le lanzó una mirada fugaz para luego desviar nuevamente la vista hacia la ventana—. Por supuesto, también se sintió dolida y defraudada, parece que es lo único que he hecho últimamente con las personas que me importan.

—No digas tonterías. —Se puso de pie, dejando las formalidades a un lado—. Vamos, seguramente la señora que cocina para mí ha dejado como siempre algo que podamos comer, te sentirás mejor después de tener el estómago lleno, de seguro no has comido nada en todo el día.

—¿Por cuánto? —preguntó empecinada—. ¿Por cuánto comeré su comida, viviré en su casa?

—Es suficiente de compadecerte a ti misma. —La tomó de la mano para ponerla de pie. Si tenía que hacerlo, la obligaría a seguirlo hasta la cocina.

Elena se soltó de un tirón y se plantó en la habitación.

—¡Eso mismo es lo que digo! Es suficiente, no puedo seguir en estas condiciones. Si el único modo que me queda es enfrentándome abiertamente a mi padre, lo haré. No quiero esconderme por siempre. ¡No puedo hacerlo!

Vestida de muchacho, con su melena castaña oscura cayendo sobre su espalda, estaba hermosa. Aun con esa ropa que ocultaba el

encanto de sus curvas suaves y delicadas, era para él la mujer más deseable. También la más indómita e imprudente.

Se acercó a ella con el deseo palpitando bajo su piel y con el impulso irrefrenable de protegerla de todo, incluso de ella misma.

—Jamás permitiré semejante estupidez.

Elena se quedó absorta por el ímpetu de esas palabras susurradas con tal convicción que la hicieron estremecer. No de miedo, de esa otra sensación arrolladora que la tomaba por completo cuando lo tenía así de cerca, su aliento respirando el suyo.

Se miró en sus ojos amarillos refulgiendo como dos llamas encendidas y sintió como si ese fuego se colara por todo su cuerpo haciéndolo arder y palpar. Lo que sentía era tan abrasador, aun sin que sus cuerpos se tocaran, que gimió suplicante y se acercó a él, quien la recibió tomándola con una mano por la cintura y con la otra en su nuca para acercarla definitivamente a su boca.

Sus labios se encontraron anhelantes, Elena lo abrazó fuerte por el cuello porque necesitaba sentir el cuerpo de él pegado al suyo.

La lengua de Rafael exploró el interior de su boca una y otra vez, impetuosa y profundamente. Sus labios carnosos se movían sobre los de Elena que, tiernos, respondían a sus besos perdidos en la pasión.

—Rafael... —gimió su nombre sobre la boca de él, envuelta en una marea de placer que la hacía suplicar por más—. Rafael...

Su nombre, susurrado entre gemidos de placer, se coló en su mente para hacerlo recuperar la poca cordura que le quedaba. Aquello no podía continuar, no debía suceder.

Apartó sus labios de los de ella para poner fin al beso y apoyó un instante su frente en la de ella para recuperar el aliento y calmar la respiración agitada, no quería ser brusco ni hierla. Luego dio un paso atrás y se desprendió con suavidad de los brazos que aún lo sostenían abrazado.

Notó que el desconcierto aparecía en los ojos de ella, aún velados por la pasión. Él necesitaba irse de allí porque, frente a ella, con sus labios hinchados por el beso compartido y su rostro arrobado por la excitación, no lograría extinguir el deseo de su propio cuerpo y corazón.

—Lo lamento.

Elena lo vio marcharse y cerrar la puerta tras de sí, cuando su cuerpo aún enardecido clamaba por más caricias y deleite.

Se recostó en la cama y llevó la mano a uno de sus senos, que sentía pesado y cuyo pezón estaba duro. Lo tocó y pellizcó levemente, y cerró los ojos cuando apartó su mano de allí y la deslizó a ese otro lugar que aún le latía y palpitaba dolorosamente en su entrepierna. También se acarició y tocó allí imaginando que eran las manos de él quienes lo hacían y le traían el alivio a su cuerpo enardecido.

Capítulo 11

El quejido de dolor que quebró la madrugada la hizo despertarse repentinamente. Advirtió que se había quedado dormida luego de que Rafael saliera de la habitación. Otro gemido ronco y lastimero la hizo saltar de la cama.

«Alguien ha asaltado el departamento y está atacando a Rafael». Su mente le repetía desesperada que su padre la había descubierto.

Entró dispuesta a enfrentarse a quien estuviera allí, haciéndole pagar a Rafael por haberla ayudado. Pero se detuvo en el umbral al notar que no había nadie más que él en ese cuarto.

Se debatía incansable en su lecho, sumido en una terrible pesadilla que lo hacía gemir como si estuviera padeciendo el mayor de los tormentos. Se acercó a la cama y, angustiada por su estado, lo llamó intentando despertarlo. Las mantas habían caído al piso, su torso desnudo estaba perlado de sudor como también su rostro. Sus puños crispados se debatían en el aire.

Lo tomó por los hombros y lo llamó varias veces hasta que este se despertó, incorporándose de repente en el lecho con la respiración agitada y los ojos vidriosos. Sin advertirlo, la había agarrado por las muñecas y las apretaba con fuerza haciéndole daño.

—Rafael, soy Elena. Por favor, suéltame —le suplicó.

Él la liberó al instante, sacó sus piernas al costado de la cama y, allí sentado, se cubrió el rostro con las manos en un intento de calmarse. «¿Qué diablos está haciendo ella aquí?». A la humillación que siempre sentía tras cada una de sus pesadillas, ahora se sumaba la de Elena viéndolo así.

Todavía turbado, invadido por la vergüenza e impotencia, se incorporó y la increpó:

—¿Qué estás haciendo? ¿Cómo te atreves a entrar en mi cuarto? Que te haya abierto las puertas de mi casa no te da derecho a inmiscuirte en mis asuntos privados, y mucho menos colarte en mi habitación.

Elena se quedó de piedra, sus palabras fueron más dolorosas que la bofetada que le propinara su padre tan solo un par de días atrás. Se sintió humillada, y un dolor agudo se instaló en su pecho dificultándole la respiración. El rostro tenso de él y sus ojos coléricos se hicieron difusos cuando su visión se empañó con las lágrimas que se agolparon en sus ojos.

Dio un par de pasos hacia atrás para poner distancia y luego le dio la espalda para salir en silencio de la habitación.

Rafael maldijo por lo bajo al ver la palidez de Elena y advertir que la había herido. Aún temblando, fue hasta el cuarto de baño. Necesitaba mojarse el rostro, secarse la transpiración, borrar los recuerdos.

Elena barrió con sus manos las lágrimas incontenibles que rodaban por sus mejillas y guardó las pocas pertenencias que había sacado de la maleta. No podía permanecer ni un segundo más en ese lugar. No después de lo sucedido.

Gracias al cielo, se había dormido vestida con la ropa de muchacho, por lo cual, no perdió tiempo en cambiarse. «¿A dónde iré de madrugada?». Metió la mano en el bolsillo y tocó el papel que estaba allí guardado. Caminó con determinación hacia el vestíbulo y, al llegar a la puerta de salida, un brazo musculoso pasó por el costado de su rostro y una mano fuerte sostuvo la puerta impidiendo que la abriera.

Estaba tan cerca que podía sentir el retumbar del corazón de Rafael sobre su espalda. Intentó abrir nuevamente la puerta y fue imposible.

El aliento de su susurro tocó su oído.

—Perdóname. —Sintió que su otra mano se cerraba sobre la de ella, que sostenía la maleta—. Por favor, no te vayas.

Elena cerró sus ojos, luchando por contener las emociones que le hacían temblar el cuerpo. Pero perdió la batalla cuando él apoyó su frente sobre su coronilla. Aflojó la mano que sostenía la maleta y él se la sacó de entre sus dedos para arrojarla lejos de la puerta.

Elena se volteó para enfrentarlo y él vio la pena que embargaba su mirada. No podía perdonarse ser el causante de que la luminosidad de su rostro bello se apagara.

Apoyó su frente en la de ella sabiendo que tarde o temprano terminaría lamentando el hecho de impedir que se fuera, cuando aún estaba a tiempo de dejarla ir sin causarle daño.

—No quiero herirte —le susurró atormentado.

—Entonces, no lo hagas —musitó Elena, y con sus dedos acarició esos labios carnosos que la habían enloquecido de placer esa noche, para luego lastimarla con palabras duras—. No me rechaces ni me apartes de tu vida.

Lo miró con el corazón reflejado en sus ojos y lo besó para sellar su entrega que, a partir de ese instante, para ella era completa y sin arrepentimientos.

Lo oyó gemir, como si a su pesar perdiera una contienda, y sus brazos la envolvieron con tal fuerza mientras le devolvía el beso que sus pies perdieron el apoyo del piso.

Con su cuerpo musculoso la aprisionó contra la puerta que un momento atrás había significado perderla para siempre. Moviéndole sus labios dejando un rastro húmedo en su cuello hasta el escote de la camisa de algodón. Le acarició los muslos a través del pantalón y le hizo rodear con ellos su cadera, apoyando su cuerpo en ella para que pudiera sentirlo por completo.

Elena llevó su cabeza hacia atrás y gimió deleitada. Rafael siguió enardeciendo su cuerpo, ahora acariciando sus pechos que, aun bajo la camisa tosca, respondieron con sus pezones erectos.

La alzó acunándola en sus brazos, no la tomaría de pie en medio del pasillo. Se dirigió a su propia habitación sin dejar de besarla en todo el trayecto.

La depositó con suavidad de pie a un lado del lecho y acarició su mejilla arrobada y su rostro bello. Su fresca y apasionada entrega lo conmovía, lo hacía sentir vivo como nunca en todo ese tiempo, y ya no era dueño de sí.

Lo único que le importaba en ese momento era hacerla suya, beber de su pasión y vitalidad y entregarle su cobijo y seguridad.

Le tomó el rostro entre las manos y esa vez atemperó sus impulsos para besarla lenta y tiernamente. Sin abandonar sus labios, bajó los tirantes de su pantalón y fue desprendiendo los botones de su rústica camisa.

Elena estaba entregada al torbellino de emociones que la arrastraba cada vez más lejos de su cordura. Mientras Rafael la acariciaba y despojaba de sus ropas, ella hizo lo propio. Con la yema de sus dedos contorneó los músculos de sus brazos y torso desnudo y lo tomó de la cintura para sostenerse cuando finalmente sintió la boca de él sobre sus pechos desnudos. Suspiró embelesada al sentir su lengua jugueteando con las crestas duras de sus pechos mientras su entrepierna comenzaba a palpar con descargas que la enloquecían de anhelo.

Ya completamente desnuda, la recostó sobre la cama y se despojó de su ropa interior. Ella lo observó curiosa y admiró su cuerpo esbelto y musculoso. Era un hombre magnífico, fuerte, pero tierno y protector a la vez.

Rafael se colocó sobre ella y se perdió en el perfume de su cuello mientras sentía las tiernas manos de Elena recorriendo su espalda, sus muslos y sus glúteos. Cerró los ojos y gimió de placer al sentir sus caricias. Con su lengua volvió a enloquecer sus pechos mientras con una mano descendía para acariciar su abdomen hasta llegar a su entrepierna.

Elena dejó escapar un pequeño grito y levantó sus caderas iniciando un movimiento rítmico que buscaba un alivio desconocido.

—Rafael, por Dios —suplicó—, por favor...

Él dejó sus pechos y levantó el rostro para mirarla con adoración, subyugado por su ímpetu y entrega.

—Dios, qué bella eres... —susurró embelesado—. Eres mi luz...

La volvió a besar con desenfreno mientras sus dedos abandonaban su sitio en esa cavidad que estaba lista para recibirlo. Con su rodilla le separó los muslos suaves para poder penetrarla.

Ambos estaban agitados, sudorosos y no podían dejar de tocarse y besarse. Ella sintió su miembro en su entrada y se abrió más a él, enloquecida de anhelo y excitación.

Con una embestida firme, él la penetró llegando a lo más profundo y escuchó el gemido gutural de Elena, siendo consciente de la barrera que acababa de traspasar. Permaneció quieto durante un momento para que ella se acostumbrara a tenerlo dentro y pasara el dolor inicial.

—¿Estás bien? Te prometo que el dolor pasará.

—Ya no me duele —le respondió valiente en un susurro.

Lo besó y se movió levemente buscando sentir más placer. Abrió más sus piernas y se aferró a los glúteos de Rafael en un intento de sentirlo más adentro. Eso fue su perdición, y comenzó a mecarse sobre ella, entrando y saliendo con ímpetu creciente, hasta que la habitación se colmó de gemidos y gritos de placer.

Los roces de sus cuerpos, los impulsos de Rafael en su interior y sus dedos friccionando ese capullo escondido que la enloquecía, la llevaron finalmente a las estrellas. Él la siguió segundos después, con un gemido ronco al momento que todo su cuerpo se tensaba antes de encontrar el sosiego y caer recostado sobre ella.

Elena lo abrazó fuerte y luego acarició su cuello y su cabello oscuro. Un momento después, él giró a un costado, se incorporó para buscar el acolchado y la acomodó sobre su pecho antes de cubrirlos a ambos.

Recostada allí sentía los poderosos latidos de su corazón y levantó la vista sonriente para encontrarse con esa mirada de fuego sobre ella. Él le devolvió la sonrisa y comenzó a acariciarle el cabello sedoso en un movimiento rítmico que la relajó al punto de adormecerla.

—¿Acaso tienes idea de lo hermosa que eres?

—¿Aun vestida de muchacho? —dijo ella con picardía.

Él rio y se movió para volver a quedar sobre ella y besarla tiernamente.

—Aun vestida con un costal de granos.

Se besaron entre risas y sucumbieron nuevamente a la pasión. Descubrieron que ninguno podía prescindir del otro: para él, ella se había convertido en su luz; y para ella, él se había convertido en el latido de su corazón.

Capítulo 12

Ingresó al conocido restaurante y a su paso inclinó la cabeza en gesto de saludo a varios *habitués* del lugar. Su traje de perfecto corte a la moda, confeccionado en una casa exclusiva de París, se ajustaba a su cuerpo delgado y hablaba de su acomodada posición económica, tanto como su bastón de cabezal labrado en oro marcaba su prestigio.

Colgó el sombrero y abrigo en el perchero macizo que se hallaba en la pared recubierta de madera y se sentó a la espera de su compañero de tertulia.

Sus ojos celestes recorrieron la estancia mientras acariciaba su ondulado bigote rubio. Inspiró satisfecho consigo mismo por todo lo que había logrado gracias a su astucia. Solo le había jugado en contra su propia madre para que los resultados no siguieran siendo perfectos y ahora tendría que ocuparse de los cabos sueltos.

Vio ingresar al recinto a su compañero de traspase, con quien había construido un emporio de negocios turbios que los había convertido en hombres acaudalados y poderosos.

—Valdez.

Mientras su cómplice se sentaba, hizo un gesto al mozo para que sirviera la especialidad de la casa, el puchero de gallina.

—Menudo problema nos dejó tu difunta madre antes de partir al más allá y tú extendiendo tu placentera estadía en el extranjero.

Los ojos incisivos de Miguel Ángel Valdez se clavaron con desdén en Horacio Farías. Él se había tenido que hacer cargo de acallar cualquier suspicacia que surgiera a partir de la confesión de una moribunda arrepentida, temerosa de arder en el infierno eterno.

—¿Este es el recibimiento a tu socio después de tantos meses? —dijo en tono conciliador Horacio para apaciguar a su acompañante—. No olvides que es en el extranjero donde también tejemos nuestras redes de... negocios. Por otro lado, ¿cómo iba a imaginar que tantos años después mi madre, en un raptó de conciencia a las puertas de

su muerte, pudiera escribir una carta asumiendo la culpa por el asesinato de Antonio Martel? Por lo menos, la muy estúpida tuvo la decencia de no incriminarnos.

Horacio había dicho eso último con evidente desprecio. Verdaderamente nunca había sentido por su madre un especial aprecio y solo había utilizado la codicia compartida para manejarla a su antojo y urdir un plan que pudiera dejarlos dueños de todos los bienes de su difunto esposo.

Cuando contaba con quince años, su madre había logrado seducir hasta el matrimonio al viudo Antonio Martel. Comerciante acaudalado, con negocios familiares florecientes como fábricas y tiendas, había caído en las redes de su madre, que ansiaba salir de la vida ajustada que llevaba siendo viuda a cargo de un hijo y sin ningún apoyo económico, más que una modesta herencia de su fallecido marido.

Hombre apacible y cariñoso, Martel los acogió en su casa brindándoles todo lo necesario, pero a él eso le supo a poco. Y, con el tiempo, en su mente se fue dibujando un retorcido plan para deshacerse de él y su primogénito de una vez y para siempre.

El descargo irritado de Valdez lo trajo de nuevo al presente.

—¿Acaso crees que con no mencionarnos estamos salvados? Fui el oficial policial que testificó en aquel momento, hay informes y testimonios adulterados, tuve que volver a meter mano en ello y desaparecerlos.

—Bueno, entonces ya está resuelto. Y míranos —hizo un gesto tocándose el pecho con ambas manos—, estamos indemnes. Y ahora me encargaré de terminar el trabajo que me quedó inconcluso hace doce años.

—Ni se te ocurra remover el avispero en este momento —siseó con ira apenas contenida Valdez—. Soy jefe de Investigaciones y aspiro a más, y no permitiré que tu imprudencia e inquina tire por la borda todos estos años de sacrificio.

—Justamente —insistió Horacio indolente—, ostentando tal cargo, y con mi dinero e influencias, creo que es el mejor momento para...

Valdez dio un golpe sobre la mesa, enfurecido, y puso fin a la bravata de Horacio.

—He dicho —remarcó cada palabra— que por ahora no moverás un solo dedo contra Martel.

Horacio lo miró con desprecio y se tragó un improperio. «Estúpido, ¿quién se cree que es para darme órdenes?». Sin él no sería nada, pero ya llegaría el momento de ponerlo en su lugar. En ese momento, aparte del pasado, compartían un presente que los unía en negocios de prostitución y contrabando que los hacía necesitarse mutuamente.

—Bueno, dejemos el pasado en paz por ahora —dijo en un tono conciliador cargado de falsedad— y hablemos de negocios. Lo que esperamos que llegue de Montevideo ya está arreglado, metros y metros de cuantiosas ganancias...

El mozo se acercó con la comida y la interrupción sirvió para calmar los ánimos de ambos socios. Bebieron vino y se deleitaron con el puchero mientras ultimaban detalles de la próxima entrega.

Capítulo 13

La reja adosada a las blancas columnas lanzó un chirrido cuando los recién llegados la abrieron para entrar al jardín de la casa. Este se extendía por el frente y hacia el lateral, bordeando una larga galería cuyos pisos de ladrillos se conservaban como antaño.

Era una clásica casa de recreo construida en las últimas décadas del siglo diecinueve, como tantas que se habían erigido por esa época en San José de Flores. De una sola planta y forma rectangular, estaba emplazada en un amplio terreno donde se avistaban varios árboles frutales esperando que pasara el invierno para cubrirse de verde y color.

Se hallaba alejada del casco céntrico que se aglomeraba alrededor de la plaza principal y la iglesia que llevaba el mismo nombre del barrio. Para llegar habían transitado por calles de tierra más tranquilas donde aún dominaban las parcelas destinadas a la horticultura.

Elena no perdió detalle mientras avanzaban por el camino de grava hasta la galería. Las columnas y paredes estaban en perfecto estado de conservación, así como las aberturas con sus marcos de madera y rejas adosadas a las ventanas. Los vidrios, baldosas del interior e incluso las tejas eran materiales traídos del extranjero, tal como era la costumbre en la construcción de las residencias: la mayor parte, por no decir la totalidad, era de origen francés.

Por una de las puertas ventanas que daban a la galería lateral, salió presurosa una mujer entrada en años. De cabellos rubios entrecanos, robusta y de baja estatura, se acercó con andar enérgico mientras se limpiaba las manos en el delantal blanco que cubría su vestido.

—Niño Martel, qué alegría tenerlo de nuevo por aquí. En cuanto recibimos su mensaje nos apresuramos a tener todo listo para su estadía.

—Gracias, Aurelia, no hace falta entrar en apuros. Nos acomodamos con lo que haya y ayudaremos con el resto.

Aurelia observó con curiosidad a la muchacha que, tomada de la mano del niño, permanecía a su lado sonriente y mirando todo a su alrededor. El traje de viaje color borgoña y el delicado encaje que mostraba el cuello y puño de su camisa eran de calidad. No parecía una fulana cualquiera, aunque también sabía que Rafael no estaba casado.

—Un gusto, señora. Si les complace, pueden descansar en la galería mientras les acerco una merienda y Pedro acomoda el equipaje.

Aurelia se dirigió a la cocina y desde el ventanal observó a la pareja que se sentaba en un amplio sillón de mimbre que había en un extremo de la galería cerca del parque trasero.

—Rafael, qué bello lugar. Casi muero de la curiosidad ante tu silencio todo el camino, no sé cómo has aguantado mi insistencia sin decir una palabra.

—En verdad yo tampoco sé cómo aguanté tanta insistencia. —Sonrió y la besó tiernamente en los labios—. Pensé que alejarnos y estar en un lugar donde puedas moverte libremente, o por lo menos mucho más que en la ciudad, te sentaría bien.

—¡Me sentará de maravillas! —Lo abrazó por la cintura y descansó la cabeza sobre su hombro. Qué bueno era estar a su lado—. Gracias.

Percibió que la besaba en la coronilla y su calidez y ternura le expandieron el corazón ¿Era posible sentir tanto por alguien en tan poco tiempo? Para ella sí, lo estaba viviendo, sintiendo y no podía negarlo. Algo tan bello y grande era posible.

Se incorporaron en el sillón cuando Aurelia se acercó con la bandeja de té y unos *scones*. También había pan casero y queso. El aroma era delicioso y la ansiedad le había dado a Elena un hambre atroz. No habían parado en el camino por recaudo, y si bien estaban un poco más allá de Flores, venir en carruaje en vez del tren o tranvía les había tomado más tiempo de viaje.

Cuando Rafael era un niño, aquella era una zona alejada del centro urbano, un lugar de retiro y casas de descanso de personas

de buena posición económica que pretendían tener un lugar para refugiarse y descansar de la ciudad.

—¿Este lugar es de tu familia?

Justo cuando su mente divagaba por viejos recuerdos, Elena parecía leerle sus pensamientos y preguntarle por ellos.

—Sí. Siempre perteneció a mi familia, hoy en los papeles es de mi tío, pero en realidad eso no tiene importancia. No hay tuyo o mío en este caso.

—¿Y tus padres? —Elena sentía curiosidad, solo conocía a don Enrique, pero no sabía nada del resto de la familia de él.

Rafael se puso tenso, sabía que en algún momento llegarían las preguntas. Lo que no sabía era si estaba preparado para responder a ellas.

—Fallecieron hace mucho tiempo, mi madre cuando yo era un niño pequeño y mi padre cuando tenía casi quince años.

Elena dejó su taza y acarició su rostro.

—Cuánto lo siento, no lo sabía. Pensé que quizás estaban de viaje o vivían en el interior. Como durante los dos años que frecuenté el estudio de don Enrique nunca te vi, creí que era porque tú y tu familia no eran de aquí o estaban de viaje. —Hizo una pausa al advertir el gesto hosco de Rafael. Su boca se había convertido en una delgada línea tensa y su ceño fruncido denotaba su molestia—. ¿Los extrañas mucho?

Rafael notó el genuino afecto y compasión de Elena y se le retorcieron las entrañas porque sabía que ella tenía derecho a conocer la verdad cuanto antes.

En lo más íntimo supo que esa era la oportunidad que había estado esperando, pero no pudo. Era egoísta de su parte, pero no quería que nada estropeará esos días que quería compartir y disfrutar con ella. Ya habría tiempo para contarle su historia. Le acomodó un cabello detrás de la oreja y la besó en el cuello, para luego mirarla con intensidad y susurrarle con su voz grave:

—Sí, los extraño; más a mi padre. Pero cuando estoy contigo nada de eso importa.

La tomó de la mano y la hizo ponerse de pie para llevarla a la habitación. En ese instante le urgía hacerla suya, tenerla de nuevo

entre sus brazos, sentirse como hacía años no se sentía, porque solo ella era capaz de traerlo de regreso a la vida una y otra vez.

Elena lo siguió hasta una amplia habitación con lustrosos pisos de pinotea, donde el fuego que crepitaba en la salamandra entibiaba el recinto.

No podía acertar con los turbulentos sentimientos que bullían en el interior de Rafael, pero sentía su urgencia, su necesidad, su desamparo, y ella estaría ahí para él, siempre.

La amó con avidez, casi desesperación, y ella se dejó amar de ese modo voraz e impetuoso. Le entregó su cuerpo y su alma a cada instante que se amaron, en cada caricia, en cada gemido, en cada grito de placer.

—Rafael..., más..., más —imploró en un lloriqueo desenfrenado, a punto de estallar en mil pedazos—. Así, así, sí... Por favor. ¡Sí..., sí! —culminó con un grito que murió atrapado entre los labios húmedos de Rafael, que la besaron profundamente antes de alcanzar su propio éxtasis y sentir que revivía entre sus cálidos brazos.

Tiempo después, Elena abandonaba la habitación dejando a Rafael profundamente dormido. Atravesó espaciosas habitaciones que se sucedían y comunicaban entre sí, todas sencillas pero pulcras y con sus puertas ventanas que daban a la galería. Fue hasta la cocina en busca de Aurelia.

Había una mesa en el centro y una mesada donde se encontraba la mujer preparando los alimentos de la cena. Varios utensilios colgaban de ganchos que se hallaban en la pared. Había más trastos ordenados en distintos estantes. Como el resto de la casa, era un lugar limpio y ordenado, y dominaba el olor a especias frescas que seguramente se cultivaban en la misma casa.

—Aurelia, qué belleza de casa. Y su pan estaba delicioso. Muchas gracias.

La mujer se dio vuelta, dejando por un momento sus menesteres y le sonrió.

—Gracias a usted, jovencita. Me alegro de ver al niño tan contento y relajado. Hacía mucho que no sonreía. De hecho, creo que desde esa noche negra seguramente no le quedó ningún motivo para volver reír.

Aurelia se persignó al decir aquello y una pesadumbre difícil de explicar se instaló en el pecho de Elena. No quería que Aurelia se diera cuenta de que en verdad no sabía nada de la vida de Rafael, pero necesitaba entender de qué estaba hablando.

—Sí, lo de aquella noche, ¿verdad? —dijo al pasar como si conociera de qué estaban hablando.

—Sí, la noche en que murió el padre de Rafael fue una desgracia que arruinó la vida del joven, y creo que seguirá siendo una amargura mientras don Antonio no descanse en paz.

—¿Antonio Martel? ¿Así se llamaba el padre de Rafael? —Elena estaba ávida por conocer todo lo referente al hombre que se había convertido en el centro de su vida.

—De modo que te encuentras aquí, no huiste...

Ambas mujeres giraron hacia la entrada de la cocina. Apoyado en el marco de la puerta estaba Rafael. A Elena se le disparó el pulso de solo recordar lo que habían compartido hacía tan solo un rato atrás. Qué varonil y atractivo era, con su altura y hombros anchos, sus caderas estrechas, su boca llena, su mandíbula marcada y esos ojos... como dos llamas la quemaban cuando se posaban en ella. Lo deseaba de nuevo, deseaba sentir su boca nuevamente allí, en su lugar secreto, y sus manos... Sintió sus mejillas arder por el rumbo que seguían sus atrevidos pensamientos, y su corazón, que no paraba, le provocó un sofoco.

A Rafael le pareció encantadora, con su melena suelta, sus mejillas arreboladas y sus ojos que lo escrutaban cargados de deseo. Él tampoco se cansaría nunca de contemplarla, de tocarla, de sentir la vitalidad que emanaba de ella.

—Creo que te sentaría bien un poco de aire fresco —bromeó Rafael adivinando el derrotero de sus pensamientos, porque eran los mismos que los suyos—. Quizás podamos dar un paseo antes de que oscurezca.

—Sería delicioso, quiero decir grandioso... —Uf, Elena se sentía abochornada, le sonrió a Aurelia a modo de saludo y se dirigió presurosa hasta la salida. Al pasar junto a Rafael, le dijo en un susurro—: Te diviertes con mi bochorno, voy a cobrarme por tu buen humor.

—Y yo voy a pagarte del modo que más desees.

Rafael la siguió, preguntándose si la conducía al parque o si era mejor volver a la habitación.

Capítulo 14

El crepitar del fuego era el único sonido que dominaba en la sala. Sentados sobre una suave alfombra al pie del sillón, cobijados uno en los brazos del otro, contemplaban en silencio las llamas que danzaban en el hogar.

Habían cenado y en ese instante compartían un momento de calma e intimidad. Elena pensaba que ella misma se sentía como ese fuego, refulgente y vibrante. Bajo su palma apoyada sobre el pecho de Rafael, retumbaban los latidos potentes de él. Levantó el rostro que descansaba en su hombro y miró su perfil cincelado en rasgos firmes y determinados. Los dibujó con una caricia leve y él volvió su rostro hacia ella, regresando de ese lugar remoto en el que siempre se perdía siempre hasta que ella llegó a su vida.

Elena le sonrió con calidez y le confesó lo que habitaba en su interior.

—No importa el tiempo, lo apresurado que parezca, pero cuando estoy contigo me siento como ese fuego que crepita en el hogar y quisiera que nunca se apague.

Él delineó con su pulgar los labios que acababan de pronunciar tales palabras. Cuanto más tiempo compartía con ella, se encontraba más sumido en un tumulto de sensaciones desconocidas que por momentos lo desesperaban.

Anhelos, futuro, esperanza..., todo olvidado y enterrado tras los muros del presidio. Esos muros de piedra se le habían hecho carne y se había armado de una coraza para sobrevivir. Hasta la llegada de ella a su vida había sido así.

—Hasta que te conocí, mi vida era como un suelo seco, resquebrajado. Tú te sientes como el fuego y yo te siento como el agua de la lluvia, que baña ese suelo trayendo alivio y esperanza. Y me temo que no sé qué hacer con ello, porque hasta ahora solo había lugar en mí para una cosa.

Ella le tomó la mano y depositó en su palma un beso tierno.

—¿Qué cosa?

—Justicia.

Rafael quitó el brazo que descansaba en los hombros de Elena y lo apoyó en su rodilla flexionada al tiempo que su vista se perdía nuevamente en el hogar.

Elena se incorporó, hasta quedar arrodillada a su lado, y entrelazó sus manos sobre su regazo en un intento de controlar su repentina ansiedad.

—¿Lo dices por lo sucedido con tu padre?

—¿Tú qué sabes de eso? —Rafael ahora concentraba toda su atención en ella y la miraba en modo acusatorio.

—Nada —dijo incómoda Elena—. Es decir, Aurelia dijo que había sido una noche negra y que tú nunca habías vuelto a ser el mismo. No hablamos de nada más, créeme.

Los rasgos de Rafael se relajaron y nuevamente perdió su mirada en la chimenea, pero su voz sonó lejana cuando comenzó a hablar. Había llegado el momento.

—Esa noche me despertó el estruendo de un disparo. Corrí desesperado hacia el cuarto de mi padre y al entrar lo vi tendido en el piso cerca de su cama, una mancha roja se esparcía más y más sobre su pecho. Me arrodillé a su lado gritando, al tiempo que intentaba detener con mis manos los borbotones de sangre que salían de su pecho. Cualquier cosa era inútil, sus ojos sin vida estaban clavados en el cielo raso. Entonces, miré alrededor buscando al culpable y allí estaba mi madrastra con el arma en sus manos. —Rafael estaba perdido en sus recuerdos y, luego de una pausa, prosiguió sin ser consciente de la pena que embargaba a Elena—. Me abalancé sobre ella arrebatándole el arma de sus manos y, desesperado, le apunté preguntándole por qué lo había hecho, por qué... En ese momento, su hijo, junto con un oficial de policía, entraron en el cuarto. Todo resultó ser un plan urdido para quedarse con todo lo nuestro. Tenían todo arreglado para acusarme a mí de ser el asesino de mi propio padre.

—¡No! —dijo Elena desesperada, oponiéndose a semejante historia. No podía existir tal maldad. Se le destrozó el corazón y no quiso saber más.

Rafael contempló el rostro de ella compungido por el dolor. La abrazó fuerte acunándola en su pecho.

—Como aún no contaba con quince años y era menor de edad, en vez de la pena capital, fui condenado a reclusión perpetua en el penal de Las Heras y dejé de ser Rafael Martel para transformarme en el presidiario 418. Me convertí en un número, en el espectro de un hombre por casi doce años, hasta que, en su lecho de muerte unos meses atrás, la viuda de mi padre confesó su crimen. Y volví, volví de esa tumba con un solo motivo en la vida, que el hijo de esa mala mujer, quien fue el autor intelectual y su cómplice, sin el cual nada de esto hubiera sido posible, paguen sus culpas.

Elena derramó lágrimas mudas de dolor, no podía concebir el daño tan grande que le habían infligido a Rafael. No podía imaginarse a ese hombre tan entero y determinado, tan firme y justo, encerrado por años acusado de un crimen que no cometió y a merced de vaya a saber cuántos tormentos. Le dolía tanto tanto que no podía soportarlo.

Pero en ese instante ella estaba junto a él y lo ayudaría a construir momentos felices, donde toda esa amargura pudiera quedar atrás.

Elena se armó entonces de coraje, se desprendió del refugio de su pecho, limpió sus propias lágrimas y, tomando el rostro de aquel hombre fuerte, tenaz y maravilloso, le habló con renovada convicción:

—Ambos nos hemos reunido para dejar atrás lo que nos aprisiona, para abrazarnos a la vida y a la libertad. Con justicia, pero también con esperanza... —«Y amor». Eso último no lo pronunció, pero lo atesoró en su corazón.

Elena, sin despegar sus ojos de los de él, se instaló a horcajadas sobre su regazo y comenzó a desabotonarle la camisa de algodón para acariciar su pecho musculoso. Al fin entendía el origen de las marcas en su torso y espalda. Lo oyó suspirar y solo eso sirvió para avivar su pasión. Lo besó con ímpetu, jugando con su lengua en el interior de su boca, y sintió los brazos de él que la rodearon en un abrazo que los fundió en uno.

Ella le quitó la camisa y él hizo lo propio con la de encaje de ella. Quedó descubierta la porción de piel cremosa de sus senos

aprisionados en el corsé. Rafael besó esa piel con deleite, excitado de escuchar sus suaves gemidos y de sentir el sexo de ella presionando sobre su entrepierna.

Rafael se deshizo del corsé y acarició las crestas rosadas con su boca a través de la delgada camisa. Entonces, Elena arqueó su espalda ofreciéndose más a sus caricias.

—¿Te gusta? —La vio asentir en medio de un gemido—. ¿Y dónde más te gusta que te bese? —le preguntó al tiempo que la recostaba sobre la tupida alfombra que cubría el piso.

—Me gusta ahí —dijo Elena entre jadeos, besándolo en la boca con desenfreno y conduciendo la mano de él hasta su entrepierna. Él la acarició allí con sus dedos, enardeciéndolos aún más a ambos.

—¿Aquí? —Y se fue deslizándose hacia abajo hasta alcanzar con su boca ese capullo de placer escondido.

—Sí..., sí...

No pudo decir más, ninguno de los dos pudo. Solo hablaron sus cuerpos y, cuando Rafael finalmente la penetró, lo hizo con un gemido ronco que resonó en toda la sala y se unieron a los gimoteos que Elena emitía en cada embestida.

Volvieron a comprobar que el fuego que los consumía era a la vez el que los lanzaba a la vida, con renovada esperanza, con renovada convicción y confianza.

Capítulo 15

Un manto de llovizna débil comenzó a caer del cielo gris que desde la mañana amenazaba con lluvia. Elena se arrebujo en la pañoleta de lana que tenía sobre los hombros. El frío del invierno se sentía aún más en esa zona alejada de la ciudad.

Contempló a través de los cristales de la sala cómo las finas gotas de agua poco a poco empapaban la hierba del jardín. Habían transcurrido unos días apacibles y con Rafael no habían vuelto a mencionar nada de su pasado y tampoco del presente.

Para ella era muy difícil no sentir una profunda tristeza al imaginar todo por lo que él había pasado siendo apenas un muchacho y se sentía impotente al saber que ni ella ni nadie podía volver el tiempo atrás.

—Señorita, ya está la merienda lista —le dijo Aurelia apareciendo en el umbral.

—Gracias, Aurelia. Si no les molesta, la tomaré con ustedes. —Y se encaminó hacia la cocina.

Aprovechando que Rafael había tenido que salir temprano a resolver unos asuntos de negocios y dar una vuelta por el club, a Elena se le había ocurrido unir fuerzas con Aurelia, que lo conocía desde pequeño, para agasajarlo con su plato preferido.

—¿Ya tiene todo listo para la cena?

—Sí, no se preocupe. El plato preferido del niño Rafael será servido esta noche.

Elena le sonrió, le daba gracia y ternura escuchar que aún lo llamaba «niño Rafael», dado el porte y talla que ostentaba el aludido, y que ya se trataba de un hombre hecho y derecho.

Cuando estaban a mitad de camino, se escuchó el sonido de la campana que se encontraba junto a la reja de la calle.

—Deben de ser los que piden ropa o alimentos —dijo Aurelia—. En el invierno es más común que suceda. Usted vaya a la cocina mientras veo qué quieren y enseguida la alcanzo.

Elena llegó a la cocina y saludó a Pedro, que ya estaba tomando unos mates con galleta de campo que él mismo había preparado. Se sentó a su lado y tomó la tetera humeante para servirse una taza de té.

—Señorita —la llamó Aurelia, y Elena elevó sus cejas en un gesto de muda pregunta—, es un hombre que la busca a usted, como no esperamos a nadie, lo dejé aguardando en la galería del frente.

Elena se puso de pie extrañada y salió presurosa hacia la entrada. ¿Sería alguno de los muchachos del movimiento? ¿O tal vez su padre había dado finalmente con ella? Espió por la ventana y no pudo reconocer al hombre que estaba allí parado. Iba bien vestido, con un traje americano gris oscuro y un sobretodo negro por encima. Como dictaba la moda, ostentaba bigote ondulado y por debajo de su sombrero asomaba un tupido cabello entrecano que lo hacía parecer un hombre de mayor edad, cuando en realidad no debía de ser mucho mayor que el propio Rafael.

Sin mostrar la inquietud que sentía, cuadró los hombros y abrió la puerta decidida a enfrentarse a lo que fuera.

El caballero parado en la galería la observó unos segundos e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Me dijeron que me busca. —La voz de Elena salió seca, evidenciando sin querer que tal presencia la inquietaba.

—Sí, le dijeron bien si usted es la señorita Elena Valdez.

—Lo soy.

—Mucho gusto, soy el oficial inspector Alonso Godoy, amigo de Rafael y don Enrique. Tengo que hablar con usted de algo que es de vital importancia para nuestro amigo en común. —Alonso notó que la mirada de la muchacha pasaba de la inquietud a la curiosidad.

La estudió concienzudamente, tratando de determinar el carácter de la muchacha. El aspecto físico no era de su interés. Parecía como cualquier mujer, su cabello castaño estaba sujeto en un recogido del cual unas cuantas hebras se escapaban enmarcando su rostro de tez clara, cubierto de graciosas pecas. Vestía una falda sencilla azul marino, aunque de calidad, como parecía serlo también el género de su camisa color crema de hilo bordada en cuello y puños. No

denotaba petulancia o altanería, más bien calidez, algo muy diferente a lo que podía decirse de su padre.

La señorita Valdez le hizo un gesto invitándolo a ingresar y lo condujo a la sala. Se sentó frente a él en un silloncito tapizado con una delicada pana verde y lo observó en silencio, esperando que él explicara el motivo de su presencia allí. Por su parte, no iba a perder tiempo e iría directo al grano.

Elena observó que el señor Alonso sacaba una carpeta de cuero del maletín que traía consigo y se la ofrecía para que ella la tomara en sus manos, que a esas alturas ya estaban sudorosas por el nerviosismo.

Alonso volvió a repetirse a sí mismo algo de lo cual, hasta traspasar esa puerta, estaba absolutamente convencido: si no era a través de Elena Valdez, no habría manera de encarcelar al padre de esta y su cómplice. Lo habían hablado con don Enrique y se habían puesto de acuerdo, sabiendo que estaban actuando a espaldas de Rafael.

Se estaba jugando una última carta. Era a todo o nada a partir de ahora. Clavó sus ojos de mirada penetrante en ella.

—No sé si Rafael le contó sobre su pasado...

—Sí me lo dijo.

Elena sentía la garganta rasposa. Con una mano sostenía la carpeta en su regazo y la otra tomaba con fuerza el apoyabrazos del sillón.

—Presumo que tal vez no le ha dicho todo. ¿Le mencionó los nombres del autor intelectual y su cómplice por quienes pagó injustamente con doce años de encierro? —Vio que la muchacha negaba con su cabeza al tiempo que mantenía fija su mirada en él—. Yo voy a darle los nombres y luego la dejaré con esa carpeta para que pueda leerla con tranquilidad. Esos hombres, a partir del crimen que cometieron, iniciaron una carrera delictiva que los involucra en el contrabando, el asesinato y la prostitución. Se han convertido en gente poderosa y respetada.

—Dios —murmuró Elena para sí, soltando un jadeo.

Se preguntó cómo haría Rafael para encontrar justicia si esos hombres eran tan viles y poderosos. Cómo resolvería ese asunto sin

ponerse en riesgo nuevamente. Con renovado interés, dispuesta a todo con tal de que Rafael no sufriera ningún nuevo daño, se puso a disposición de Alonso Godoy.

—Lo que sea que haya que hacer para que estos hombres paguen por todas sus fechorías y Rafael no salga herido o lastimado, cuente conmigo.

Alonso valoró la lealtad de esa mujer valerosa y supo que su amigo era afortunado de tenerla a su lado. A su cuenta quedaba no solo el hacer justicia, sino velar y cuidar hasta con su propia vida a Elena Valdez, para que no le sucediera nada en aquel arduo camino que comenzaría si ella continuaba dispuesta a colaborar con él, luego de escuchar los nombres de los involucrados.

—Su ayuda sería de vital importancia por la cercanía que puede tener con uno de los implicados.

A Elena el corazón comenzó a palparle más rápido y fuerte en su pecho. Hizo varias inspiraciones tratando de calmarse, algo empezaba a ir muy mal en todo aquel asunto.

—¿Cercanía? —musitó, mientras negaba con la cabeza y le lanzaba una mirada suplicante al oficial Godoy.

Godoy se removió incómodo y, luego de aclarar su garganta con un carraspeo, con determinación terminó de decir lo necesario para poner en marcha aquel asunto o catapultarlo para siempre.

—Si bien la entonces esposa de Antonio Martel fue la que apretó el gatillo, quien plane  todo para poder quedarse con los bienes de Martel fue el hijo de esta mujer, a quien don Antonio había acogido como un hijo. Su nombre es Horacio Farías y su cómplice, quien estuvo durante la detención, adulter  informes y cambi  testimonios, junto con infinidad de otras artimañas, fue un oficial inspector de la Policía que en aquel entonces ya estaba en negocios sucios de menor escala con Farías. —Alonso se detuvo e intentó advertir a través del semblante pálido de Elena Valdez si esta lograba hilar toda la información. Su rostro pétreo y sus ojos de repente inexpresivos permanecían clavados en él sin revelar la menor emoción.

—Elena, el otro cómplice es su padre, Miguel  ngel Valdez.

Finalmente, lo que tenía que decirse, fue dicho.

Elena continuó como una bella estatua tallada en piedra, con la vista clavada en Alonso Godoy, quien con pronunciar un solo nombre había derrumbado su vida en un segundo. La había lanzado a un abismo más negro que la muerte y no habría modo de salir de allí, lo sabía.

No había lágrimas, no había angustia..., solo desazón, frío y vacío. Cerró los ojos como si de ese modo pudiera borrar el horror de la verdad.

—Me imagino que lo que le acabo de contar es difícil, pero presumo que cuando salga de su estupor entenderá y sabrá qué es lo correcto. Y eso es que usted colabore para encarcelar a su padre y que a través de él lleguemos también a su socio. Lamentablemente, él se encuentra en la vereda contraria de todo lo que para usted es justo y por lo que lucha. Lo encontrará en esa carpeta. Si no es por Rafael, hágalo por las causas que tanto defiende.

Transcurridos varios minutos de silencio, Alonso se dio cuenta de que no tendría una respuesta, pero no perdía las esperanzas y, si fuera necesario, en breve la volvería a presionar para ponerla de su parte.

Sin decir más, sacó una tarjeta del interior de su saco y la dejó apoyada en la mesa cercana al sillón donde permanecía Elena en total mutismo.

—Le dejo mi tarjeta, aquí puede contactarse conmigo cuando decida qué hacer. Espero que mantenga mi visita en la más absoluta reserva. Sobre todo, Rafael no puede enterarse, no aprobaría que usted se vea involucrada en este asunto.

Luego se marchó, confiado en que, tarde o temprano, la muchacha reaccionaría y se pondría en contacto con él.

Capítulo 16

La llovizna del día se había vuelto lluvia torrencial y eso había demorado a Rafael en el club. Este, que había sido su refugio cuando salió de prisión, ese día lo sentía tan solo como el lugar donde practicaba su deporte y trabajaba. En ese momento su refugio se encontraba en otro lado, su refugio era donde estuviese Elena.

Era algo que lo consternaba en cierto punto, que ella se hubiera vuelto así de primordial en su vida, pero no tenía la voluntad de resistirse.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y se puso de pie. No le importaba si el cielo se venía abajo, partiría en ese mismo momento hacia la casa, ya estaba por demás retrasado.

No había dado ni dos pasos hacia la puerta cuando esta se abrió con tal brusquedad que se estrelló contra la pared. Primero se sobresaltó por el estruendo, pero luego fue presa de la alarma cuando en el umbral vio a Elena, tiritando de frío y empapada hasta los huesos.

En un instante estuvo a su lado y la abrazó, luego de cerrar la puerta tras de sí. Tenía que haber ocurrido algo terrible para que se presentara allí de ese modo.

—Por favor, dime qué sucede. ¿Estás bien? ¿Estás herida? —dijo al tiempo que la palpaba para cerciorarse de que no estuviera lastimada.

—¿Herida? Sí, lo estoy.

Algo andaba muy mal, terriblemente mal.

—Lo que sea, juntos podremos encontrar la solución. —Rafael le tomó el rostro entre sus manos e insistió—: Juntos.

—Juntos —repitió Elena como en trance, tiritando, al tiempo que le apartaba las manos de su rostro—. Juntos..., tú y yo. Yo, la hija del hombre que fue cómplice del asesinato de tu padre. Y tú, que me usaste todo este tiempo para llegar a él.

Rafael se desesperó, había callado por demasiado tiempo y ahora por su cobardía podría perder a Elena. Volvió a tomar su rostro mojado y helado entre sus manos para horadarla con la mirada y que notara en sus ojos la verdad de sus palabras.

—Eso no es cierto —dijo con vehemencia—, jamás, y escúchalo bien, jamás pensé en usarte contra tu padre. —Atormentado, notó la frialdad de ella y la luz de sus ojos apagada ante él—. Al contrario, cuando me enteré de quién eras quise dejarte fuera, alejarte. Pero sabes que eso fue imposible. Sabes que lo que hay entre tú y yo no tiene nada que ver con tu padre. Lo sabes porque ninguno puede prescindir del otro, ni ahora ni nunca.

Diciendo eso, la besó con frenesí y cerró sus brazos en torno a su cuerpo en un abrazo que pudiera soldarlos para siempre. Sintió que Elena se relajaba y se rendía a sus besos y contacto. Que lo besaba y abrazaba con el mismo desasosiego, sus cuerpos temblorosos, entre jadeos y lágrimas.

Elena no quería negarse ese último momento. Le creía cuando le decía que él no había querido utilizarla. Pero, aun así, nada cambiaba el hecho de que era la hija del hombre que le arruinó la vida de un modo tan injusto y atroz.

Se poseyeron con urgencia, tomando sin pedir. Allí de pie, Rafael levantó las faldas empapadas de Elena al tiempo que la alzaba contra la pared para penetrarla sin preámbulos. Elena rodeó sus caderas con las piernas y se entregó a su fuerza y potencia. Las necesitaba. El orgasmo los alcanzó al unísono y a Elena la atravesó de tal manera, que se sintió estallar en mil pedazos, tal como sentía su corazón, roto en mil pedazos. Y culminó llorando sobre el hombro de él, que la sostenía tembloroso, también sacudido como nunca en su vida.

Rafael acarició sus cabellos empapados.

—Shhh, no llores, todo estará bien.

La depositó con sumo cuidado en el suelo y la besó tiernamente en el cuello y la boca sin dejar de abrazarla.

—Estás temblando, te enfermarás si no te cambias esa ropa mojada. Buscaré algo que pueda servirte y luego nos marcharemos a casa.

Elena asintió y lo vio salir de la oficina. Renovadas lágrimas rodaron por sus mejillas. No habría un después, aquella tenía que ser la despedida.

Cuando Rafael regresó, traía en sus manos una camisa y unos pantalones. Quedó de una pieza cuando encontró el recinto vacío. Giró como perdido en la habitación, con las prendas en la mano, buscando lo que sabía que no encontraría por más que buscara mil veces.

Elena se había ido, lo había abandonado. Se había rendido y no había creído en ellos. Un conocido manto de hielo volvió a cernirse sobre él. Lo que le había permitido sobrevivir durante años tendría que venir a su rescate a partir de ese momento. Los fríos muros que le habían sido de tanta utilidad volverían a erigirse en torno a su corazón.

Tiró la ropa a un lado y cerró la puerta de la oficina, como cerraba nuevamente las de su vida. ¿Acaso alguna vez alguien había regresado de la muerte?

Golpeó una vez más con fuerza la puerta, porque con el estruendo de los truenos seguramente los habitantes de la casa no habrían escuchado su llamado.

Tiritaba de frío y miedo, pero se dijo con firmeza que tenía que calmarse para enfrentar lo que se avecinaba.

Fue su mismo padre quien le abrió la puerta, y del asombro pasó al desprecio cuando la vio. Luego se hizo a un lado para dejarla pasar.

Así que su hija regresaba al hogar, hecha una vagabunda y chorreando agua. Vaya a saber Dios en qué andanzas había estado todos esos días y cuánto más había arrastrado su apellido y reputación.

Lo primero era lo primero. Sin mediar palabra, le propinó una bofetada que la arrojó al piso y luego la tomó de los cabellos para ponerla de pie y sisearle al oído:

—Recibirás el escarmiento que merece tu conducta desvergonzada.

Elena lo miró a los ojos, con los suyos vidriosos por el dolor que le producía el tirón de su cabello, y le respondió en el mismo tono que

utilizó él con ella:

—He regresado, no para que me maltrate. Le aseguro, padre, que si no me suelta voy a destruirlo, voy a destruir su reputación que tanto teme perder. Hablamos como es debido o si prefiere aparezco en la primera plana de todos los diarios.

Miguel Ángel Valdez ardía de furia, pero la soltó y Elena se tomó la cabeza para luego enderezarse y sostenerle la mirada de igual a igual.

—Ante todo, quiero que sepa que me quedaré en esta casa como usted dice, y a partir de ahora me comportaré como usted desea, pero tengo dos condiciones.

—¿Qué te hace pensar, querida hija, que estás en posición de poner condiciones?

—Lo mismo que le dije antes: no es solo su reputación, sino también su puesto, que tanto le ha costado conseguir, los que están en juego.

Su padre dio un paso hacia ella y luego se detuvo.

—De uno u otro modo aprenderás tu lugar y te quitaré esa soberbia tarde o temprano. Ahora dime tus condiciones y ten mucho cuidado de tirar mucho de la soga, porque, así como estuviste desaparecida por días y a nadie le importó... —Dejó la frase en suspenso, tal vez porque hasta para él mismo era demasiado pronunciarla.

—Quiero que se me permita ver a mi tía cuantas veces quiera y permaneceré aquí obedientemente, pero nunca, jamás, consentiré casarme con nadie, deseo permanecer soltera.

La mueca cínica de su padre evidenciaba que esa última condición le causaba gracia.

—Concedido. Respecto al matrimonio, me quitas una responsabilidad de encima ya que, ¿quién querría por esposa a una muchacha descocada como tú, con la cabeza hueca llena de ideas idiotas y tan poco agradecida?

Las palabras de su padre la herían, pero pronto se refugió detrás de su máscara de indiferencia al tiempo que pensaba que sí había un hombre que la consideraba valiosa y la hacía sentir hermosa. Pero eso también había quedado atrás.

Capítulo 17

Esa mañana amaneció tan gris y lluviosa como la anterior. Su cuerpo estaba agotado y seguía ovillada bajo las mantas. Había llorado hasta que no le quedaron más lágrimas por verter. Sentía sus ojos doloridos e hinchados.

La angustiaba imaginar cómo se sentiría Rafael y cuánto lo había lastimado con su partida. Pero no había tenido más remedio que alejarse. Y en cuanto a ella, ¿cómo soportaría vivir separada de él?, ¿cómo podría hacer lo necesario cuando estaba deshecha por dentro?

Bajo la amenaza de exponerlo en público, seguramente podría evitar que su padre se metiera con ella. Sin embargo, se preguntaba cómo aguantaría mirar siquiera su rostro sabiendo todo lo que ahora sabía de él. Era un hombre despreciable y le repugnaba su sola presencia, pero resistiría.

Suspiró y corrió las mantas para levantarse de una vez; no podría estar en la cama por siempre. Se sentó en el tocador y comprobó que su aspecto era peor que lamentable, como lo era su vida.

Pasó una mano por su cuello y descendió hasta sus pechos, y recordó las manos de Rafael acariciándola con ternura. Tocó sus labios y cerró los ojos intentando imaginar que era él quien lo hacía. ¿Le alcanzarían los recuerdos para sobrevivir?

La humedad volvió a empañar sus ojos y se deshizo de tan desdichados pensamientos porque, de lo contrario, no podría salir de la habitación.

Con la ayuda de la muchacha del servicio, se atavió con un traje mañanero de falda y chaqueta color lavanda, y seleccionó un ostentoso sombrero y guantes a juego.

Saldría directa a la casa de tía Elsa, ya que no sabía nada de ella desde su huida. Al pasar frente al salón comedor, su padre la detuvo con sus advertencias.

Parado frente a ella, estudió su atuendo de salida y le dijo petulante:

—Recuerda que has decidido entrar en los carriles de la decencia y ya no puedes convertirme en el hazmerreír de nuestros conocidos. No toleraré ni uno más de tus desvaríos.

Cubierta con su coraza de ensayada frialdad, lo miró con orgullo y altanería.

—Creí que anoche llegamos a un acuerdo. Mientras usted cumpla con su parte, yo cumpliré con la mía. Y ahora, si me disculpa, he pedido un carruaje que me llevará a casa de mi tía. —Siguió su paso hacia la puerta de la calle, sombrilla en mano, y se volteó para agregar un último comentario—: Y no me espere esta noche, me quedaré a dormir con ella.

Mordiendo rabia por el engreimiento de su hija, la vio salir sin más. Había cambiado con él. Lo percibía; antes se mostraba compungida por contrariarlo, pero ahora lo desafiaba abiertamente sin ningún tapujo. No tenía idea de lo que había sucedido durante los días en que estuvo desaparecida, pero la muchacha que traspasó el umbral la noche pasada no era la misma que había huido de él.

Bajo la copiosa llovizna, guarecido bajo la copa de un frondoso árbol, Rafael observaba de lejos el frente de la casa en la que vivía el padre de Elena.

Se había reprendido mil veces por su propia estupidez, pero no había podido evitar ir hasta allí. Tenía que confirmar lo que de alguna manera ya sabía: que ella había regresado a casa de su padre. Y luego sentía el imperioso apremio de asegurarse de que no le hubiera pasado nada malo. Si ese crápula osaba haberla lastimado de alguna forma, nada lo detendría.

Se adelantó un paso al notar que un carruaje paraba frente a la casa. Su corazón pareció detenerse al ver a Elena salir presurosa para treparse al coche y emprender la marcha. Se encontraba bien; saber eso le bastaba.

Ya no tenía excusas para seguirla, querer saber de ella o preocuparse. Elena había elegido y él tenía que retomar sus planes donde los había dejado, olvidándose de ella para siempre.

Subió el cuello del abrigo, frunció el ceño al tiempo que encendía un cigarrillo, y caminó bajo la garúa helada que caía sobre la ciudad. Se había terminado la paz y era tiempo de la contienda; no tenía nada más que perder.

Ajena al hombre que la había observado a la distancia, Elena recorrió el largo camino hasta la casa de su tía Elsa en el más absoluto abatimiento. Parecía que era un nuevo sentimiento con el que tendría que amigarse, porque de seguro había llegado para quedarse.

Ya en casa de su tía, colgó su abrigo donde siempre y se encaminó a la salita de lectura. Una sonrisa cargada de nostálgico afecto se dibujó en su rostro al ver la silueta de su querida tía sentada en su silloncito de lectura. Notaba sus hombros caídos, como si se sintiera derrotada.

Estaba segura de que su ausencia la había llenado de congoja, pero también que su regreso le traería de nuevo la alegría, igual que a ella.

—Tía Elsa...

Elsa levantó la vista para cerciorarse de que no era su imaginación la que la hacía escuchar la preciada voz de su sobrina. Se puso de pie lanzando un sollozo que desahogaba todos aquellos días vividos con zozobra por su ausencia.

—¡Mi querida!

Ambas se abrazaron con afecto y compartieron un momento de mudo llanto. Luego Elena la miró con ternura y le dijo:

—Tía, me ha hecho tanta falta, no hubo un solo día que no pensara en usted, pero tenía miedo de enviarle un mensaje y poner sobre aviso a mi padre.

—Ya no te preocupes por ello, ahora estás aquí y eso es lo que importa. —Le palmeó la mano, pero como si recién alcanzara a comprender, Elsa frunció el entrecejo, preocupada—. ¿Pero por qué has venido ahora? ¿Qué pasará con tu padre?

Elena sintió que un nudo se formaba en su garganta y tragó con dificultad. Impedida de decir palabra e invadida por la desesperación, movió su cabeza en un gesto negativo como si con ello pudiera también negarse a su nueva realidad.

—Querida, por favor, cálmate y no llores, seguro que no puede ser tan malo.

—Es te... terrible —tartamudeó—, es... pan... toso. —Y cayó de rodillas sobre la alfombra para llorar desconsolada en los brazos de su tía, que ya la sostenía y acunaba como cuando era una niña.

Capítulo 18

El clima del ambiente pendía de un hilo. Rafael lamentaba que hubieran llegado a ese punto con su tío, pero no podía evitar que su ira se filtrara en la dureza de su voz.

—Es en vano que lo niegue, no había otro modo de que Elena supiera la verdad más que por usted. Le pedí, no..., le exigí que la dejara fuera de esto y no voy a perdonarle que me haya quitado la oportunidad de ser yo quien hablara con ella.

Ambos hombres se midieron a través del escritorio que se interponía entre ellos. Rafael había llegado unos minutos atrás, preso de la cólera, y para él eso era una prueba más de que no se había equivocado al instar y convencer a Alonso de involucrar a la muchacha en ese asunto.

Su sobrino estaba desquiciado a causa de ella y él no podía permitir que existiera absolutamente nada con la hija del asesino de su hermano. Se adelantó en su silla e increpó a su sobrino con crudeza.

—¿Acaso es mi culpa que ella se fuera? Te enfureces conmigo, pero ese enojo no es por mí, sino por ella, porque quedó al descubierto la clase de mujer que es.

—No diga una palabra más —siseó entre dientes Rafael.

—¿Quieres que calle la verdad? ¿No quieres ver los hechos? Y los hechos son que, aun sabiendo la clase de basura que es su padre, eligió correr a su lado.

Rafael se puso de pie y, en medio de un grito de frustración, barrió con todo lo que había sobre el escritorio de su tío. Luego lo apuntó con un dedo amenazador.

—Es la última vez que se lo advierto, no vuelva a decidir en mi nombre.

Dicho eso, Enrique Martel fue testigo de la salida airada de su obstinado sobrino. Lamentaba aquella situación, pero haría lo que fuera por su bienestar y seguiría haciendo todo lo que estuviera a su

alcance para hundir a sus enemigos, y la hija de ese rufián también lo era.

Más tarde, Rafael había llegado al club hecho una furia y constatar que Willy aún no regresaba no ayudó en nada.

Su impaciencia no le daba tregua. Con la mirada perdida en la ventana, los dedos tamborileando sobre el escritorio y su mente como un torbellino, se decía a sí mismo que necesitaba recuperar el control.

Giró al escuchar la puerta y su tensión se disipó al ver por fin a Willy.

—¡Dios! Has tardado como un condenado.

—No es propio de ti tanta impaciencia, muchacho. —A Willy no se le pasó por alto el estado de Rafael. Después de la partida de esa muchacha, parecía un barril de pólvora a punto de estallar en todo momento.

—Ya ni yo sé qué es propio o no de mí. —Lanzó un suspiro e intentó atemperar su voz—. Te escucho.

Su viejo amigo se sentó frente a él y pasó a darle las breves señas que esperaba Rafael.

—Finalmente, Farías ya volvió a instalarse en la que fuera tu casa y ha tenido algunas reuniones con Valdez, pero también con otros peces gordos. Recibieron el cargamento de contrabando, por lo que supongo que tu policía amigo no pudo hacer mucho con la información que le pasaste.

—Sí, lo sabía. Alonso me dijo que un soplón desde dentro les advirtió de la redada. —Golpeó la mesa con la palma de su mano, impotente—. Se escurren una y otra vez los malnacidos.

—No te preocupes, tengo mi gente esparcida por todos lados. Nos enteraremos de todo lo necesario y la próxima seremos más cautos.

Rafael hizo un gesto de asentimiento y se estiró para palmearle el hombro a su mentor. Willy apretó su mano en un gesto de cariño y luego lo observó en silencio. Durante muchos días, lo había visto animado y contento como nunca imaginó y sabía que era por la llegada de esa mujer a su vida. Tenía la esperanza de que con ella finalmente su muchacho encontrara algo de sosiego y felicidad, pero todo se había hecho polvo en un segundo y eso lo había sumido

nuevamente en la apatía y amargura. Se sentía impotente y no sabía qué más hacer por él.

De la nada, vino la inesperada pregunta.

—¿Sigue allí?

Willy no tenía estómago para responderle, pero no tenía otra alternativa.

—Sí.

Rafael giró en la silla giratoria para perder la mirada nuevamente en la ventana. Willy esperó en silencio con la vista fija en ese perfil tallado en piedra. Esperó porque Rafael necesitaba decir todo aquello que lo carcomía por dentro y él estaba allí para escucharlo.

Los minutos parecieron una eternidad, hasta que finalmente escuchó sus palabras amortiguadas por la pena.

—Sabes, creo que en realidad mi tío tiene razón. No estoy enfadado con él, sino con ella. Acepto que no pudiera permanecer a mi lado, pero... —Hizo un chasquido con la boca y negó con la cabeza aquello que no podía terminar de aceptar—. Quedarse con su padre... —Volvió a negar—. No puedo concebirlo, no puedo perdonarlo.

Se puso de pie, ofuscado, y pestañeó varias veces hasta disipar las lágrimas que se habían agolpado en sus ojos. Willy se acercó a él y lo agarró del brazo para darle ánimos.

—Tal vez no tenga otra opción o se encuentre bajo algún tipo de amenaza. Si quieres puedo...

—¡No! No. No quiero saber nada más de ella. No quiero volver a escuchar su nombre. Es tiempo de ocuparme de lo que me corresponde. Mi padre sigue sin descanso porque sus asesinos siguen sin pagar por su crimen.

Sin planearlo, desde la entrada de Elena a su vida, sus asuntos habían pasado a un segundo plano y se reprochaba por eso, porque, en definitiva, quien aún no recibía justicia más que él era su propio padre.

Volviendo a poner esa meta como primordial en su vida, decidió que había llegado el día de enfrentar a sus propios espectros. Eso lo había llevado a estar aquella tarde en esa sala. El impacto de estar allí no podría ser advertido por nadie, porque solo él sentía el latir

acelerado de su corazón, solo él notaba el sudor que volvía sus manos pegajosas, solo él podía ser consciente del nudo en la garganta que le dificultaba tragar. Caminó lentamente de un ventanal a otro observando a través de los cristales el movimiento de los transeúntes en la acera del frente de la casa. Contorneó con sus dedos el frío mármol que enmarcaba el hogar y luego abarcó con la vista toda la estancia. Mobiliario, cuadros, tapices, nada pertenecía al hogar de sus recuerdos. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón, para que nadie pudiera ser testigo de su temblor, y se paró nuevamente frente a uno de los ventanales mientras aguardaba. El ama de llaves advirtió a Horacio que un caballero lo esperaba en la sala. Extrañado, se dirigió hasta allí con su típico andar envarado y, deteniéndose en el vano de la puerta, observó las anchas espaldas de un hombre que parecía absorto en lo que había más allá de los cristales del ventanal. Frunció el ceño al no reconocer a su visitante.

—Dijeron que me espera, pero creo que no nos conocemos. — Horacio notó que la espalda del sujeto se ponía rígida al escuchar su comentario. El tono pretensioso y altanero no pasó inadvertido al hombre que estaba aún de espaldas a la puerta y sus manos ocultas en los bolsillos se convirtieron en puños. Lentamente, comenzó a voltearse para quedar finalmente de frente a Horacio Farías, la lacra que había destrozado su vida y su familia. Horacio escrutó con detenimiento el rostro del desconocido, pero no fueron ni su cabello oscuro, ni su mandíbula firme o cualquier otro rasgo de su rostro los que le revelaron la identidad del desconocido, sino los ojos ambarinos característicos de los Martel. Rafael advirtió el instante exacto en el que, tras ese minucioso escrutinio, el sinvergüenza lo reconocía. Las cejas rubias se alzaron en un gesto de incredulidad y sus fosas nasales hiperventilaron revelando su temor. Rafael aguantó estoicamente el estar frente a ese hombre sin escrúpulos y sacó las manos de sus bolsillos mientras se repetía a sí mismo que ya no era un muchacho amedrentado y despojado de su dignidad—. Tú... — siseó entre dientes Horacio con la vista fija en esas pupilas amarillas que parecían refulgir.

—Yo. —La afirmación retumbó firme y grave en el salón. Luego Rafael se adelantó unos pasos para acortar las distancias—. Rafael Martel, hijo del hombre que asesinaste vilmente y que regresó del infierno para hacerte pagar.

A Horacio lo recorrió un escalofrío de terror al escuchar esas palabras y levantó sus manos en un gesto de defensa al ver que Martel se aproximaba a él. Luego giró en un intento cobarde de escapar de allí, pero Rafael lo agarró por el cuello y retorció su brazo en la espalda al tiempo que estampaba su cara contra la pared, haciendo que de su nariz comenzara a brotar sangre. Rafael sintió la ola de violencia ciega que se desató dentro de él en el instante que puso sus manos encima de Farías y estrelló nuevamente a ese malnacido contra la pared, dejando allí su rastro de sangre. Se detuvo y, sujetando a su presa, cerró un instante los ojos y tomó varias bocanadas de aire en un esfuerzo por calmarse y recuperar el control de sí. Matar a esa escoria era un castigo demasiado leve para el maldito cobarde, que en ese momento sollozaba como un bebé. Lo soltó y Horacio cayó al piso llorando. Se cubrió la cabeza con las manos suponiendo que Rafael Martel lo mataría con sus propios puños, pero pasaban los minutos y ningún golpe volvía a caer sobre él. Rafael se quedó en silencio observando al hombre que, sacando las manos de su rostro, se animó a alzar la mirada vidriosa hacia él. Los roles se habían invertido, ya no era él quien suplicaba, ovillado en el piso de una prisión, que alguien lo ayudara. La mueca de sus labios no alcanzó a ser más que un gesto de absoluto desprecio.

—Parece que los papeles han cambiado ¿verdad? —Se acuclilló y sonrió con sorna al ver que Farías gateaba hasta un rincón respirando con dificultad. Le clavó sus ojos implacables—. No, no habrá sitio donde puedas correr, no habrá lugar en el que yo no esté persiguiéndote, acechándote, desbaratando poco a poco tu mundo inmundo hasta que seas tú quien lo pierda todo y termines bajo tierra, no sin antes padecer el calvario que te mereces para pagar tus culpas.

Los ojos consternados de Farías lo siguieron cuando se puso de pie. Rafael tomó un pañuelo del interior de su chaqueta y se lo arrojó a la cara.

—Toma, parece que tienes la nariz rota.

Acto seguido, se encaminó a la salida y, ya fuera, elevó su rostro al cielo y cerró los ojos dejando que el viento helado golpeará recio sobre su cara. Hizo varias inspiraciones profundas y se puso en marcha, aliviado de haberse enfrentado por primera vez, cara a cara, con su cruel pasado.

Capítulo 19

Habían transcurrido algunas semanas desde aquella triste tarde en que todo se desmoronó, pero parecía una eternidad.

Con el paso de los días, había ido asumiendo su papel y ya le salía sin esfuerzo. Participaba en tardes de té organizadas por las hijas de las amistades de su padre, oficiaba de anfitriona cuando había invitados en su casa y lo acompañaba a algún evento si este lo requería.

Eso lo tenía apaciguado y en verdad no le había traído otras preocupaciones durante ese tiempo, pero no sabía por cuánto más podría soportar y seguir fingiendo que no sabía todo lo que conocía de él.

Contempló su reflejo en el espejo y nadie podría adivinar que por dentro era como una flor marchita. No había vuelto a saber nada de Rafael, y en el fondo tenía que admitir que se sentía decepcionada.

En algunas noches de locos pensamientos, imaginaba que él, extrañándola con locura como le pasaba a ella, la buscaba para amarla y no dejarla ir. Luego esas fantasías se desvanecían y la dejaban aún más triste.

Acarició sin pasión los canutillos plateados que brillaban bordados en la pechera de su vestido de noche y, lanzando un suspiro cansino, terminó de acicalarse. Cubrió con polvo las pecas de su rostro, acomodó unos mechones de cabello que se habían escapado de su peinado recogido sobre la nuca, se puso unos pendientes de plata y se incorporó; aún tenía que terminar de supervisar los preparativos para esa velada, a la que asistirían algunos oficiales de la Policía e incluso un par de jueces.

Prefería ni pensar en que nuevamente compartiría mesa con personas que posiblemente eran tan corruptas e inescrupulosas como su padre. El permanecer allí la hacía sentir cómplice de toda clase de tropelías, pero por el momento no tenía otra opción.

Al salir de su habitación, aún desde la planta alta se escuchó con insistencia el llamado de la puerta. Elena bufó para sus adentros, no era la hora en que debían llegar los invitados. ¿Quién podría venir en un momento tan inoportuno? No tenía ánimo de cruzarse con nadie todavía, ya tendría por delante una noche larga y tediosa.

Se acercó hasta lo alto de la escalera para mirar desde allí, agazapada, esperando bajar cuando nadie la viera. El ama de llaves llegó hasta la puerta e intentó persuadir al hombre de la entrada para que regresara en otro momento.

Elena no reconoció entre los conocidos de su padre al hombre rubio y delgado que estaba vestido de modo impecable con su traje negro, seguramente de confección exclusiva, y costoso sombrero. Se lo veía alterado y gesticulaba palabras airadas que a Elena le llegaban solo de manera ininteligible, hasta que en un momento el hombre empujó a la pobre empleada y, adentrándose en la casa, vociferó:

—¡Soy Horacio Farías y tu patrón querrá verme ahora!

Los ojos de Elena se abrieron como platos y su corazón latió con más fuerza. Llevó sus manos al pecho, que le subía y bajaba agitado, y se ocultó todo lo que pudo para no ser vista.

—¿Qué son estos gritos?! —Su padre, vestido con su impecable frac, había aparecido desde su escritorio y, despidiendo a la sirvienta, se acercó a Farías para espetarle entre dientes—: ¿Qué diablos crees que estás haciendo al presentarte aquí en mi casa?

—¿Qué diablos hago? Haré lo que tú no haces. —Enardecido, Horacio apuntó con su dedo sobre el pecho de Valdez—. ¡Recuerda que si yo caigo tú también lo haces!

—¡Cállate, maldición!

Elena vio cómo su padre tomaba del brazo a su cómplice y lo conducía hacia su estudio. Presa del temor y con el corazón que parecía a punto de salirse del pecho, bajó con prisa la escalera y en puntas de pie se acercó hasta la puerta cerrada del escritorio, intentando oír la conversación. Evidentemente, se trataba de algo muy importante.

La conversación era tan airada que mucho de lo que se decía lo alcanzaba a escuchar con cierta claridad. La voz de Farías era la más

nítida, porque el hombre parecía furioso y desencajado y hablaba prácticamente a los gritos.

—Te lo dije, te advertí hace semanas que ese malnacido nos iba a traer problemas. Te dije que vino a mi casa, tuvo la osadía de casi matarme a golpes y amenazarme con arruinarme. ¡Arruinar todo lo que he conseguido estos años!

—Hemos conseguido, querrás decir. Y, si no te calmas, las cosas van a salirse de control. —El filoso tono de amenaza fue inequívoco.

—¿Salirse de control? ¡Ya están fuera de control! ¿Acaso crees que es puro azar que en las dos últimas semanas hayan incautado dos de nuestros cargamentos de telas, que esa maldita prostituta que logramos acallar nos haya denunciado y tres de nuestros locales fueran allanados? ¿Eso te parece que es tener todo bajo control?

—Lo de los allanamientos me encargué personalmente de resolverlo y, en cuanto a los cargamentos, sí significaron pérdidas cuantiosas, pero ahora no es momento de...

—¡Ahora es exactamente el momento! —espetó Farías—. ¿Crees que soy idiota? Sé perfectamente que ahora lo único que te interesa es tu puesto y escalar en la política, pero no vas a poder dejar nuestros asuntos a un lado. Nos unen muchas cosas, demasiadas, no lo olvides.

Elena acercó tanto su oído a la puerta que este quedó pegado a la madera. Ambos hombres habían dejado de gritar y era más difícil entender lo que decían.

—No lo olvido.

—Mejor así, porque voy a resolver este problema como debería haber hecho hace semanas cuando te lo dije y tus malditos escrúpulos me lo impidieron. Voy a terminar lo que quedó trunco hace doce años, voy a matar a Rafael Martel y tú harás lo necesario para cubrirme. ¿Lo has entendido?

Elena cubrió su boca para acallar el gemido de pánico que creció en su garganta. Se apartó de la puerta horrorizada y su mirada atónita se quedó clavada en ella hasta que reaccionó y con sigilo regresó a su cuarto.

Una vez allí, echó la llave y, llevándose las manos a la frente, se obligó a calmarse y pensar. «¿Qué voy a hacer? Ya no tengo tiempo,

no tengo tiempo». Estaba desesperada.

Por lo pronto, tenía que encontrar la forma de poner sobre aviso a Rafael. Rezaba para que sus sospechas de que su padre la mantenía vigilada fueran erradas e intentaría ser lo más cauta posible; tendría que arriesgarse, no tenía más opción.

Faltaba poco para que Elena abriera un surco en la sala de su tía con su continuo ir y venir. El ruedo ribeteado de su falda azul se arremolinaba a sus pies en cada giro cuando se paseaba de un lado al otro.

Por enésima vez, se detuvo e interrogó a su tía:

—Tía Elsa, ¿está segura de que el muchacho es lo suficientemente listo como para hacer llegar el recado?

—Más que listo, le he enseñado muchas cosas y es un niño muy despierto.

Elsa notaba el nerviosismo de su sobrina y no sabía qué más hacer o decir para que lograra calmarse. Nuevamente, la vio reanudar su ir y venir con el puño sobre la boca, mordiéndose cada tanto los nudillos.

Cuando la campanilla de la calle sonó, la atención de ambas se disparó hacia el pasillo que llevaba a la puerta y, con un gesto mudo de su mano, Elsa le indicó a su sobrina que la aguardara.

Casi al instante, regresó a la sala acompañada de un muchachito de no más de doce años, de cabellos rubios y bastante alto para su edad, que tenía una mirada celeste que combinaba picardía y sagacidad.

—Señorita, listo. —Hizo un gesto con sus manos, palma contra palma.

—¿Seguro, muchacho? ¿Le entregaste la nota a la persona indicada? —Elena se acercó y lo tomó por los hombros—. Es de vital importancia que nadie más haya tomado la nota.

—Seguro, señorita —se indignó el muchacho—. ¿O acaso cree que soy tonto?

—Claro que no, Saúl —le dijo Elsa con cariño—. Mi sobrina está muy preocupada, pero ambas sabemos que no hay nadie más listo que tú para poder ayudarnos. —Pasó su mano cariñosamente por sus cabellos—. Ahora, en la cocina, hay unas galletas de limón que

te esperan. Toma tu merienda y luego empezaremos con la lección de hoy.

Saúl sonrió y se dirigió a la cocina. Se movía con confianza en la casa, ya que la frecuentaba desde hacía varios meses, cuando la señora Elsa le había ofrecido a su madre, que trabajaba regularmente ayudando con la limpieza y la comida, darle clases para que aprendiera a leer y escribir. Saúl le estaba muy agradecido, no solo por eso, sino también porque le pagaba por hacer algunos encargos o mandados y así podía reunir algo más de dinero para ayudar a su familia.

Cuando el muchacho se fue, Elsa se paró frente a su sobrina y la sujetó de los hombros para que le prestara toda su atención.

—En no mucho tiempo pasará el carruaje por ti, debes sosegartte o no podrás pensar ni decir nada con la claridad necesaria. —Elsa vio que su sobrina asentía y cerraba los ojos para lanzar luego una profunda exhalación, seguramente intentando una relajación que le era esquiva y casi imposible en esos momentos.

Elena abrió los ojos un poco más calmada y, si bien el tono firme y autoritario de su tía la sorprendió porque nunca lo había empleado con ella, le sirvió para recomponerse. También la entendía, se daba cuenta de que, desde que había oído que planeaban asesinar a Rafael, simplemente no era ella misma. Estaba sumida en un torbellino de desesperación y nervios que le nublaba el juicio y estaba dispuesta a cualquier cosa para que no le ocurriese nada malo.

Hasta en un momento de arrebató había pensado en enfrentarlo y rogarle que dejaran todo y se fueran lejos. Luego había vuelto a sus cabales para darse cuenta de que eso era imposible, él no podía renunciar a la búsqueda de justicia y ella jamás le pediría tal cosa.

Lo único posible era seguir con lo que se había propuesto, solo así habría una posibilidad para ellos. Abrazó fuerte a su tía.

—Tiene toda la razón, gracias por acompañarme siempre. —Le sonrió con afecto y se dirigió con renovado brío hacia el perchero donde había dejado su sombrero—. ¿Me ayudaría con esto? Sabe que por más que lo intento siempre queda hecho un desastre.

—Por supuesto, mi querida.

Elsa le acomodó el peinado con sus manos tiernas al tiempo que eran una caricia, y luego se abocó a su sombrero forrado en seda azul del mismo tono que la delicada falda, adornado con un tul en tono crema que combinaba con su camisa plisada.

Apenas habían terminado con los arreglos cuando volvió a sonar la campana de la calle. Pareció que el tiempo se detuvo un instante, ya que ambas mujeres se quedaron inmóviles para luego ponerse nuevamente en marcha.

—Ahí está —Elsa besó la mejilla tersa y suave de su sobrina—. Ve.

Elena le devolvió el beso con rapidez y se encaminó a la salida con su sombrilla y bolsito en mano. El cochero ya había vuelto a su asiento y sostenía las riendas de los caballos, que aguardaban pacientes hasta reanudar la marcha.

Hizo una inspiración profunda y se encaminó para subir al coche. «Por fin», pensó. «Por fin podré sacarme este peso y desasosiego de encima».

Una vez dentro, cerró la portezuela y el carruaje se puso en movimiento. Elena clavó sus ojos en el hombre sentado frente a ella.

—Inspector Godoy.

—Señorita.

Se midieron un momento con las miradas y, cuando Alonso Godoy le hizo un gesto que la animaba a hablar, Elena carraspeó antes de comenzar:

—Ante todo, me alivia saber que ese muchacho pudo cumplir bien el recado.

—Un muchacho muy avisado y muy bien pensado por usted que nos encontráramos de este modo. Así no hay posibilidades de levantar sospechas. Su padre la ha hecho seguir durante un tiempo, aunque ya no. Pero es mejor ser precavidos.

—Me lo imaginé. —A Elena lo que le decía Godoy no la sorprendía, aunque sí que él lo supiera—. ¿Usted también me hace seguir, inspector?

Godoy sonrió.

—No a usted, a su padre. —Elena hizo un gesto de asentimiento al tiempo que notaba que su postura alerta se relajaba.

—Puede presumir por qué regresé a la casa de mi padre y permanezco allí, ¿verdad?

—Lo presumo.

«Por Dios», Elena iba a perder la poca paciencia que tenía si ese hombre continuaba con sus respuestas tan escuetas.

—Tal como usted mismo sugirió aquella tarde, no creo que Rafael tenga oportunidad de encarcelar a los culpables de la muerte de su padre si no es a través de mi ayuda en todo esto. La cuestión es que ya no hay tiempo, inspector, lo que haya que hacer tiene que ser cuanto antes y usted debe guiarme en los pasos a seguir.

—Así será, estaré a su lado y planearemos lo necesario para dar un golpe certero. —Alonso vio que, a pesar de la aparente compostura de la muchacha, sus ojos se llenaban de lágrimas y no podía sentir más que admiración por su valentía, sabiendo lo duro que debía ser ir en contra de su propio padre. Tomó su brazo en un gesto que intentó ser de consuelo—. Sé que se trata de su padre, pero es un hombre que ha hecho mucho daño.

—Lo sé. —Elena se limpió las lágrimas que rodaban por sus mejillas—. Estoy profundamente conmovida por saber qué clase de hombre es mi padre. Y pensará que soy una mala hija, pero... no es él quien me importa en este momento. —Finalmente, dio rienda suelta a su desesperación y, perdiendo la fingida compostura, tomó las manos de Godoy para decir con vehemencia—: Ni siquiera soy yo la que importa en este momento. Si tiene vigilado a mi padre, sabrá que Farías estuvo en mi casa. Escuché cómo vociferaba que mataría a Rafael y le exigía a mi padre que lo ayudara a cubrir el crimen. Es a Rafael a quien tiene que proteger, nada malo puede sucederle, ¿me entiende?

Godoy maldijo por lo bajo. Tenía que lograr terminar con esos rufianes cuanto antes.

—Elena —puso sus manos sobre las temblorosas de la muchacha —, escúcheme bien, no dejaré que nada malo le suceda a Rafael. — Luego la tomó de la barbilla para que mirara a sus ojos—. No le sucederá nada a él ni a usted, le aseguro que todo lo que ha sacrificado hasta ahora no será en vano.

Capítulo 20

Rafael removi6 el líquido ambarino de su vaso y bebió un buen sorbo. Recordó el día en que, sentados en ese mismo sillón, y luego de beber juntos, Elena había estado a punto de besarlo.

Cuánto la añoraba, cuánto daño le hacía su ausencia. Lo había perforado produciendo un hueco profundo e insondable que lo dejaba sumido en una oscuridad diferente a la que había sentido al perder su libertad. Esa vez se sentía despojado de tal modo que ni siquiera la búsqueda de justicia tenía el poder de darle sentido a su existencia.

Suspiró, apoyó la copa en la mesa ratona, se desprendió el cuello de la camisa y arremangó sus mangas. De repente se sentía sofocado, era algo que aún solía sucederle y que había comenzado a pasarle cuando, año tras año, en el aniversario de su condena, lo confinaban días y días en la celda de aislamiento. Ya en libertad había aprendido a controlarlo, había aprendido a que la ansiedad y el pánico no lo dominasen.

Fue hacia la ventana y abrió sus cristales para dar paso al aire helado del invierno. Miró hacia el cielo cubierto de estrellas y quedó perdido en esa enormidad iluminada, cayó en la cuenta de que, hasta ese momento, nunca se había detenido a observar el cielo.

Bajó rápidamente la vista y cerró los ojos: las estrellas radiantes también le recordaban a ella. Cerró los cristales cada vez más agitado y, tomando su saco del sillón, se encaminó a la salida.

Caminar hasta el club le haría bien y, de hecho, constató que con solo recorrer unas pocas cuadras con el aire gélido golpeando sobre su rostro había logrado despejarse.

No supo qué lo puso en alerta. Tal vez fue el leve ruido de una baldosa floja que se removi6 por lo que podría ser el peso de un paso, o el sonido casi imperceptible de una respiración agitada que parecía camuflarse con el sonido del viento.

Definitivamente, alguien lo seguía y estaba a punto de darle alcance. Sin dudar que nadie con buenas intenciones podía seguirlo a esa hora de la madrugada, apuró sus pasos para ampliar la distancia antes de girarse y enfrentar a su persecutor.

No era uno sino dos los hombres que tenía enfrente, uno mayor y el otro más joven. Ambos vestían pobremente y cubrían sus cabezas con boinas gastadas. Mostraron sus navajas al tiempo que se separaban con la clara intención de atacarlo por ambos flancos.

—Bueno, parece que no soy el único desvelado esta noche. —Rafael utilizó un tono jocosos, tal vez porque sentía que una buena pelea podía aligerar su ánimo oscuro—. No quisiera lastimarlos, pero lamento decirles que no me encuentran del mejor de los ánimos.

Rafael flexionó un tanto las rodillas y se colocó en posición de pelea, sin perder de vista a ninguno de sus atacantes. El mayor se adelantó con su navaja en un intento de herirlo, pero logró tomar su mano y desviar el puntazo al tiempo que estampaba un puño en el rostro de su otro agresor, dejándolo atontado y fuera de combate por un tiempo, que fue el suficiente para que pudiera encargarse del hombre que acababa de desarmar.

Pateó la navaja lejos y le propinó varios puñetazos en las costillas, que sonaron al romperse acompañadas por los gemidos de dolor del rufián. Lo dejó tendido en el piso al tiempo que se giraba para terminar de encargarse del muchacho, pero este ya se escapaba a más de una cuadra de distancia.

Maldición, tendría que haberle propinado un golpe más duro. Rafael acomodó su saco con fastidio, puesto que no había logrado aplacar su temperamento con tan magra lucha.

Se acuclilló junto al hombre que cacareaba de dolor.

—¿Quién te envía? ¿Farías, Valdez? —Lo tomó de las solapas de su gastado saco—. Responde. —Rafael levantó la vista al escuchar que alguien más se acercaba y soltó a su presa para ponerse de pie, dispuesto a abalanzarse contra quien fuera.

El hombre que se acercaba a paso vivo hizo un gesto con sus manos intentando detener cualquier agresión en su contra al tiempo que intentaba explicarse:

—Espere, estoy aquí a pedido del inspector Alonso Godoy.

—¿Alonso? —Rafael frunció sus cejas, desconcertado.

El joven asintió y le dijo que se ocuparía del hombre que lo había atacado. Lo esposó y puso de pie al tiempo que aguardaban que llegara el coche para llevarlo detenido a la comisaría. Rafael tendría que acompañarlo para formular la denuncia correspondiente.

Menudo modo de distraerse, pasando más de dos horas en la comisaría haciendo la denuncia y declarando, lapso en el cual llegó Alonso Godoy, quien lo aguardaba fuera en su coche.

Estampó su firma en la declaración y salió apresurado, ya que no soportaba más estar allí. Se subió al coche de su amigo, que le ofreció un cigarrillo.

—No pareces muy contento —dijo Alonso, sarcástico.

—¿De estar en una comisaría? —Lanzó una bocanada de humo al tiempo que respondía con igual sorna—: No imagino un lugar mejor para pasar mi velada. —Luego prosiguió dejando atrás el humor sarcástico—. ¿Qué opinas de toda esta escenita?

—Bueno, que te la has forjado a pulso. —Alonso rio y lo miró de reojo—. Quiero decir, que te has encargado de joderle la existencia a tu enemigo. Con mi ayuda, por supuesto, con bastante ahínco las últimas semanas. Mercancías confiscadas, locales allanados y la frutilla del postre: tu tío me contó que has recuperado la casa de tu padre, la cual ahora nuevamente te pertenece. —Le palmeó el hombro—. Es evidente que lo tienes desquiciado, y en algún punto eso es bueno puesto que lo vuelve más propenso a cometer errores.

Rafael seguía fumando mientras miraba a través del cristal del parabrisas. Coincidía con su amigo: Farías podía cometer errores, pero también actos más desesperados.

—También puede volverse más peligroso. El intento de esta noche, si es que él está detrás del ataque, lo demuestra.

—No tengo dudas de que él se encuentra detrás del atraco. Tengo una fuente de total confianza que me informó hoy mismo de la intención de este crápula de mandarte finalmente al más allá. —Alonso observó la mueca de desprecio de su amigo—. Lamento no haberte advertido a tiempo personalmente.

—¿Por eso estaba ese policía siguiéndome?

—Así es.

Rafael rio.

—¿Piensas cuidar mis espaldas con jóvenes inexpertos como ese? En verdad agradezco tus esfuerzos para mantenerme con vida.

—Lo siento. —Abrió sus brazos en un gesto de impotencia—. No puedo recurrir a gente más experimentada. Te aseguro que esto es un nido de ratas y, excepto los jóvenes que recién egresan, el resto huele a podrido. No puedo arriesgarme.

—Tienes razón. —Por un momento, Rafael se había olvidado de cómo la corrupción extendía sus garras por todos los estratos de la justicia.

—Si logramos que el hombre que te atacó delate a Farías, ya lo tendremos acorralado. Pero no creo que lo haga, por miedo a las represalias. —Alonso encendió el automóvil para ponerse en marcha.

—Por fin, pensé que nos quedaríamos aquí estacionados hablando de la vida lo que queda de la madrugada.

—Bueno, ¿acaso hay algo mejor que hacer esta noche?

Alonso condujo hasta el club de boxeo y dejó allí a Rafael, no sin antes hacerle una advertencia:

—Ten cuidado, de verdad este hombre no se detendrá en esta tentativa fallida y me temo que lo vuelva a intentar antes de que podamos encarcelarlo.

—Gracias por tu preocupación, seré cauto.

Rafael le dio unas palmadas al capó del auto a modo de despedida y Alonso siguió su camino. Mientras el auto se perdía de vista, una idea fue tomando forma en su mente. Quizá en lo ocurrido esa noche estaba la respuesta.

Por un lado, seguiría sacando de quicio a sus enemigos; mientras que, por otro, él mismo se pondría como carnada para dejarlos al descubierto.

Capítulo 21

Varios automóviles aguardaban en fila a que les llegara el turno de avanzar por el camino de grava hasta el pie de las escalinatas de mármol que daban acceso al prestigioso hotel que parecía un palacete de estilo francés. Allí, esa noche, se llevaría a cabo una cena de gala para recaudar fondos benéficos.

Elena retorció sus manos enguantadas con nerviosismo, sentada al lado de su padre que, vestido de etiqueta, observaba impaciente el lento avanzar de los coches. Antes de salir la había felicitado por su apariencia y le había dicho que por primera vez se sentía orgulloso de ella. Se le empañaron los ojos y tragó un nudo de angustia que se formó en su garganta al tiempo que, para disimular, dirigía la vista a través de la ventanilla hacia la calle transitada.

Su padre se sentía orgulloso del personaje que representaba a su lado desde hacía semanas, estaba complacido con la muchacha que interpretaba un amargo papel, pero que no era ella. Ya no le importaba, ese era el momento culminante de toda aquella parodia.

Miró el cielo estrellado a través de la ventanilla del coche y sonrió con amargura sintiendo que las estrellas eran testigos mudos de sus pasos, y que pacientes esperaban a que ella volviera a ser libre y auténtica.

Lo único que la había unido a su padre era el respeto al lazo de sangre, porque nunca los había unido el afecto o cariño. Había quedado totalmente roto al enterarse de que el hombre que la había engendrado, aparte de menospreciarla en cada oportunidad, ser frío, duro y autoritario, también era un vil delincuente sin escrúpulos, un farsante, una persona sin valores ni moral.

En todo ese tiempo no quiso detenerse a pensar en las consecuencias de desenmascarar a su padre, en cuestionarse si era correcto o no lo que estaba haciendo. Tampoco se detendría en ese momento, estando tan próximo el final. Desde su corazón, tenía la

convicción de que era su deber saldar la deuda de su padre y devolverle la justicia a la única víctima de toda esa ruindad.

Rafael, su amor. Sí, sí, ya no soportaba callarlo más. Quería gritarlo a los cuatro vientos, la urgía regresar a él para abrazarlo, besarlo y confesarle todo lo que significaba en su vida. Decirle que conocerlo la había despertado a un mundo más vasto, más vivo, más auténtico. Que quería caminar todos los caminos con él, que anhelaba ser quien siguiera descubriendo sus sonrisas, que quería estar siempre cobijada en sus brazos tiernos.

Se abstraía tanto en sus pensamientos y en su interioridad que por un momento había logrado irse lejos de allí. Y, cuando su padre habló, se giró hacia él sobresaltada.

—Nuestro turno. —Valdez extendió la mano para ayudar a su hija a descender del coche.

Ascendieron por la escalinata de mármol para adentrarse en el recibidor del opulento edificio que esa noche sería sede de reunión de todo tipo de personalidades importantes de la política, de la industria y del campo.

Valdez tenía el pecho hinchado de orgullo propio, sabiendo que durante años había trabajado afanosamente para construirse aquel futuro, un futuro que lo codeaba con las más altas esferas del poder. Se vanagloriaba de su estatus, de su influencia y se pavoneaba como un gallo en el gallinero.

Curvó los labios bajo su bigote en una sonrisa de autocomplacencia y miró a su hija, que colgada de su brazo parecía una momia.

—¿Qué te sucede? Cambia la cara que pareces una muerta. No me avergüences.

—Disculpe padre, me encuentro un tanto mareada.

—Recomposte.

Elena hizo un gesto de asentimiento y permaneció del brazo de su padre mientras se adentraban en el salón donde elegantes camareros de etiqueta circulaban con bandejas de exquisitos bocadillos, vino, champán y otras bebidas.

En verdad se sentía mareada, por lo cual intentó probar algún bocado para recuperar el ánimo. En ese momento, lo que menos

necesitaba era descomponerse.

Notó que su padre hacía un gesto hacia un hombre que ya se abría paso entre los invitados para llegar a ellos. La más absoluta repulsión se apoderó de Elena al advertir de quién se trataba y la mano que se enlazaba al brazo de su padre se crispó de manera incontrolable.

—Hija, te presento a un entrañable socio de negocios, el señor Horacio Farías.

—Un gusto, señorita. —Horacio apreció a la joven que permanecía tiesa junto a su socio y tomó su mano para besarla—. Debo confesarle que su padre jamás mencionó que su hija era poseedora de tal encanto.

Horacio Farías retuvo más tiempo del debido la mano de Elena y la miró con descaro cuando ella intentó retirarla. «Vaya, vaya, la joyita que tenía guardada el viejo Valdez», escenas lascivas se cruzaron en su mente y le sonrió con esa misma lascivia a la joven antes de soltar su mano.

Elena sintió un asco atroz y miró a su padre en busca de algún gesto de reprobación, pero estaba mirando hacia otro lado, saludando a un juez amigo. Cuando volvió su atención a ellos, preguntó:

—¿Cómo dices?

—Digo que tienes una hija que es como una joya preciosa.

Cualquier réplica de Valdez quedó trunca por la interrupción de una voz que provino desde las espaldas de Elena.

—Qué grata coincidencia que finalmente nos encontremos y que sea en tan importante evento público.

El efecto de esa voz gruesa y sedosa sobre su cuerpo fue inmediato. Se le erizó la piel, el corazón comenzó a latirle desbocado y su boca estaba tan seca que no podría haber emitido palabra. Se giró lentamente y quedó de pie frente al hombre que lo era todo para ella.

Estaba hermoso, enfundado en un esmoquin ajustado a su cuerpo esbelto y musculoso, su cabello corto como siempre y sus ojos que parecían dos llamas encendidas y que en ese momento la miraban

con tal desdén que tuvo que reprimir un gemido lastimoso que se formó en el fondo de su garganta.

Bajó la vista, avergonzada, por estar ante él rodeada de sus peores enemigos, de los hombres que lo habían emboscado siendo tan solo un muchacho para arruinarle la vida de un modo imperdonable.

Volvió a mirarlo, suplicante, pero él ya no hacía caso de ella. Como si no existiera, tenía su atención fija en su padre y Farías.

—Veo que después de tantos años siguen siendo buenos socios. Eso hará más fácil mi trabajo, digamos que será un dos por uno.

Rafael habló con tono casual, pero por dentro lo recorría una furia helada. Valdez y Farías parecían consternados de verlo allí y, sin embargo, él había planeado ir a ese evento exactamente para enfrentarlos a los dos juntos. Para mostrarles que ahora participaba nuevamente de su círculo y que, pisándoles los talones, tarde o temprano los haría caer.

Por otro lado, ver a Elena nuevamente y tan acomodada entre sus adversarios, compartiendo con ellos, como si nada de lo que los había unido hubiera sido importante y como si pudiera olvidar lo que esos hombres habían hecho con él, era un golpe amargo. Tal actitud, tal indiferencia a su dolor, lo aniquilaba de un modo que ella nunca sabría. Jamás volvería a ser vulnerable ni a abrir su corazón.

Valdez fue el primero en reaccionar y, con cínico aplomo, le dijo:

—Enhorabuena para usted, Martel, qué satisfactorio que pueda volver a andar por las calles luego de la mala suerte que tuvo de joven, de haber estado donde no debía en el momento equivocado. Ojalá nunca vuelva a ocurrirle algo semejante. Tenga cuidado.

Elena cerró los ojos un instante y se mordió el labio, impotente ante la situación y sin poder creer que su padre se burlara tan cínicamente de Rafael. Y no solo eso, sino que también lo amenazara. ¿Es que no tenía ningún tipo de conciencia? ¿No tenía temor de Dios?

—No se preocupe —escuchó decir a Rafael en tono de aparente calma—, he aprendido a ser muy cauto y certero en mis movimientos. Ahora, si me disculpan, iré a ocupar mi mesa. Que tengan buenas noches y disfruten mientras puedan.

Elena lo vio atravesar el salón hacia el comedor, donde las mesas circulares organizadas para diez personas estaban dispuestas en semicírculo ocupando todo el espacio excepto el del centro, que era utilizado en general para el momento en que la banda tocaba música y algunos invitados salían a bailar.

Elena no sabía cómo iba a soportar permanecer lo que fuera necesario en ese comedor. Vio que su padre se acercaba a decirle algo al oído a Farías, que tenía el rostro carmesí producto de la ira contenida, y luego la instaba a ir hacia el salón comedor como el resto de los invitados.

Elena observó que en la mesa de Rafael estaba también don Enrique, con una mujer madura a su lado que debía ser su esposa. Había tres parejas más y, junto a Rafael, había una bella joven rubia que se dirigía a él con confianza. Vio que apoyaba su mano en la de él y le sonreía luego de decirle algo al oído.

Los celos carcomieron sus entrañas, sus oídos comenzaron a zumbar y el mareo que había sentido al llegar al evento retornó aún con más fuerza. Tendría que adelantar su plan e irse inmediatamente.

Se acercó a su padre para susurrarle al oído:

—Padre, me siento descompuesta, realmente no creo poder permanecer aquí esta noche.

Su padre la miró con desaprobación.

—Intenta reponerte, no puedes irte en este momento.

—En verdad, padre, creo que voy a desmayarme y no quiero generarle un problema si me desvanezco aquí. —Elena lo miró sumisa y suplicante, sabiendo que si se negaba tendría que urdir otro plan para irse—. Le prometo que seré discreta, voy a la entrada y pido que el chofer me lleve a casa.

«Maldición», ya había notado que su hija estaba extraña esa noche. La veía pálida y nerviosa. Se removió al tiempo que miraba solapadamente alrededor. En la mesa aún no se habían ubicado todos los invitados y era mejor que, si su hija no estaba en condiciones, no lo pusiera en ridículo más adelante. Decidido, le susurró:

—De acuerdo, pero sé discreta.

Aliviada, Elena asintió. Les dirigió una ensayada sonrisa trémula y saludó al resto de los comensales, entre los que se encontraba Farías. Se puso de pie y, dándoles la espalda, se dirigió a la salida con el alivio y la satisfacción pintados en su rostro.

Capítulo 22

Arrojó su capa de piel sobre el sillón y los canutillos negros y dorados de su elegante vestido brillaron en la oscuridad. Se dirigió hacia el sector de las habitaciones de servicio para constatar que las empleadas estuvieran dormidas y luego fue hasta la puerta trasera y la abrió para dar paso a Alonso Godoy, que llevaba esperando desde hacía un par de horas.

—¿Ha tenido algún inconveniente?

—No —dijo Elena con su voz alterada por la premura—, pero debemos darnos prisa, no estoy segura de cuánto tiempo disponemos.

Lo guio hasta el despacho de su padre y, una vez dentro, ella se quedó cerca de la puerta mientras Alonso revisaba rápidamente los papeles esparcidos sobre el escritorio. No había nada de interés allí. Entonces, fue abriendo y revisando los cajones hasta que llegó a uno cerrado con llave.

—¿Sabe dónde puede estar la llave?

Elena negó con la cabeza y Alonso sacó una navaja de su bota, con la cual forzó sin dificultad la cerradura, abriendo el cajón. Sus ojos atentos pasaron por entre los papeles que iba sacando de su interior. Elena se acercó cuando lo oyó maldecir por lo bajo.

Había notas que parecían correspondencia, una serie de permisos adulterados de menores de edad para que pudieran ingresar a los prostíbulos de acuerdo con las ordenanzas vigentes y otros documentos que parecían falsificados. Alonso los dejó a un lado y abrió un libro con encuadernación de cuero negro.

—¿Algo de todo esto sirve?

Alonso levantó la vista, entre eufórico e incrédulo de todo lo que había allí.

—Todo sirve —dijo estupefacto, porque lo que había allí superaba sus expectativas—. Hay correspondencia que constata la actividad de su padre como tratante de blancas; en este cuaderno están

consignados los datos de altas y bajas de prostíbulos, traslados de mujeres, ganancias por mujer, aportes con fines políticos, contrabando... Dios. —Pasmado, Alonso pasó su mano por el rostro y luego la observó—. Los tenemos.

Elena estaba aturdida, hallar las pruebas que reafirmaban toda la conducta delictiva y mal habida de su padre le generó una inmensa tristeza, pero a la vez alivio. Rompió en llanto y se tambaleó, pero Godoy alcanzó a sostenerla y acercarla hasta una silla. Toda la tensión de las últimas horas, incluso de las últimas semanas, comenzaba a hacer mella en su salud.

—Ha sido usted muy valiente, no decaiga ahora. Tenemos de antemano su denuncia en donde declara haber escuchado el plan para asesinar a Rafael Martel, con ello tengo la orden de allanamiento librada por un juez que le aseguro es de los pocos interesados en combatir el delito en las altas esferas. Eso le da el marco legal al allanamiento que acabo de hacer en este domicilio. Y ahora queda un último movimiento: llevar las pruebas y librar la orden de aprehensión contra su padre y Farías, cuyo nombre aparece en algunas de las correspondencias.

—¿Y si escapan? ¿Si logran comprar voluntades para solapar sus delitos? —Elena estaba angustiada e insegura, pero Godoy volvió a darle ánimos.

—Le aseguro que esto que encontré aquí no deja lugar a dudas. También le ofreceré un trato a su padre para que confiese la participación de Farías en el asesinato de Antonio Martel.

Elena se puso de pie con precaución para que no la arremetiera otro mareo y se sostuvo del escritorio al tiempo que imploraba a Godoy que se dieran prisa.

—Por favor, debemos apresurarnos, si mi padre regresa antes...

—No se preocupe, a partir de ahora yo me encargo. Solo queda una cosa más: quiero ponerla a resguardo hasta que llevemos a cabo las aprehensiones, no quiero que corra ningún tipo de riesgo.

Elena negó con la cabeza, ya no iría a ningún lado más que al que realmente pertenecía. No perdería ni un segundo más alejada de Rafael. Tenía que explicarle todo lo sucedido y necesitaba de sus brazos y consuelo.

—El único lugar seguro para mí es con Rafael —le dijo con determinación—. Yo voy con él y usted hace lo que deba para terminar con esto. Lo que sí le encargo es que vele por la seguridad de mi tía esta noche, hasta que mi padre y su cómplice estén tras las rejas y yo pueda reunirme con ella.

—Cuenta con ello, ahora salgamos de aquí. —Guardó todos los documentos en un maletín al tiempo que tomaba del brazo a Elena para dirigirse a la puerta trasera por la que había ingresado.

Elena confiaba plenamente en Alonso Godoy y estaba segura de que tenía todo dispuesto para lograr las detenciones cuanto antes, pero prefería que no perdiera tiempo con ella. Así que la ayudó a conseguir un coche de alquiler y cada uno partió con su rumbo.

Al llegar al edificio de avenida de Mayo, subió los tres pisos casi a la carrera. Golpeó la puerta y aguardó advirtiendo que, tal vez, si los Martel habían decidido quedarse hasta el final de la gala, pudiera ser que aún no hubieran regresado del evento.

Pero cuando estaba por sentarse en la fría escalera de mármol para esperar, la puerta se abrió. Rafael estaba allí, erguido con su camisa blanca que se ajustaba a su torso musculoso, el moño de seda negro que le colgaba desatado en su cuello y sus pies descalzos.

Ella hubiera saltado para colgarse de su cuello, pero la actitud rígida y fría la detuvo. Cada vez más nerviosa, acomodó sus cabellos que estaban en su habitual desorden detrás de la oreja y alisó la falda tornasolada de su vestido en un gesto automático de ansiedad.

—¿Podemos hablar? —escuchó su propia voz trémula y se fastidió consigo misma. Ya estaba allí y eso era lo único que importaba. Cuando le explicara, todo volvería a ser como antes.

Rafael la vio allí parada y la percibió tan vulnerable que se apartó para permitirle el paso, lo cual quizás ya fuera un gran error. ¿Qué diablos hacía ella allí después de tanto tiempo? ¿Qué importancia podía tener a esas alturas lo que tuviera para decirle? En un claro mensaje de que no pensaba dispensarle mucho tiempo, dejó la puerta abierta y la increpó allí mismo en la entrada.

—Ya ha pasado bastante tiempo para que nos quede algo de qué hablar.

Elena recibió sus palabras duras como si fueran un golpe en medio de su estómago. Sabía que a sus ojos ella lo había decepcionado y hasta traicionado, pero nunca imaginó que ese encuentro pudiera ser así, que fuera tan áspero y frío. Pero no se amedrentó.

—Te equivocas, hay mucho de qué hablar —le dijo con vehemencia—. Cuando me fui, lo hice porque...

—Cuando te fuiste, lo entendí —la interrumpió él con brusquedad—. Pero que te quedaras viviendo allí tan tranquilamente, paseándote a su lado, solapando sus canalladas, no hay ningún porqué que yo pueda admitir para eso.

Elena no podía soportar sus palabras, su obstinación los estaba hiriendo a ambos de un modo que dolía mucho.

—¿Y por qué crees que yo sería capaz de quedarme junto a él?! —preguntó desesperada.

—¿Por qué creo? —dijo desapacible—. Hace años dejé de creer, dejé de suponer, de esperar...

—Nadie puede vivir sin creer —musitó ella con sus ojos anegados de lágrimas.

—¿Quién dijo que estoy vivo?

Ver sus bellos ojos ambarinos cegados por la amargura le partió el corazón y escucharlo decir aquello le desgarró el alma. No podía tolerar que el hombre que amaba con locura no tuviera esperanzas que lo motivaran a vivir.

Cuando ella le contara que finalmente se había hecho justicia, empezaría una nueva vida para ellos y se encargaría de hacer todo lo que estuviera a su alcance y más para que fueran felices y se borrara todo su dolor.

Elena le tomó el rostro entre sus manos suaves y él tuvo que resistir para no tomarla en sus brazos, para no barrer con su pulgar las lágrimas que bañaban su rostro. Debía terminar con lo que nunca tendría que haber empezado, de una vez y para siempre. Lo de ellos había sido imposible desde el comienzo.

—¿Rafa?

Por el pasillo que llevaba a las habitaciones, apareció la mujer rubia que Elena había visto junto a Rafael en la gala de esa noche.

«Rafa», lo había llamado. Y al llegar junto a ellos los observó, curiosa. Aún vestía el lujoso atuendo que llevaba en la recepción de esa noche.

—¿Quién es esta mujer?, ¿por qué discuten?

Rafael apartó las manos de Elena de su rostro y ella lo miró dolida y desconcertada. Para él, aquella era la oportunidad de poner fin a semanas y semanas de interminable tormento.

Convirtiendo su propio corazón en piedra para tener el valor de desterrarla de su vida, clavó sus ojos de fuego en Elena y respondió marcando cada palabra:

—No es nadie. —Luego giró hacia la joven rubia y le dijo autoritario—: Vuelve a la habitación.

El tono no dio lugar a réplicas y la muchacha desapareció por donde había venido.

Elena no salía de su estupor, negó con la cabeza una y otra vez mientras daba breves pasos tambaleantes hacia atrás. «No es nadie», había dicho. Ella no era nadie, cuando él era su todo.

En ese instante, sintió como si el mundo se hubiera abierto a sus pies. En su torpe y lenta huida trastabilló y sintió los brazos fuertes de Rafael en torno a su cintura.

Lo último que él hubiera querido era provocarle ese dolor, pero era mejor así, ya no había manera de volver atrás. Ella apartó las manos de él de su cintura, no quería que volviera a tocarla nunca más. Se limpió las lágrimas que empapaban sus mejillas y, con esfuerzo, contuvo un sollozo antes de hablar:

—Tienes razón, ya no tiene importancia lo que tengamos para decirnos. —Miró hacia el pasillo por donde había desaparecido la joven rubia y detuvo con su mano el avance de Rafael que, fiel a su veta compasiva, se vio impulsado a acercarse a ella—. Mejor será que sigas con lo tuyo y dejemos todo atrás.

Ahora sí, lanzando un sollozo, salió del departamento sintiéndose devastada. Había soportado todo ese tiempo con la ilusión del momento en que volvieran a reunirse y, finalmente, lo había perdido todo.

Sin embargo, no se arrepentía de lo que había hecho. Rafael se merecía su triunfo, merecía justicia y que sus cuentas con el pasado

quedaran saldadas para que pudiera seguir con su vida y ser feliz.

Capítulo 23

Rafael la vio partir y se contuvo para no ir detrás de ella. Cerró y, por varios minutos, se quedó allí, con su frente apoyada en la puerta. La voz de su prima lo trajo de regreso.

—¿Rafa? Primo, ¿quién era esa muchacha? No parece ser «nadie». Al contrario, debe de ser alguien muy importante para ti, mira cómo estás.

Rafael se dio la vuelta y acarició la mejilla de su prima. Le sonrió al tiempo que cambiaba de tema.

—Tú no te preocupes, Luisa. ¿Tu madre duerme?

—Sí, luego de la rabieta por no poder regresar a casa porque papá tuvo que salir a atender vaya a saber qué asunto, se ha quedado dormida. —Levantó los hombros en un gesto de impotencia e hizo un mohín con su boca denotando el fastidio que le generaban los caprichos de su madre.

—Tú también ve a descansar, ya es de madrugada. Si mi tío sigue ocupado, mañana haré los arreglos para que puedan llegar a la casa de San Isidro. No seas dura con tu madre, ya sabes lo aprensiva que se pone cuando tiene que viajar sin tu padre de noche y San Isidro queda lejos.

Luisa asintió y le dio un abrazo y beso en la mejilla.

—Sabes todo lo que te quiero, ¿verdad?

—Sí, lo sé. —Rafael le devolvió el beso—. Y yo a ti. Ahora ve.

Cuando su prima Luisa se retiró al cuarto, Rafael fue al salón, se sirvió un vaso de *whisky* y abrió los cristales de la puerta ventana que daba a la avenida, sin importarle el viento helado que ingresaba y enfriaba el ambiente.

Tiempo después, la luz del amanecer clareaba el cielo y él seguía allí parado. Su cabeza estaba vacía de pensamientos, ideas, palabras, solo la imagen de Elena estaba allí y sabía que sería así por siempre, toda ella tallada en su mente, en su cuerpo y en su corazón.

Miró el vaso que sostenía en la mano, en todas esas horas ni siquiera había bebido un sorbo. Lo hizo a un lado y en ese momento escuchó el llamado de la puerta. Se apresuró a abrir, tal vez Elena hubiera regresado.

Pero ¿para qué? Y ¿acaso él no había hecho lo posible para alejarla de su lado? Se estaba volviendo loco.

Cuando abrió se encontró con Alonso que, con una sonrisa de oreja a oreja, lo abrazó con tal efusividad que Rafael pensó que tal vez su amigo también había enloquecido.

Alonso le palmeó la espalda y le dijo fuera de sí por la satisfacción:

—¿Y qué me dices? ¡Lo logramos! Por fin esos malnacidos están tras las rejas.

—¿De qué hablas?

Alonso, recién en ese momento, se percató del estado en el que se encontraba Rafael. Cerró la puerta y se adentró en la sala mirando alrededor.

—¿Me puedes decir qué está pasando? —le preguntó de mal modo Rafael.

—¿Elena Valdez no te lo dijo? —Vio que Rafael lo miraba confuso al tiempo que negaba con la cabeza. Se acercó y lo tomó por los hombros—. ¿Dónde está Elena Valdez?

—¿A ti qué mierda te pasa? —Rafael se desprendió de sus manos—. ¿Qué carajos está pasando?

Alonso se pasó las manos por el rostro, estaba agotado, y saber que Elena Valdez no había ido allí lo llenaba de alarma. Temía que le hubiera pasado algo en el camino. Maldita sea, tendría que haberla llevado hasta allí él mismo.

—Elena Valdez se dirigió aquí esta noche, si no ha llegado, me temo que le haya sucedido algo.

—Ella estuvo aquí, pero se fue. —Ni bien formuló esas palabras, un pensamiento tomó forma en la mente de Rafael y fue preso de un acceso de ira incontrolable que le carcomió las entrañas. Tomó con violencia a Alonso por las solapas del saco y le dijo entre dientes, clavándole una mirada inmisericorde—: Dime que no la has involucrado en nada de toda esta mierda.

—No había otra alternativa, y ella tuvo las agallas de asumir el riesgo para que se lograra hacer justicia.

Rafael lanzó un rugido de pura cólera e impotencia y le propinó un golpe en el abdomen a Alonso, para luego darle un puñetazo de lleno en la quijada. Alonso trastabilló, pero después se abalanzó para darle un empujón, lo arrastró con su cuerpo y ambos cayeron al piso. Rafael le propinó varios puñetazos más, hasta que, gritando nuevamente enardecido, se apartó y lanzó por los aires una silla, una mesa de apoyo y todo lo que tenía a su paso. Era eso o matar a golpes a ese infeliz traidor.

A duras penas, Alonso pudo ponerse de pie y sacó un pañuelo para ponerlo sobre su nariz sangrante. Entre jadeos de dolor, le dijo:

—Enfádate todo lo que quieras, pero yo no la obligué a nada. Ella quiso hacerlo, lo quiso hacer por ti. Toleré volver a casa de su padre y permanecer a su lado fingiendo todo este tiempo para que pudiéramos dar con las pruebas que necesitábamos y así tenerlos en un puño.

—¡Cállate! ¡Cállate! —Rafael se abalanzó nuevamente sobre él y lo sujetó diciéndole entre dientes—: Cállate, maldita sea, no tenías ningún derecho, no lo tenías.

—No, no lo tenía. Pero ahora lo importante es que esos malditos están tras las rejas y quise poner a la señorita Valdez a resguardo, pero dijo que en el único lugar en el que estaría segura era contigo. Si no está aquí, guarda tu ira para más adelante y ayúdame a encontrarla porque sabes que ella está en peligro, ¿verdad? Su identidad como denunciante es clasificada, pero no puedo garantizar que su nombre no se filtre por medio de algún soplón. Detrás de estos truhanes hay una vasta red que no se quedará de brazos cruzados, sin tomar represalias, si con estas detenciones sus negocios y nombres también se ven comprometidos.

Rafael lo arrojó nuevamente al suelo. Tenía razón, ahora la prioridad era dar con Elena. Lo señaló con su dedo índice cuando le hizo la siguiente advertencia:

—Las cuentas entre tú y yo no están saldadas, pero ahora, como bien dices, lo importante es encontrar a Elena. Voy a cambiarme y salimos en un minuto.

Mientras se encaminaba al cuarto, Rafael se preguntó cómo saldaría las cuentas con él mismo, ya que el único culpable de que Elena estuviera en las calles en peligro era él.

El primer lugar lógico al que se dirigieron fue a la casa de la tía de Elena, que en ese momento los enfrentaba beligerante y sin tapujos.

Doña Elsa Valdez sentía que la cólera que la embargaba no lograría apaciguarse de ningún modo. Observó al par de hombres que tenía delante, uno con su sobretodo negro, bigote entrecano y sombrero ladeado, le sostenía la mirada; y el otro, más joven y de tormentosos ojos, de seguro era el principal causante del estado en que su sobrina se había presentado esa madrugada en su casa.

—Así que ahora están ambos en esta sala preocupados por mi sobrina. Usted —y señaló sin piedad a Alonso Godoy—, que desmoronó su vida al descubrir ante ella el verdadero rostro de su padre para luego mezclarla en este asunto haciendo uso de la honorabilidad y sentido de justicia de Elena, pero sobre todo usando los intensos sentimientos que le profesa a este... a este caballero. —De repente, ambos hombres parecían avergonzados y, lejos de compadecerse, Elsa continuó descarnada, clavando su rabiosa mirada en Rafael—. Llegó aquí deshecha, le destrozó el corazón.

—Cometí un grave error —dijo Rafael dando un paso adelante, angustiado—. Necesito hablar con ella, explicarle. Pero, sobre todo, en este momento es crucial asegurarnos que no corra ningún peligro.

Elsa hizo una mueca irónica.

—En peligro estuvo todo este tiempo, atrapada en este juego. Sí —afirmó vehemente—. Ella vino aquí, pero se fue. ¿A dónde? No me lo dijo, pero tengan por seguro algo. —Los abarcó a ambos con su dedo acusador—. Aun si lo supiera, jamás se lo diría. Ahora, largo de aquí y dejen a mi sobrina en paz.

Ambos hombres salieron con las manos vacías. El guardia que Alonso había puesto a custodiar la casa le confirmó que, si bien una muchacha había llegado en la madrugada, no había permanecido por mucho tiempo y se había vuelto a marchar con una maleta en sus manos.

Esa fue la última y única señal que tuvieron de Elena, que parecía haberse esfumado. Los días se iban transformando en semanas y, si bien Willy inmediatamente había apostado a todos sus hombres disponibles en cada punto de salida de la ciudad, seguramente ya había sido tarde. Si Elena había partido inmediatamente después de dejar la casa de su tía, habían perdido la oportunidad de seguirle el rastro.

Rafael comía mal, dormía peor, no tenía descanso y se preguntaba una y otra vez a dónde podría haber ido si no contaba con nadie.

La sabía capaz y con las agallas suficientes para sobrevivir, pero saberla sin recursos y a merced de cualquier peligro no lo dejaba en paz.

No había vuelto a tener trato con Alonso, no podía perdonarle que hubiera actuado a sus espaldas, involucrando a Elena de un modo tan sórdido en todo ese asunto.

Tampoco podía perdonarse a sí mismo, no se podía perdonar el no tener ni una pizca del valor y coraje de Elena. Porque, por temor a sentir, a vivir, por preferir quedarse lamiendo sus heridas agazapado detrás de su maldita amargura, la había alejado de su lado.

Ella, en tanto, había puesto en juego todo por ellos, todo por él. Había ido en contra de sus propios lazos de familia y había denunciado a su padre. Y a partir de eso había quedado al descubierto un vasto entramado de corrupción que había salpicado a más de un apellido resonante y funcionarios de renombre.

Los periódicos seguían haciéndose un festín con el desprestigiado y encarcelado jefe de Investigaciones que había resultado ser uno de los cabecillas de una red mafiosa de contrabando, trata de blancas y demás delitos. Toda la institución policial estaba bajo la lupa de la opinión pública y del poder político, que necesitaban medidas ejemplificadoras para lavar sus propias culpas.

Los golpes en la puerta de la oficina del club lo sacaron de su maraña de pensamientos.

—Adelante.

Sus visitantes lo sorprendieron, no había esperado que fueran a buscarlo precisamente allí, y menos cuando ambos sabían que no quería volver a verlos ni tener ningún trato con ellos.

—Ambos saben que no son bienvenidos, lárguense —dijo de mal modo.

Enrique Martel no se inmutó ante el tono agresivo de su sobrino. Y Alonso también permaneció en su sitio; aunque, por su parte, tras una máscara de indiferencia, ocultaba todo lo que lamentaba haber perdido la confianza y amistad de Rafael.

—Nos parecía que teníamos que darte esta noticia personalmente —dijo Enrique en tono seco—. Miguel Ángel Valdez aceptó el trato. A cambio de que le reduzcan la condena y no lo lleven al presidio de Ushuaia, confesó que Farías fue el autor intelectual del asesinato de tu padre y que él fue su cómplice. Sumado al resto de los delitos, es posible que puedan dar lugar a nuestro pedido de la pena capital para el miserable de Horacio Farías.

—Qué bien —dijo ecuánime y clavó su mirada acusatoria en Alonso—. ¿Has logrado ubicar el paradero de Elena?

—¿Cómo puede ser?! —vociferó Enrique, furioso—. Después de contarte que finalmente Farías pagará por la muerte de tu padre, lo único que te importa es seguir preguntando por esa mujer.

Rafael se abalanzó sobre su tío y solo impidió que le propinara un puñetazo el hecho de que Alonso se interpusiera entre ellos y contuviera su avance. Rafael le espetó a su tío sin piedad:

—¿Qué clase de justicia conseguimos si ella terminó siendo una víctima inocente en todo este juego?! Ambos van a responder ante mí si algo le sucede. «Esa mujer», como usted la llama despreciativamente, tiene más honorabilidad, lealtad y agallas que usted. —Empujó a Alonso hacia atrás y les dijo—: Ahora, salgan de aquí.

Se sentía frustrado, irascible, como decía Willy, era como un barril de pólvora a punto de estallar. Pasaba los días de acá para allá, preguntando, recorriendo sin rumbo, sin pistas.

Su desasosiego era tal que, por momentos, tenía miedo de enloquecer. Salió del club y se dirigió al piso que aún ocupaba en el edificio de avenida de Mayo. No viviría más allí, se mudaría provisoriamente al club y luego vería donde se instalaría definitivamente, pero ya no podía permanecer en ese departamento. Primero, porque quería cortar todo vínculo con su tío; y segundo,

porque cada rincón le recordaba los pocos, pero intensos, momentos que había compartido con Elena.

Allí le había hecho el amor por primera vez. Allí, teniéndola entre sus brazos, había descubierto lo que era la esperanza y había recuperado la sonrisa.

Al llegar, con pasos airados, fue directo hasta el vestidor y comenzó a sacar su ropa para ponerla sobre la cama y luego hacer las maletas. Fue arrojando las prendas y, entre ellas, se sorprendió al encontrarse con la ropa de muchacho que usaba Elena para escabullirse.

Evidentemente, no la había llevado cuando salieron unos días de la ciudad para la casa de Flores, y la mucama la había acomodado entre su ropa, por eso no la había notado antes. Se sentó en la cama y llevó las prendas hasta su nariz, quería sentir su olor e imaginar que ella se encontraba aún con él.

Permaneció así un rato, con los ojos cerrados, solo sintiendo. Luego de varios minutos, los abrió y, con sumo cuidado, comenzó a doblar las prendas de ella que tenía entre sus manos. Las llevaría consigo, de ningún modo podría dejarlas atrás.

Capítulo 24

La pareja hablaba en un susurro airado, intentando que la muchacha que se hallaba convaleciente en el cuarto contiguo no escuchara. Desde que la joven se había presentado a su puerta, no podían ponerse de acuerdo con la situación que tenían entre manos.

—Por favor, Catalina —dijo el joven esposo—, ¿qué vamos a hacer cuando ella despierte o, en el peor de los casos, si no despierta?

—Claro que despertará. —Catalina se santiguó—. Llegó agotada, descompuesta, pero pronto va a recuperarse. No podemos darle la espalda, llegó a nosotros a través de Sara.

Simón se pasó las manos por el rostro, cansado de discutir con su mujer. Llevaban dos días así y era siempre lo mismo.

Aquello era como una red, así como Sara los había ayudado a ellos, se esperaba que ayudaran de la misma manera a su amiga. Pero Simón no quería arriesgarse con esa muchacha que claramente se escapaba de vaya a saber qué cosa.

Se puso de pie, con gesto de franca molestia, tomó su boina de la mesa y le dijo a su mujer:

—Esperaremos a que se reponga, luego tendrá que irse, y es mi última palabra.

Catalina vio con resignación cómo salía su marido de la casa y se puso de pie con dificultad por su avanzado embarazo. Se acercó al cuarto donde descansaba la mujer, quería comprobar si había bajado su fiebre.

Apoyó la mano en la frente de la joven que, gracias a Dios, se encontraba fresca. Y cuando estaba por retirarla, la muchacha convaleciente se la sujetó y, abriendo los ojos, le dio las gracias en un susurro cansino.

—Gracias por ayudarme.

—Por ahora, y porque vienes de parte de Sara —titubeó—, pero mi esposo no quiere que permanezcas en nuestra casa.

Elena asintió y cerró los ojos porque le producía cansancio mantenerlos abiertos. No sabía cómo había llegado a ese estado, pero sí recordaba su angustiante partida luego de ver desmoronados todos sus sueños.

Lágrimas de sufrimiento y desilusión se escurrieron a través de sus párpados cerrados y profundos sollozos comenzaron a sacudir su cuerpo. Sentía un absoluto desamparo y no tenía ni idea de cómo seguiría con su vida.

Así, enferma por el dolor y la tensión de todo lo que había vivido las últimas semanas, había arribado a Chascomús, una ciudad que se hallaba a más de cien kilómetros de la Capital.

Aquella noche, a pesar de su consternación al saber que ya no ocupaba ningún lugar en la vida de Rafael, era consciente de que necesitaba desaparecer por un tiempo mientras todo el revuelo por la detención de su padre pasara. Si se revelaba que ella había sido la denunciante, su vida podía estar en riesgo.

Por eso, no había perdido un minuto de más en ir a lo de su tía, armar una pequeña maleta y dirigirse a la estación de ferrocarril para comprar el boleto que la alejaría hacia el único lugar que le quedaba como salvoconducto.

Su tía había insistido en ir con ella, pero no quería ponerla en peligro y estaba convencida de que, estando sola, sería más fácil pasar desapercibida. Para no comprometer la situación, se había negado a decirle hacia dónde partía, pero le prometió que regresaría o mandaría por ella cuando las aguas se calmaran.

Sumida en esa nebulosa de agrios pensamientos y recuerdos, volvió a dormirse. Y tuvo que transcurrir otro día más para que, finalmente, se sintiera lo suficientemente recuperada como para levantarse de la cama.

Sus movimientos eran lentos porque se sentía débil. Se acercó hasta una mesita de madera donde se encontraba la jofaina y se higienizó con el agua helada, que la hizo tiritar de frío. Tomó una falda y camisa limpias de la maleta para ponerse presentable.

Al salir del cuarto, comprobó que el ruido incansable que la había despertado provenía del pedal de la máquina de coser en la que la

dueña de casa trabajaba concentrada en una esquina de la habitación principal, que hacía las veces de comedor y cocina.

—Buenos días —dijo Elena.

Catalina levantó la vista del género que tenía entre sus manos y le sonrió a Elena con alivio, por fin su visitante inesperada estaba de pie.

—Por fin pudiste levantarte.

Cuando Catalina se paró para dirigirse hacia ella, Elena notó su embarazo, lo cual no había advertido el día que llegó. A pesar de que debía sentirse pesada, se acercó a ella con movimientos briosos. Le llevaba media cabeza y era muy bella a su modo, con los labios llenos, cabello cobrizo y ojos marrones. Parecía rozagante y un derroche de energía con sus pómulos sonrosados, la energía de la cual ella misma carecía por completo en ese momento.

—Gracias por haber cuidado de mí. —Le tomó las manos al decir eso, en un gesto de profundo agradecimiento—. Sé que tu marido no quiere que me quede, comenzaré cuanto antes a buscar un trabajo para no importunarlos más de lo debido.

—Simón no es un mal hombre —dijo a modo de disculpa Catalina mientras se llevaba las manos a su vientre hinchado—, pero no quiere problemas.

—Lo entiendo, no te preocupes. Solo necesito un poco de tiempo y que me digan por dónde podría empezar para conseguir un trabajo. —Hizo un gesto hacia la máquina de coser—. ¿Tal vez cosiendo? Si consiguiera una máquina podría coser como tú.

De repente, una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en el rostro de Catalina, acababa de ocurrírsele algo a lo que Simón no podría negarse. Tiró de la mano de Elena y la acercó a la mesa para que se sentara junto a ella.

—Escucha bien lo que voy a decirte. —El tono de Catalina era conspiratorio—. Simón viene diciendo que ya no puedo pasar tanto tiempo sentada en la máquina, y mucho menos yendo de acá para allá buscando y entregando la ropa. —Al decir eso, esperó la reacción de Elena, que nunca llegó—. ¿No entiendes? Le diré que tú eres la solución perfecta, puedes encargarte de llevar y traer la ropa. Hasta de coser, si fuera necesario, cuando se aproxime la fecha del

parto. De ese modo no perderíamos ese dinero y a cambio tendrías techo y comida, por lo menos el tiempo necesario hasta que decidas qué hacer.

Elena, sin poder contener su impulso, le dio un cálido abrazo que no era solo de agradecimiento, sino también de alivio. Le parecía una idea estupenda y la conmovía que esa mujer, que ni siquiera la conocía, pensara en el modo de ayudarla a iniciar su vida en ese lugar alejado de todo lo conocido.

Luego del intempestivo abrazo, su ceño se frunció de preocupación.

—¿Y piensas que tu esposo acepte? Si no quiere que me quede bajo ninguna circunstancia, entonces... —Elena calló y elevó sus hombros en un gesto de impotencia.

—De Simón me encargo yo, es tozudo, pero mi bienestar y el del bebé es lo que más le importa. Lo convenceré, no lo dudes.

Y así fue, tal como lo asegurara Catalina aquella mañana, Simón había accedido a que se quedara en la casa para ayudar a su mujer el tiempo que le faltaba para tener al bebé. Eran dos meses, dos meses en los que tendría que procurarse otro modo de subsistencia que le permitiera tener su propio lugar donde quedarse y así recomenzar su vida.

Capítulo 25

Elevó el rostro para observar los nubarrones que de repente apagaron la luz brillante del sol. Sin amedrentarse, continuó recorriendo con pasos lentos el trayecto que le restaba hasta llegar a la ribera de la laguna. Había entregado toda la ropa que Catalina había cosido y, antes de regresar, quería tomarse unos minutos en ese lugar agreste más apartado.

La ciudad de Chascomús debía su nombre a la gran laguna a cuyo margen se había construido. Algunos la llamaban «Capital de las Estancias», ya que era una zona pampeana donde todo el crecimiento había girado en torno a los estancieros que habían instalado sus haciendas de ganado y cultivo.

Con la llegada del ferrocarril, allá por el año 1865, la ciudad se había convertido en centro de servicios de la región y las pujantes haciendas abastecían de su producción a la capital de la provincia y al extranjero. Así se había acrecentado la población y, a ese ritmo de progreso, la ciudad contaba con diversos edificios públicos de importancia y barrios que se iban extendiendo cada vez más a su alrededor.

La procedencia de extranjeros ingleses, franceses, españoles e italianos dejaba su sello en la diversidad de manifestaciones culturales, tanto así que curiosamente algunos avisos de remate se publicaban en inglés y muchos menús en francés.

El trazado del ferrocarril cruzaba la ciudad dividiéndola en dos: hacia el norte quedaba el sector de la estación y su plaza adyacente que, con todo su movimiento y gentío, era un mundo aparte; hacia el sur, el casco urbano, con su plaza principal y centro cívico.

La casa de Simón y Catalina se encontraba en las inmediaciones de la plaza principal, pero lo suficientemente alejada como para respirar aires de tranquilidad y barrio.

A Elena, la sencillez de la ciudad la había subyugado, con su traza de estilo colonial, de casas bajas y techos de azotea, con sus frentes

blanqueados y veredas angostas, denotaba una tranquila parsimonia, cuyo contraste con la Capital y toda la vida que ella había conocido hasta ahora era inmenso.

Se sentó sobre el pasto y apoyó sus manos y rostro sobre las rodillas levantadas para inspirar y llenar sus pulmones de ese aire frío y limpio. Dejó que sus ojos se llenaran con ese paisaje pintado de verdes, marrones y ahora grises por el cielo plomizo. Luego cerró los ojos y se dejó llevar por el susurro del agua que parecía jugar con la brisa que acariciaba su superficie, constante e incansable.

Tomó las horquillas que sujetaban su rodete y liberó su cabello para que el viento lo acariciara como lo hacía con las aguas de la laguna. Las hebras oscuras se arremolinaron en su rostro y una sonrisa se dibujó en sus labios; en ese momento se sentía en paz.

Parte de su buen ánimo provenía de una ocurrencia que le había dado nuevos bríos a su espíritu. Si bien ese día no había comenzado tan bien, finalmente, había mejorado de modo considerable.

Se había acercado al flamante Círculo de Obreros Católicos en un intento de ofrecerse para formar parte y colaborar en las actividades que allí se desarrollaban, pero le habían aclarado que de las actividades solo participaban los hombres y las mujeres podían únicamente acompañarlos en los eventos festivos.

Ofuscada por tan obtuso criterio, había caminado por la recova del cabildo mascullando su enojo y orgullo heridos. Fue en esa caminata cuando se le ocurrió que podría ser ella quien impulsara la creación de un espacio de reunión de mujeres, donde pudieran participar activamente de actividades que propiciaran su desarrollo social y participativo y que pudiera ser también un lugar que cobijara y ofreciera ayuda a mujeres que, como ella, necesitaban comenzar de nuevo sin apoyo ni recursos.

Sabía que su idea no le daría techo y comida al corto plazo, pero sí le daba una meta para construir su futuro allí; le traía esperanza.

Respecto a lo más acuciante, que era encontrar un lugar para ella, también confiaba en que pronto hubiera buenas noticias. Si bien no hacía tanto tiempo que ayudaba a Catalina en su trabajo, había entablado relación con una de las damas para quien hacían los remiendos y costura de ropa.

Era la matrona de una familia acomodada y numerosa, y Elena, intuyendo que podría haber una posibilidad, se ofreció como niñera de sus hijos menores al tiempo que podría reforzar la instrucción de sus hijos mayores. Sabía que contaba con los conocimientos y preparación para desempeñarse en esas tareas, y que quizá podría seguir con lo de la costura a la vez. Doña Fernanda Castro había quedado complacida con la idea y prometió pensarlo y volverlo a conversar.

Sí, definitivamente, a pesar del poco tiempo transcurrido, las cosas comenzaban a marchar mejor de lo que esperaba. Se puso de pie sin molestarse en sujetar nuevamente su cabello y, con un entusiasmo que desde hacía semanas no sentía, emprendió el regreso por las silenciosas calles de tierra.

Elena elevó el rostro al cielo gris cuando una gruesa gota cayó sobre su cara. Apuró el paso y las gotas aisladas pronto se convirtieron en un aguacero. Riendo como una niña traviesa, se lanzó a una carrera contra el tiempo, como si tuviera alguna oportunidad de ganar.

Se detuvo agitada ante la puerta de madera que daba acceso a la modesta pero acogedora casa que la alojaba por esos días. Ya dentro, se deshizo del tapado de paño empapado y lo colgó en un perchero, puso un recipiente debajo para que no se hiciera un charco en el piso y fue hasta su habitación sin hacer ruido, porque sabía que a esa hora, por lo general, Catalina tomaba su siesta, agotada por la incomodidad de su embarazo que no la dejaba dormir por las noches.

Comenzó a desvestirse y estaba tan mojada que hasta la camisa interior se había empapado debajo del vestido y ahora se pegaba a su cuerpo, que ya empezaba a tiritar de frío.

—¡Por Dios!

Catalina se encontraba parada en el vano de la puerta, con la sorpresa tallada en su rostro mientras su vista estaba clavada en el vientre de Elena, quien rápidamente tomó la manta de la cama para cubrirse.

—¿Por qué no lo dijiste?

—Porque no quiero que nadie lo sepa —dijo Elena con firmeza.

—¡Pero no es algo que pueda ocultarse! Al menos no por siempre.
—Catalina no salía de su incredulidad.

—Claro que no lo ocultaré para siempre, solo hasta que pueda establecerme, y espero que sea antes de que se note demasiado.

—¿Y el padre?

Elena sintió que todo el buen ánimo que la había acompañado hasta hacía tan solo un rato se esfumaba ante el peso de la realidad, de su realidad.

—No tiene.

—¿Murió?

«Sí», quería responder Elena. Porque el padre de su hijo, en su corazón, había muerto o se esforzaba cada día para que así fuera.

—No, pero para mí es como si hubiera muerto. —No pudo evitar que el rencor se filtrara en sus palabras. Tomó suplicante las manos de Catalina entre las suyas—. Por favor, Catalina, no me hagas más preguntas. Es doloroso para mí y solo quiero olvidar.

Dudosa, le sostuvo la mirada unos instantes y finalmente asintió. Por el momento no inquietaría más a Elena, pero le debía una explicación y así se lo hizo saber:

—Cuando esté lista, te contaré todo, te lo prometo. —Le dio un nuevo apretón de manos—. Ahora, ¿te molestaría darme unos minutos? Necesito terminar de cambiar mi ropa mojada.

—Por supuesto. —Se calló unos instantes, pero no se retiró. Luego agregó—: Tendremos que inventar algo. Si se conoce tu estado, y que no tienes marido, te será muy difícil que alguien respetable te ofrezca algún trabajo, por lo menos un trabajo honorable.

Dicho eso, se retiró y dejó a Elena sumida en una maraña de cavilaciones. No había pensado en aquello que era obvio. En su estado, nadie la tomaría en cuenta, o al menos de modo respetable, mucho menos una familia de bien.

Elena se aproximó al espejo que colgaba en una de las paredes y se deshizo de la manta con la que había ocultado su cuerpo, que cayó al piso junto a sus pies descalzos. Se giró hasta quedar de perfil y contorneó con sus manos el abdomen apenas abultado. Se dibujaba perfectamente tras su camisa interior que, mojada, se

pegaba a su figura. Esta había cambiado rotundamente durante las últimas semanas.

Acarició suavemente su vientre y sus ojos se empañaron de la emoción al tiempo que le susurraba unas tiernas palabras al bebé que crecía cobijado en su cuerpo.

—Todo saldrá bien, no temas. Voy a cuidarte y a amarte más y más cada día, con todo mi corazón.

Capítulo 26

Recostada sobre su costado, Catalina lanzaba quejidos mientras Elena frotaba el ungüento sobre su espalda y cintura. Cada vez le dolía más y, por momentos, se hacía insoportable.

—Ya casi termino, en unos minutos te sentirás mejor.

—Sí, pero el alivio dura cada vez menos tiempo, ya no veo la hora de que llegue el momento de tener a mi bebé.

—¿No tienes miedo?

—No.

Elena admiraba su entereza y, si bien ella nunca había sido una muchacha temerosa, desde que había descubierto que estaba embarazada, el miedo la rondaba cada vez más. Le daba temor pensar en cómo se las arreglaría cuando sus movimientos estuvieran cada vez más limitados, como ya le sucedía a Catalina, o si podría ser lo suficientemente fuerte para ocuparse y velar por su hijo estando sola.

Venía pensando bastante en el asunto y no quería poner en riesgo el bienestar de su bebé. Había decidido avisar a su tía de la situación y pedirle que reuniera la mayor cantidad de dinero posible para que fuera con ella a instalarse en Chascomús. Era egoísta de su parte, pero la necesitaba, la añoraba demasiado y no tenía por qué vivir como una paria cuando aún contaba con su tía. Sabía que ella no dudaría ni un segundo en acudir a su lado.

—¿En qué piensas? Te has quedado callada —le dijo Catalina al tiempo que se giraba trabajosamente—. Ayúdame a ponerme de pie.

Elena se encogió de hombros restando importancia a su silencio y la ayudó a incorporarse. Si Catalina estaba así de dolorida, no creía que pudieran ir a la plaza aquella tarde.

—Simón tiene razón en decirte que hoy es mejor que nos quedemos en casa, no estás en condiciones de ir de paseo a la plaza.

—Claro, y perderme el único día que hay para hacer algo distinto de trabajar y trabajar. Y justo hoy, que volverá a tocar la orquesta. ¿Acaso tú no esperabas también este domingo para poder disfrutar?

—Bueno, sí, pero...

—Nada de peros.

Elena calló. Si algo había aprendido del carácter de Catalina, era que siempre lograba salirse con la suya: era exigente y voluntariosa, y de una u otra manera manejaba a Simón a su antojo; y este no podía negarle ningún capricho.

Así fue como al atardecer Catalina salió de la casa acompañada por Elena y tomada del brazo de Simón, que había aceptado con la condición de que al menor indicio de indisposición volverían a la casa.

Ir a la plaza los domingos era un paseo casi de rigor, por lo que era común encontrarse con los mismos rostros y transeúntes. Vestidos con sus mejores prendas, era el momento de ver y ser vistos. Damas, caballeros y familias con sus hijos giraban alrededor de la plaza, muchas veces, como en esa ocasión, al compás de las bandas que tocaban valeses y zarzuelas.

En verdad, Elena lo disfrutaba, disfrutaba incluso del momento previo en el que dejaba atrás su ropa de todos los días para acicalarse con mayor esmero. Ese día se había puesto un conjunto entallado de chaqueta y falda burdeos, por debajo se avistaba una delicada camisa de volantes fruncidos y completaba su atuendo un sombrero de seda de generosas dimensiones, adornado con frunces de tul y listones de raso. Le encantaba ese atuendo y temía, por cómo le ajustaba, que sería una de las últimas veces que podría lucir aquellas prendas.

Se enderezó el sombrero que se había inclinado más de lo conveniente sobre sus ojos impidiéndole la visión y caminó junto a la pareja amiga, sonriendo y meciendo su cuerpo al compás de un vals que tocaba la banda y se escuchaba a lo lejos.

No habían recorrido ni un par de metros cuando Catalina se detuvo agitada por una puntada en su abdomen. Simón la regañó por su terquedad y la instó para que de inmediato regresaran a la casa. Elena se acercó y coincidió con él en que lo mejor era regresar.

Empecinada, Catalina hizo un gesto con su mano y la instó para que ella siguiera adelante.

—Tú continúa, descansaré unos minutos en ese banco con Simón y luego te alcanzamos.

Elena no estaba muy convencida, y tampoco Simón; pero, como de costumbre, este accedió a los deseos de Catalina. Y a Elena no le quedó más remedio que guardarse su opinión.

—Como quieran —dijo poco convencida—. Me adelanto y los espero junto a la banda de música.

Se sentía incómoda por caminar sola; en la Capital, perdida entre el gentío, no parecía tan importante, pero allí, todavía con las costumbres más arraigadas, que una dama caminara sola no era bien visto. Decidió, en vez de caminar alrededor del perímetro, tomar por los caminos internos de la plaza.

Inclinó su cabeza en educado saludo ante algunos rostros conocidos que se cruzó y la miraron con desaprobación. Decidió no inmutarse y siguió por el camino bordeado por los nuevos canteros diseñados para los festejos del Centenario. Justamente, la plaza había cambiado un poco su fisonomía para recibir los festejos, y fue durante estos, unos meses atrás, que se había colocado la piedra fundamental del monumento que se construiría en honor al Libertador General San Martín.

Por supuesto, no podían apreciarse grandes avances, dado que no habían pasado ni tres meses desde que inauguraran la obra, pero todos se sentían curiosos al pasar por allí, de saber si había algún progreso en el monumento que ya era un orgullo para la ciudad.

Elena apretó un poco el paso y se reprochó no haberse quedado junto a Catalina y Simón, en vez de pasearse sola.

Sin embargo, su inquietud se disipó al llegar al lugar donde la banda ya se encontraba rodeada por los espectadores que detenían su paseo para disfrutar de cerca los acordes. Una tanda de zarzuelas hizo vibrar el anochecer y Elena, sin darse cuenta, movió su cuerpo al compás de la música al tiempo que sonreía alegre.

Estaba tan abstraída que perdió el equilibrio cuando un grupo de niños pasó corriendo a su lado empujándola sin querer. Trastabilló hacia atrás, y hubiera caído al piso si unas manos fuertes no la

hubieran sostenido por la cintura. Alterada por verse sorprendida en tan penosa circunstancia, intentó recuperar el equilibrio tomándose de los mismos brazos que la retenían. Su sombrero, inoportuno como siempre, se ladeaba sobre su rostro impidiendo ver al hombre que la socorría.

Entonces sí, una vez que estuvo erguida nuevamente sobre sus pies, se acomodó el sombrero despejando su visión, dispuesta a agradecer la oportuna ayuda.

Cualesquiera fueran las palabras que iba a pronunciar quedaron atrapadas en su garganta. El impacto fue inmediato, comenzó a respirar agitada al tiempo que miraba alrededor como si no entendiera lo que estaba pasando. Él dio un paso hacia adelante y ella retrocedió un paso, dos, y se volteó para escapar lo más rápido posible de allí, pero se vio sujeta nuevamente.

—¡Elena! —Rafael la miró con sus ojos resplandecientes—. No puedes irte, no puedes volver a alejarte de mí.

El cuerpo de Elena tembló de ira. Se desprendió del agarre con un tirón y lo enfrentó derramando todo su rencor sobre él.

—Tú ya no eres nadie para mí, no eres nadie para decir qué puedo o no hacer. Vete y no vuelvas, como me dijiste aquella noche, el tiempo de hablar quedó atrás, nuestro tiempo quedó atrás.

Elena lo recorrió con una mirada fría y rencorosa que fue totalmente desconocida para Rafael y lo dejó estático en su sitio al tiempo que la veía girar y marcharse rauda a través de la plaza.

Capítulo 27

Rafael entró al cuarto del hotel que se hallaba en las inmediaciones de la estación. Había llegado ese mismo día y no había perdido tiempo en buscar un mejor alojamiento. Estaba apremiado por constatar si Elena estaba en esa ciudad.

Hacía tan solo un día que había descubierto en el bolsillo del pantalón de Elena el papel con los datos que lo llevaron hasta allí. Cuando se dispuso a doblar las prendas de muchacho que eran de ella para llevarlas consigo, había palpado la hoja guardada en su bolsillo y por curiosidad había hurgado para ver de qué se trataba.

Hasta ese momento no tenía ninguna otra pista, no había conseguido ningún otro dato por semanas y esa dirección anotada en el papel se convirtió en su última esperanza.

Su corazonada había dado en el blanco y verla salir esa tarde por la puerta de aquella casa lo había hecho renacer.

Su impulsiva, valiente y hermosa Elena. Ningún esfuerzo, ningún desaliento lo haría retroceder en su cometido. La había herido profundamente, había despreciado su gallardía y lealtad, pero no cejaría en sus intentos hasta redimirse ante sus ojos y lograr su perdón. Haría hasta lo imposible por recuperar su amor.

Sabía dónde encontrarla; por lo cual, no la había seguido cuando lo dejó plantado en medio de la plaza. Esa noche sería otra más que pasaría en vela, pero esa vez por las ansias del próximo encuentro, por el recuerdo de su olor que todavía sentía y el ardor producido por el breve contacto de sus cuerpos al tenerla nuevamente entre sus brazos.

En similares condiciones se encontraba Elena, que tampoco podía dormir luego del inesperado encuentro con Rafael.

Después de prácticamente correr a través de la plaza, había regresado junto a Catalina y Simón para decirles que se sentía descompuesta y necesitaba regresar a la casa. Habían pasado varias

horas desde su regreso y ella seguía con los ojos como platos clavados en el cielo raso.

No entendía cómo Rafael había dado con su paradero y no soportaba que su cuerpo y su corazón reaccionaran con tal arrebató y anhelo con solo verlo de nuevo y sentir la proximidad de su cuerpo.

¿Acaso no llevaba más de un mes intentando borrarlo de su mente? Sí, pero la mente y el corazón no eran lo mismo. Cuánto lo extrañaba, cuánto lo deseaba. Con un bufido, se puso de costado, reprendiéndose por ser tan tonta. Que Rafael estuviera allí no cambiaba nada, no cambiaba el hecho de que mientras ella desfallecía de amor, él había estado con otra mujer, la tenía en su casa, se paseaba con ella en público.

Si quería mantenerse firme, debía recordar a la bella rubia que se paseaba por su departamento llamándolo «Rafa». Y, sobre todo, no debería olvidar que ante esa mujer Rafael afirmó que ella no era «nadie» para él.

Así llegó el amanecer, cargado de una mezcla rara de pesadumbre y expectación. Era consciente de que tarde o temprano volvería a verlo; si él había recorrido más de cien kilómetros, no sería para aceptar su primer rechazo y marcharse.

Sin embargo, si la noche en vela le había servido para algo, estaría firme y lista para cuando volvieran a verse. En el fondo esperaba que fuera pronto, no quería pasar cada día con la zozobra de un posible encuentro.

Si Catalina la notó alicaída esa mañana, no lo mencionó, y Elena agradeció en silencio porque no tenía fuerzas para dar ningún tipo de explicación.

Tomó la ropa para el reparto y salió como todos los días, elevó el rostro al cielo y sonrió melancólica hacia el sol brillante que en otras circunstancias le habría traído entusiasmo por comenzar un nuevo día con su luz radiante.

De algo estaba segura: quería terminar con rapidez sus encargos ya que no tenía ganas de hacer mucho más que sentarse frente a la laguna e impregnarse de su tranquilidad.

Sabiendo que eso era lo único que le traería el sosiego que necesitaba, realizó las entregas y, presurosa, recorrió las calles empolvadas por la tierra seca, en un camino que ya le era habitual, hasta llegar a su lugar preferido.

Se sentó, soltó su cabello y apoyó el mentón en las rodillas levantadas para dejarse imbuir de ese sonido relajante y perder la vista en el horizonte teñido de azul y amarillo, donde se dibujaban las siluetas de varias embarcaciones que seguramente estaban realizando su actividad de pesca habitual.

Supo el momento exacto en que él se aproximó a ella y permaneció serena en su sitio. Rafael la había seguido a prudente distancia hasta ver que Elena iba hacia la ribera de la laguna. Quedó embelesado con su cabello sedoso que se arremolinaba sobre su rostro y por la calma que transmitía su pose relajada.

Se sentó a su lado intuyendo que esa vez Elena no lo rechazaría ni se alejaría de él. Y no lo hizo, porque ella necesitaba poner fin a aquello de modo definitivo, necesitaba que Rafael entendiera que ya no lo quería en su vida. Giró su rostro y le sostuvo la mirada durante unos instantes antes de pronunciarse:

—No sé por qué de repente te presentas e intentas volver a mi vida, pero a mí ya no me interesa nada que provenga de ti. —Elena se sintió orgullosa de haber mantenido la firmeza en su voz.

—Lo que menos quiero es incomodarte, pero lamento decirte que, aunque quisiera, no puedo dejarte.

Su tono grave y ronco le supo a una caricia triste, porque sus palabras llegaban tarde. Con su voz ahora estrangulada por la angustia y sus ojos pardos velados por la tristeza, le reprochó:

—Pero antes sí pudiste, ¿verdad? Pudiste hacerme a un lado y dejarme atrás.

—Pero me dolió igual o más que a ti. Cuando regresaste con tu padre me hundí en un desaliento aún más grande del que había conocido en mis años de encierro y temí que, si volvías a mi vida para luego alejarte nuevamente, no podría soportarlo.

Elena desestimó sus palabras con una sonrisa melancólica, al tiempo que negaba con la cabeza y se ponía de pie.

—Me imagino tu gran desaliento, por eso no esperaste a estar con otra mujer, ¿no es cierto? Finalmente, como dicen, un clavo saca otro clavo, y eso hiciste.

Rafael también se puso de pie y la tomó del brazo para evitar que se fuera.

—Te equivocas con respecto a ella, no es lo que tú piensas.

Elena se soltó de un tirón y comenzó a alejarse en dirección contraria a la laguna. No quería escuchar más, le hacía daño.

Entonces, la tristeza dio paso a la cólera cuando lo escuchó decir a sus espaldas:

—¿Vas a volver a huir? ¿Crees que escondiéndote desaparecerá esto que nos pasa y sentimos?

—¡Yo no soy como tú! —le gritó Elena al tiempo que regresaba hasta donde estaba él para apuntarlo con su dedo en el pecho—. Yo no me escondo, ni huyo de mis sentimientos. Yo lucho por lo que quiero y para seguir adelante.

Rafael rodeó su cintura con un brazo fuerte y candente, al tiempo que susurraba a centímetros de su boca:

—Lo sé, tú siempre fuiste valiente y yo el cobarde. El cobarde que no quiso creer que algo tan bueno y hermoso como tú podía pasarle, el cobarde que por temor se refugió en el único lugar seguro que conoció durante años y años, el abatimiento y la desesperanza.

Rendido, rozó una y otra vez los labios de Elena en leves, suaves caricias y luego se detuvo aguardando una señal de ella para avanzar. Pero esta no llegó.

Elena se quedó en suspenso sintiendo ese roce como si fuera el elixir después de tanto tiempo de añorarlo, pero haciendo a un lado su debilidad por él, lo apartó de un empujón para poner distancia. Sus palabras la conmovían, sabía del padecimiento que había sufrido durante tantos años y hubiera querido decirle que no era cierto, que él no era ningún cobarde. Al contrario, solo un hombre fuerte y valiente podía volver de un lugar como aquella prisión siendo un hombre justo y compasivo y no un cínico o ruin.

Pero no lo hizo, era mejor que las cosas quedaran así. Volvió a darle la espalda al tiempo que emprendía el regreso a la casa, pero nuevamente la detuvieron sus palabras.

—La mujer que me acompañaba y luego viste en mi casa era mi prima, hija de mi tío Enrique. Ella y su madre, después de la gala, se quedaron en el departamento a pasar la noche.

Luego de su aclaración, Rafael vio que, sin siquiera voltearse, Elena reanudaba la marcha para alejarse de allí definitivamente. Suspiró y pasó su mano por el cabello en un gesto de impotencia.

De inmediato, haciendo a un lado el sentimiento de derrota que asomaba en su interior, se dijo a sí mismo que al menos había dado el primer paso y ya había logrado acercarse a Elena y darle una explicación. Con eso bastaría por ahora, pero no cejaría en sus intentos.

Haciendo a un lado la desazón que amenazaba con invadirlo, se dijo a sí mismo que tuviera paciencia, pues no tenía nada más importante en su vida que Elena y por ella esperaría toda la eternidad si fuera necesario.

Capítulo 28

La plaza cercana a la estación era una verdadera romería. Allí se concentraba toda la actividad propia del ferrocarril. Varios hoteles, fondas, un billar y un café, entre otros comercios, eran testigos del trajinar diario.

Elena pocas veces iba hasta allí, solo cuando necesitaba comprar en la botica el ungüento que le frotaba en la espalda a Catalina. En esos casos, intentaba evitar el gentío yendo por calles aledañas. Aunque eso aumentara la distancia no le importaba, pues estaba acostumbrada a caminar y quería mantenerse fuerte y saludable, sobre todo ahora.

Instintivamente, se tocó el vientre mientras caminaba por la estrecha acera y se preguntó si ella necesitaría pronto aliviar dolores con ungüentos como el que llevaba en sus manos. Pensar en su bebé la conducía inevitablemente a pensar en su padre.

Habían pasado dos días desde que se encontraron en la laguna y desde entonces no lo había vuelto a ver. Quizás ya hubiera regresado a la Capital, después de que ella le dejara claro que no quería saber nada más de él.

Se reprendía por sentirse en cierto punto decepcionada. «¿Acaso no era lo que quería, que la dejara en paz?».

Lanzó un bufido de fastidio mientras acomodaba con brusquedad el sombrero que se inclinaba incómodo sobre su cabeza. Su humor agrio también tenía que ver con algo más. No dejaba de pensar en lo que Rafael le había dicho respecto a la mujer que vio en su departamento. Resultó que era su prima, y esa sola información parecía haber derribado todas las barreras que había erigido en su corazón durante aquel tiempo.

Pero lo que se interponía entre ella y Rafael era mucho más que la posibilidad de que existiera otra mujer en su vida. Lo que los separaba, lisa y llanamente, era que en la vida de él no había

realmente un lugar para ella. Su pasado, la amargura que lo corroía por dentro, la harían a un lado una y otra vez sin contemplación.

«¡Por todos los santos!». Ya estaba llorando otra vez. Con enojo, intentó limpiarse las lágrimas y el paquete con el ungüento cayó de sus manos.

—¡Oh, no! —dijo mientras se agachaba para recogerlo. Sintió alivio al constatar que el frasco no se había roto.

—¿Necesita ayuda?

Elena elevó la vista y observó al hombre robusto de barba y bigote rubio que estaba parado a su lado. Negó con la cabeza mientras se ponía de pie y lo rodeaba para continuar su camino.

El hombre se interpuso de nuevo.

—Puedo acompañarla a donde necesite.

Elena reparó en sus dientes amarillos a través de la sonrisa solícita que le lanzó. Estaba tan cerca que pudo percibir el olor a alcohol en su aliento.

—No necesito compañía. —Lo empujó con fuerza para apartarlo.

Pero no pudo avanzar porque el hombre la agarró del brazo y la arrinconó contra la pared.

—Yo creo que una hermosura como tú necesita de esta compañía —dijo de modo lascivo.

El gesto soez la asqueó. Lo empujó con renovadas fuerzas intentando apartarlo. En el forcejeo, el encargo que llevaba entre sus manos se cayó nuevamente al suelo y el ruido del frasco hecho añicos fue como un estruendo para sus oídos. Dejó escapar un gemido desesperado ante sus intentos vanos de luchar contra un hombre tan corpulento.

—¡Suéltala!

Elena respiró aliviada al escuchar el grito de furia de Rafael, quien en un instante estaba a su lado, quitándole de encima al hombre que quería propasarse con ella.

Rafael estaba desquiciado, una ira negra lo cegaba. Rodeó el cuello del malnacido para hacerlo a un lado y luego arrojarlo al piso.

—¿Qué mierda haces tocando así a mi mujer? —Lo agarró de la camisa para incorporarlo y propinarle varios puñetazos que le rompieron la nariz y al menos un par de costillas.

Elena le suplicó que se detuviera y se acercó para retener el brazo de Rafael, que ya se levantaba para propinar otro golpe al sinvergüenza.

—Por favor, detente, vas a matarlo.

En ese instante, ver a Elena sosteniendo su puño en alto, llorosa, lo hizo volver en sí. Se detuvo, tomó el rostro angustiado de ella entre sus manos y la recorrió con la mirada para constatar que no estuviera lastimada.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás herida?

Elena negó con la cabeza porque no le salían las palabras. Y luego, agotada emocionalmente, se abrazó a él, que no dudó en apretarla fuerte contra su pecho, manteniéndola allí, en el calor de sus brazos.

Permanecieron así por un momento, hasta que los quejidos del hombre tendido en el piso los devolvieron a la realidad.

—Déjalo, solo quiero irme de aquí —suplicó mientras lo retenía a su lado, temerosa de lo que pudiera hacer Rafael y sintiéndose agotada y débil.

—Enseguida. —Su voz fue suave, igual que la caricia con la que recorrió su rostro.

Más tranquila, vio cómo Rafael se acucillaba junto al hombre al que acababa de darle una paliza para lanzarle una advertencia.

—Espero que esto te sirva de escarmiento para que jamás se te ocurra volver a faltarle el respeto a ninguna mujer. Y si vuelvo a cruzarme contigo en una situación similar, nada me detendrá y dejaré tu cuerpo en tal estado que no podrás volver al trabajo y a las tardes de billar por mucho más tiempo que el que padecerás ahora.

Rafael se apartó del matón y se acercó a Elena para tomarla de la mano y llevarla con él.

La sensación cálida de su mano fuerte envolviendo la suya la colmaba de gozo. No tenía fuerzas para apartarlo. Se dejó llevar en silencio, disfrutando en secreto de su presencia y cercanía.

Siendo consciente de su frágil situación con Elena, Rafael prefirió no emitir palabra que pudiera estropear ese momento,preciado por el simple hecho de estar junto a ella y saberla a salvo.

La desesperación que lo embargó al verla en peligro era una clara señal que confirmaba lo que intuyó desde la primera vez que la vio, a punto de caerse de esa ridícula silla. No podía tolerar que sufriera ningún daño y no podía prescindir de ella.

Al salir de prisión lo sostuvo un objetivo, pero conocer a Elena le había dado mucho más. Lo había sacado de un eterno letargo para inundarlo de sensaciones y sentimientos que había olvidado por completo. Ilusión, esperanza..., amor. Elena, con su sencilla calidez y espontáneo entusiasmo y frescura, había derrumbado los muros que lo mantenían en un frío lúgubre y remoto, clavándose para siempre en su corazón, un corazón que latía gracias a ella. Antes era tan solo un espectro.

Llegaron al umbral de la casa y Elena retiró su mano de la de Rafael al tiempo que le esquivaba la mirada.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió y giró dubitativa hacia la puerta, para luego volver su rostro hacia él.

—Pensé que te habías ido.

—¿A dónde más iría, si tú estás aquí? —Su voz enronquecida fue testigo de la emoción que lo embargaba.

Realmente, su único lugar era donde estuviera ella. Elena apartó sus ojos pardos para evitar que él notara su congoja. Sin embargo, para Rafael fue evidente el brillo de las lágrimas empañando sus bellos ojos. Lo llenaba de aflicción ser el causante de su pena, se acercó y la estrechó entre sus brazos.

—Perdón por haberte defraudado, por haberte herido. Perdón por darme por vencido —se apartó para poder tomarle el rostro entre sus manos— cuando la sola idea de que sufras el menor daño me desespera. Fui yo quien te causó el mayor dolor.

Sin aguardar su consentimiento, esta vez se apoderó de sus labios de modo profundo y abrazador. Poseyó su boca con la suya enfebrecida, dejando ir a través de su beso el anhelo contenido durante todo el tiempo que estuvo lejos de ella.

Elena se abrazó a su cuello y, gimiendo, se abandonó a esos besos que la reclamaban con ímpetu.

El tórrido momento fue interrumpido cuando un alarido agudo se escuchó desde el interior de la casa. Alarmada, Elena se desprendió del abrazo y con premura ingresó a la vivienda seguida de Rafael.

De pie, en la sala, Catalina se sostenía de Simón al tiempo que apoyaba su mano libre en su abdomen contraído. Perlas de sudor le pegaban el cabello a la frente y sus ojos marrones vidriosos estaban atravesados por el dolor. La dueña de la casa lanzó otro quejido agudo.

—Elena —musitó.

Catalina había amanecido con fuertes puntadas en su abdomen, pero pensó que eran pasajeras y prefirió no mencionar nada para no preocupar a Simón, que últimamente la tenía agotada con tantas recomendaciones y precauciones.

Le había pedido a Elena que fuera en busca del ungüento que solía ayudarla con los dolores, sobre todo de su espalda, y esperaba que con eso el día mejorara. Pero no había resultado así y las contracciones habían comenzado siendo más frecuentes y dolorosas, por lo cual, ya no pudo ocultar su estado.

El alivio de la pareja al ver entrar a Elena fue evidente y esta se aproximó presurosa para ayudar a sostener a Catalina.

—No puedo dejarte sola ni un momento más de la cuenta. —Con la humorada, Elena intentaba distender el momento y aplacar sus propios temores. Apremió a Simón para que saliera en busca de ayuda—. Ya estoy aquí, nosotros nos quedamos con Catalina. Tú ve y trae a la partera.

Simón besó a su mujer en los labios con un beso tierno y trémulo producto del nerviosismo y se calzó la boina para salir raudo en busca de Clementina, la partera que había seguido el embarazo de Catalina.

Rafael jamás imaginó que podría llegar a presenciar un parto, pero eso fue exactamente lo que sucedió después. Presenciar era una forma de decir. Se encontraba junto al padre de la criatura, en el patio trasero de la casa. Clementina prácticamente había echado a Simón, que con su alteración era un estorbo más que una ayuda.

Rafael fumaba un cigarrillo y parecía más calmado que el joven que iba y venía sin parar de un lado hacia otro. Era una magnífica

noche de invierno, que helaba hasta los huesos, pero con el cielo colmado de estrellas que velaban por el niño por nacer. Observó a Simón y se dijo que no podía llegar a comprender la alteración que padecía. Y por primera vez se preguntó qué se sentiría al convertirse en padre.

Escudriñó a través de la ventana de la habitación, pero las cortinas cerradas no permitían ver nada. Los gritos de dolor mezclados con la voz firme de la comadrona guiando el proceso eran testigos del trabajoso momento por el que pasaba la mujer. Seguramente, traer un hijo al mundo era una tarea loable y que requería de una entereza y valor que difícilmente algún hombre pudiera igualar en ninguna circunstancia.

Se escuchó lo que fue un último grito de agonía y siguió un silencio que dejó a Simón estático en su sitio con la vista clavada en la ventana.

—¡Catalina! —dijo, angustiado hasta la médula, temeroso de que algo malo le sucediera al amor de su vida.

Entró a la casa precedido por Rafael y, sin importarle lo que pudiera decirle la vieja agria de Clementina, corrió al lado de su mujer. Acababa de llegar al umbral del cuarto cuando el llanto agudo del bebé se dejó oír a través de la puerta abierta. Simón se detuvo tan solo un instante y apreció el rostro pálido y ojeroso de su Catalina, que con una sonrisa trémula lo alentó a acercarse a ella.

Clementina llevó junto a la pareja al enérgico niño, envuelto en una manta blanca, y se dispuso a juntar sus cosas. Elena la había asistido, pero sobre todo dándole ánimos a Catalina. Ahora observaba con embeleso al hermoso trío que abrazados lloraban de emoción. Ella también estaba llorando y ni siquiera lo había advertido.

Dirigió su atención a través de la puerta de la habitación hacia la sala donde se encontraba Rafael en atenta espera. Tragó con dificultad por el nudo de emoción que cerró su garganta y llevó instintivamente la palma de su mano hasta su propio vientre.

Capítulo 29

Su pecho subía y bajaba en una respiración rítmica y tranquila. Tenía los brazos flexionados bajo el cuello donde descansaba su cabeza. La sencilla habitación del hotel estaba impregnada por los colores del sol vespertino, que entraba a través de los cristales de la ventana enmarcada por sencillas y pulcras cortinas.

Sus pensamientos no podían apartarse de lo sucedido en las últimas horas y, si bien su única participación había sido estar cerca de la familia que recibió con júbilo la llegada de su bebé, se sentía abrumado. Tal vez aquello era la coronación de semanas de mal dormir por hallarse al filo del abismo en su búsqueda incansable.

Y en ese momento estaba allí, intentando mantenerse a prudente distancia, para no imponerle a Elena su presencia ni presionarla, cuando lo único que quería era permanecer a su lado. Ella había pensado que había regresado a la ciudad, pero en realidad jamás se había alejado. Desde que se encontraron en la laguna aquel mediodía, había estado cerca de ella para cuidarla, procurando encontrar la oportunidad de volver a aproximarse sin que se sintiera atosigada. No quería ocasionarle más daño, pero necesitaba poner fin a esa distancia.

Unos leves golpes a la puerta lo sacaron de sus cavilaciones y se incorporó frunciendo el ceño, extrañado por la interrupción. Abrió la puerta y sus cejas oscuras se elevaron en gesto de sorpresa primero, para luego dar paso a un claro semblante de desaprobación.

—¿Ocurrió algo? ¿Por qué has venido sola hasta aquí? —dijo mirando sobre su hombro el pasillo desierto. En realidad, eran preguntas por las que no esperaba respuestas, sino que intentaban marcar un hecho que reprobaba por completo—. Hace apenas un día viviste en carne propia los peligros que acechan al deambular sola por ciertas zonas sin la compañía adecuada.

Elena no se dejaría intimidar por ese rostro pétreo en el cual se patentaba la censura, ni por la reprimenda dura que le profería Rafael. Ingresó y simuló ignorar su bravata, así como también hizo caso omiso al golpe medido con el que cerró la puerta y atestiguaba sus esfuerzos por no perder los estribos.

Lo espió de reojo: tenía la camisa abierta que le colgaba por los hombros y los tiradores del pantalón le caían a los costados. Qué guapo era. El color de sus ojos la fascinaba, su perfume la seducía; en definitiva, toda su presencia la sacudía.

Asistir a Catalina en su parto lo había cambiado todo, había tenido un efecto transformador. Su propio hijo crecía en su vientre y ella amaba a su padre con locura, se atrevería a decir que desde el primer día que lo vio. La atracción hacia él era innegable, su amor por él era innegable, y ya no quería privarse de la posibilidad de ser feliz.

Elevó su rostro para mirarlo con el corazón reflejado en sus ojos, el dolor, las ansias, el amor y el perdón. Todo estaba allí y se lo ofrecía, por él y por ella, también por su hijo por venir.

—No podía esperar —le dijo en un susurro suave al tiempo que acariciaba con afecto su mandíbula recia, sintiendo en su palma tierna la barba incipiente y áspera.

Rafael cerró sus ojos, queriendo detener el tiempo en la sensación de esa caricia sobre su piel, temeroso de que su presencia allí fuera un sueño, de que su perdón y entrega fuera una fantasía.

La tomó de la cintura y la acercó a él para hurgar con su nariz en sus cabellos sedosos y aspirar su aroma que le encantaba. Luego husmeó detrás de su oreja y depositó leves besos en su cuello, embelesado de escucharla suspirar de placer con su contacto, porque el placer de ella era el suyo.

Rozó apenas sus labios en una caricia tentadora que la dejó anhelante.

—Rafael —musitó.

—Shhh. —Él abrió sus ojos y apoyó el dedo índice sobre los labios carnosos de Elena—. Quiero disfrutarte despacio, quiero que nuestro encuentro se extienda en el tiempo por siempre. —Y diciendo aquello, delineó con su dedo los labios sedientos de sus besos.

Entonces, se deshizo del abrigo de ella y su sombrero. Con una parsimonia desesperante para Elena, continuó sacando sus prendas, una a una, al tiempo que depositaba besos tiernos en la piel desnuda que iba dejando al descubierto. Su chaqueta azul y su camisa blanca de seda ribeteada quedaron en el piso, y el mismo destino tuvieron la falda y el corsé.

Las crestas rosadas de sus pechos pujaban tensas a través de la tela traslúcida de su camisa interior y los ojos ambarinos se quedaron prendados de esos pechos llenos que estaban en una plenitud diferente a la que recordaba. Su mirada escrutó el resto de la figura de Elena y lo evidente lo consternó.

Elena había salido de su arrobamiento y ahora contenía la respiración esperando la reacción de Rafael ante su embarazo, que, aunque incipiente, ya redondeaba su cuerpo. Con la cabeza morena gacha y su vista clavada en su vientre, no podía advertir la expresión de su mirada. ¿Estaría feliz o decepcionado?

Rafael se dejó caer de rodillas y, dejando escapar un sollozo, tomó a Elena por la cintura para luego apoyar su frente en el abdomen de ella.

Elena notó que los hombros de Rafael temblaban y a él no le importó que lo viera llorar. Había llorado tantas veces durante los terribles años de encierro por temor, impotencia y tristeza, que ahora no detendría su llanto ni se avergonzaría de sus lágrimas porque eran de pura felicidad.

Ella había sido tan generosa que ahora le hacía una nueva ofrenda, le enseñaba lo que era la felicidad plena. Rodeó con sus brazos a Elena para ceñirla más fuerte, y las manos de ella se enterraron entre sus cabellos cortos para acunarlo en su cuerpo, como hacía con su hijo.

Muy despacio, besó repetidamente su vientre con increíble ternura y suavidad. Se puso de pie para encontrar con su mirada húmeda de emoción esos bellos ojos pardos que eran su luz.

Elena estaba conmovida y le sonrió radiante, con afecto y feliz de haber decidido ir hasta allí. Todas sus dudas se habían disipado, no quedaba más que entregarse al hermoso destino que podrían construir juntos.

Rafael le devolvió la sonrisa y la besó como ella deseaba desde que había cruzado el umbral de esa habitación.

La lengua de él acarició el interior de su boca una y otra vez y sus labios inflamaron los suyos con su insistencia. El cuerpo de cada uno se encendió y reaccionó con el más mínimo roce.

Ella gimió y se estremeció de placer cuando sintió la palma ardiente de él acariciando uno de sus senos, para luego jugar con su pezón, excitándolo entre los dedos, tirando suavemente de él, provocándole oleadas abrasadoras que la atravesaron como la descarga de un rayo. Le prodigó la misma atención a su otro pecho y luego agachó la cabeza para introducir las crestas en su boca, empapando con su saliva la tela de su camisola.

Rafael estaba enloquecido con cada caricia, con cada gesto y gemido de Elena. Escucharla y verla así, tener su cuerpo trémulo entre sus brazos, empujaba su excitación al límite. Tomó la mano de ella y la llevó hasta su miembro erecto para que lo sintiera, para que lo acariciara y enardeciera con su contacto.

Ella lo frotó a través del pantalón y el gemido gutural de placer que profirió Rafael la alentó a seguir explorándolo con sus caricias. Introdujo su mano dentro del pantalón al tiempo que lo buscaba con su boca para devorarlo con un beso que terminó por hacerlo perder la razón.

La llevó hasta el lecho y, luego de quitarse la camisa, la cubrió con su cuerpo semidesnudo. Elena se apoderó nuevamente de su boca mientras gemía al sentir los dedos de Rafael explorando su entrepierna húmeda e introduciéndose en su interior. Arqueó sus caderas en una muda súplica al tiempo que lo tomaba de los glúteos para acercarlo aún más sobre sí.

Cuánto se habían extrañado, cuánto añoraban la fogosidad y pasión sin tapujos que compartían. Rafael, finalmente, terminó de desprender su pantalón para liberar su miembro y disponerse a penetrarla como ella quería, como ella le suplicaba, como él deseaba.

Se introdujo en ella con una estocada potente y, entre palabras susurradas de amor y deleite, comenzó a mecerse sobre ella al tiempo que besaba sus pechos y tiraba con sus dientes de sus

pezones duros. Elena movió sus caderas al compás de las pujantes embestidas de Rafael.

Ambos se amaron con sus cuerpos trémulos y agitados, sedientos de todo, entre gemidos y pequeños gritos de satisfacción que los condujeron a la cima en el mismo instante. Rafael con un gemido ronco que llenó todo el recinto y Elena gritando su nombre al alcanzar su orgasmo.

Tiempo después, apoyado en el respaldo de la cama, Rafael sostenía entre sus brazos a Elena que, con su espalda recostada sobre el pecho de él, reposaba serena, luego de que se amaran con desenfreno.

Él depositó un beso suave en cada dedo de la mano que sostenía entre la suya y le sonrió cuando ella se volteó para besarlo en el pecho.

—Gracias —dijo Rafael, con voz solemne.

—A ti, que acabas de hacerme la mujer más dichosa —respondió con picardía Elena.

—Gracias por tu perdón. —Le besó la coronilla y ajustó el abrazo—. Te traté injustamente. Y luego, cuando Alonso me contó de tu participación en ese absurdo plan, yo...

—¿Absurdo? —inquirió Elena, incrédula—. Era el único modo. Y, si hubiera sido tan absurdo, finalmente no hubiera resultado.

—Aun si era el único modo, yo jamás —se removió para enfrentarla con la mirada determinante—, jamás hubiera consentido que participaras en ello, que te pusieras en peligro de esa manera. Nunca voy a perdonar a Alonso por involucrarte a mis espaldas.

Elena se sentó para enfrentarlo, decidida y convencida de que no era justo que Rafael se enemistara con su amigo por esa causa.

—Aun si Godoy no me hubiera propuesto intervenir, al enterarme de quién era mi padre en verdad, lo hubiera hecho de todas maneras. Nadie más podía estar así de cerca como yo, por ser su hija, para poder destapar sus canalladas.

—Pero es tu padre —dijo conmovido por la lealtad de ella hacia él, aun por sobre su sangre.

—Pero es un criminal. Y tú —dijo al tiempo que tomaba su rostro entre las manos—, tú eres el hombre que amo y el padre de mi hijo.

Él besó sus palmas y luego la besó en la boca. La recostó nuevamente en el lecho y, sobre ella, afirmó:

—Yo soy el hombre afortunado que te tiene a su lado, porque me devolviste de entre los muertos, me mostraste lo que se sentía estar vivo. Tú eres la mujer que atesoro en lo profundo de mi corazón y que amo con desesperación.

Volvieron a amarse, sellando con sus cuerpos lo que reclamaban sus corazones.

En el solaz de la pasión, cuando la noche había caído y ambos permanecían abrazados en la penumbra, Elena se enteró de cómo habían sucedido los hechos luego de que ella saliera de la ciudad.

Alonso Godoy había aprehendido tanto a Miguel Ángel Valdez como a Horacio Farías al finalizar la gala de aquella noche. Mucha de la alta sociedad porteña había sido testigo de las escandalosas detenciones, sin dar crédito a aquel espectáculo de ver al jefe de Investigaciones esposado como un delincuente cualquiera.

Alonso Godoy le había ofrecido un trato al padre de Elena: conmutar parte de su pena por todos los cargos que se le imputaban, evitando ser trasladado al presidio llamado Fin del mundo, por encontrarse en la zona más austral de Argentina, si confesaba su participación en el crimen de Antonio Martel y delataba a su cómplice.

Su padre, entendiendo que era la única oportunidad de procurarse algún beneficio, había aceptado el trato. Confesó su complicidad en el crimen del padre de Rafael al tiempo que declaró cómo Horacio Farías había fraguado el asesinato.

Para Farías no habría ningún beneficio y esperaban que se aplicara con él la pena capital que, aunque en pocas ocasiones, todavía se contemplaba en la ley penal para delitos como el suyo.

Si Elena sentía algún tipo de remordimiento por la situación de su padre, no lo demostró, y a Rafael le preocupaba que su actitud desaprensiva encubriera un sentimiento más profundo de culpa.

—Tal vez, cuando regresemos, desees visitar a tu padre —sugirió Rafael.

—No quiero regresar —murmuró Elena. Temerosa de que él no quisiera lo mismo que ella, continuó con cautela—: Me gusta este

lugar, su tranquilidad, su gente. Quiero comenzar de nuevo en un lugar donde nada me una a una persona tan ruin como mi padre, lo que anhelo puedo construirlo aquí.

—¿Tu tía? —dijo él, mientras acariciaba sus cabellos sedosos.

—La traería aquí conmigo.

—¿Yo?

Él la observó y ella le ofreció su mirada luminosa y esperanzada. ¿Acaso podría continuar con sus planes si él permanecía lejos? ¿Era justo pedirle que dejara su mundo para seguirla en sus deseos? Dios, ¿por qué no podía ser todo más sencillo?

—Sé que no puedo pedirte que dejes tu lugar, el club y tus negocios por secundar mis pretensiones, yo... —Lo que iba a decir quedó silenciado por el dedo índice de él apoyado sobre sus labios.

—Mi lugar es donde estés tú.

Elena no podía estar más conmovida por sus palabras y, abrazada a su pecho, estalló de felicidad por el infinito amor que Rafael había traído a su vida.

Capítulo 30

La respiración agitada era lo único que se escuchaba en medio de la negrura helada de esa madrugada. El hombre se detuvo unos instantes y miró sobre su espalda para comprobar que nadie lo seguía, aunque sabía que eso era imposible. Reanudó la marcha para continuar con su carrera alocada entre los matorrales del descampado que atravesaba.

Sus cabellos rubios, que acostumbraba a peinar engominados, en ese momento caían sucios y en desorden sobre su frente sudorosa. Una repentina puntada en su costado le advirtió que debía detenerse para recuperar fuerzas.

A lo lejos divisó una arboleda y se dirigió hasta allí en busca de refugio y descanso. Se sentó apoyando su espalda en el grueso y rasposo tronco, y abrió la boca para inspirar en amplias bocanadas, intentando que el aire inundara sus pulmones.

Sus ojos vidriosos evidenciaban el dolor de sus músculos ateridos, forzados a correr por más de una hora. También en ellos se reflejaba el resentimiento que lo carcomía por dentro. Maldecía a su estúpida madre que nunca había servido de mucho, al hijo de puta de Valdez que lo había delatado como el cobarde que era, pero su odio encarnizado se dirigía a Rafael Martel.

Perdido en los recuerdos, una máscara cruel transformó su rostro. Conoció al pequeño infeliz de siete años cuando su madre contrajo matrimonio en segundas nupcias con Antonio Martel. Le había tenido inquina desde el primer momento, al advertir que a los ojos de su padre el niño parecía ser un dechado de virtudes.

Esa inquina se había ido alimentando con la envidia que sentía al ver el vínculo de afecto y complicidad que había entre padre e hijo, ya que su propio padre había sido un borracho matón que jamás se había preocupado por él o por su madre mientras tuvo vida.

Con frío cinismo, anidado en ese odio creciente, fue pergeñando su siniestro plan. Se desharía de ambos en un solo golpe y tomaría

todo lo que era de ellos. Pero había fallado y en ese momento se encontraba en una situación desgraciada, aunque no por mucho tiempo.

Con la complicidad de un agente de policía al cual su abogado había sobornado, sus esposas habían quedado abiertas y una navaja había sido escondida entre sus ropas. Con disimulo, había ocultado sus esposas flojas y el arma durante el inicio del traslado.

Lo llevaban para ser transportado en ferrocarril hasta Bahía Blanca y de allí en barco hasta la Penitenciaría de Ushuaia. Llamada la Siberia criolla, ese lugar inhóspito de la Patagonia argentina sería su tumba si no lograba escapar.

A la espera del momento oportuno, había dado muerte a los agentes que lo custodiaban y comenzado su huida desesperada. Muchos de sus cómplices, bajo la amenaza de ser delatados, habían colaborado con otros detalles de su fuga.

Dinero, documentos falsos y un traslado clandestino hasta las costas de Montevideo lo aguardaban. Pero, antes de eso, terminaría lo que había quedado inconcluso doce años atrás. Reuniría a Rafael Martel con su padre en el más allá.

Elsa detuvo su lectura al escuchar ruidos provenientes de la entrada. Dejó el libro que tenía entre sus manos y se puso de pie, preocupada por la intrusión.

—¿Quién está ahí?

Cubrió con las manos su boca, en un gesto de bendito alivio y emoción, mientras sus ojos sagaces se empañaban con lágrimas de dicha.

—¡Tía Elsa! —Elena, con su voz estrangulada por la misma felicidad, se adelantó para rodearla en un abrazo que denotaba no solo su alegría, sino cuánto la había extrañado durante todo este tiempo.

—¡Mi tesoro! —exclamó Elsa, tomándole el rostro para besarla en ambas mejillas repetidas veces, antes de apartarse para recorrerla con la mirada, como si quisiera cerciorarse de que su presencia allí era real—. Estás de regreso, no sabes todo lo que recé por ti y

porque este momento llegara cuanto antes. —Al reparar en el joven que acompañaba a su sobrina, su gesto se volvió agrio—. Ven, sentémonos.

Si Elena reparó en la repentina acritud de su tía, no mencionó nada al respecto. Elsa miró con desconfianza cómo Elena enlazaba su mano a la de ese hombre, que para ella era el único responsable de que su querida sobrina se fuera de la ciudad con el corazón desolado.

Era evidente que él la había buscado hasta encontrarla y que su sobrina había perdonado su desplante y maltrato.

De momento se mantendría en silencio, y en cuanto tuviera oportunidad le cantarí­a al joven las cuarenta, ya que no estaba dispuesta a permitir que ni él ni nadie volvieran a romperle el corazón a su querida muchacha.

Rafael era consciente de que Elsa Valdez desaprobaba su presencia y entendía sus objeciones. Sería muy difícil ganar su confianza y contar con su beneplácito. Era una mujer firme y con las ideas claras, aunque a los ojos de alguien poco perspicaz, su cuerpo enjuto y talante sereno pudieran confundirse con fragilidad. Con la fuerza de una leona, defendería a Elena sin importar las consecuencias, y su tarea de ganarse su aprobación sería muy difícil.

La mujer del servicio apareció con una tetera humeante y unas galletas. Acomodados en la acogedora sala que Elena tanto adoraba, se dispuso a narrarle a su tía sobre su vida durante las últimas semanas.

—Chascomús —murmuró Elsa—. Has estado allí todo este tiempo, es una ciudad que no conozco más que de nombre.

—Es muy diferente al ajetreo que acostumbramos aquí. Es más conservadora en sus costumbres, pero muy próspera. Su laguna se extiende hasta el horizonte y ver allí el sol reflejado en sus aguas desde la ribera es una de las cosas más bellas y tranquilizantes que se pueda imaginar.

—Parece que te has enamorado de ese lugar —dijo Elsa, atenta a la sonrisa soñadora de su sobrina.

—Es un buen lugar para un nuevo comienzo —comentó con intención Elena, que miró subrepticamente a Rafael, quien, sentado

a su lado, le guiñó un ojo cómplice y alentador.

—¿Un nuevo comienzo? ¿Para quién? —preguntó Elsa.

—Para nosotros. —Elena apretó la mano de Rafael—. Y para usted, tía. Es un buen lugar para comenzar de nuevo, lejos de aquí, nosotros tres. —Sus palabras eran no solo una invitación, sino un pedido nacido de la necesidad de tenerla siempre cerca.

Elena aguardó expectante. Sabía que aún quedaba mucho por decir, pero no quería condicionar a su tía contándole en ese momento del bebé. Si bien sería muy difícil permanecer lejos de ella, sería injusto y egoísta empujarla a sacrificar su vida construida para seguirla en su decisión.

Observó cómo, sin decir palabra, su tía se ponía de pie para acercarse al aparador. Elsa tomó la botella de licor de dulce de leche, el preferido de su sobrina, y se volteó resuelta hacia la pareja.

—¿Tomamos un licor? —propuso mientras sostenía la botella en alto, a modo de brindis anticipado.

Elena rio feliz. La invitación a compartir ese viejo ritual que las unía en sus andanzas y complicidades era la aceptación que ella ansiaba recibir de su tía, su consentimiento a ir con ellos y juntos comenzar un nuevo capítulo en sus vidas.

Capítulo 31

Rafael la abrazó en el vano de la puerta y la besó profundamente, introduciendo su lengua dentro de su boca, acariciando su interior en un contacto interminable. Colgada de su cuello, Elena pegó su cuerpo al de él impidiendo que abandonara el beso, mientras pequeños ruiditos de placer se escapaban de su boca aprisionada entre los labios amorosos de Rafael.

Un carraspeo insistente puso fin al interludio y la pareja se separó avergonzada.

—Elena, hija, espérame dentro. Quisiera tener unas palabras a solas con el joven Martel.

—Por supuesto, tía —dijo Elena. Con el arrobo marcado en sus pómulos encendidos, se despidió de Rafael—. Hasta mañana.

—Hasta mañana. —La voz de él fue una caricia tan suave como la mano que recorrió esa mejilla arrebatada.

Elsa hizo un guiño tranquilizador a su sobrina cuando pasó junto a ella y luego se acercó a la puerta, remplazando su simulada simpatía por un gesto parco. Rafael cuadró los hombros y, estoico, recibió el filo de las palabras duras de doña Elsa Valdez.

—Veo que ha engatusado nuevamente a mi sobrina. Sepa que no permitiré que vuelva a lastimarla de ningún modo —dijo Elsa sin rodeos.

—Entiendo su desconfianza. —Su tono grave acompañó la solemnidad de su promesa—. Pero le aseguro que no hay nada que me importe más en esta vida que el bienestar y la felicidad de Elena. La amo y vamos a casarnos. Sepa que la protegeré con mi vida para que no sufra ningún daño y... —Se detuvo, dudoso de continuar, pero no pudo evitar pronunciar su advertencia—. Ninguna fuerza en este mundo me hará renunciar a ella.

Elsa le sostuvo la mirada, imperturbable, haciendo caso omiso al reto velado. Reconoció la sinceridad y devoción en las palabras del muchacho y, por el momento, eso le bastaba para tranquilizar sus

inquietudes. Asintió con un gesto de aceptación antes de volver a hablar:

—Espero que cumpla con su promesa y sepa que yo también estaré atenta a velar por mi sobrina, aun a costa suya.

Tiempo después, en medio del bamboleo inclemente del carruaje por el adoquinado desparejo de las calles, Rafael meditaba sobre el intercambio que había tenido lugar con la tía de Elena. Doña Elsa, sin dudas, era una mujer admirable y reconocía en su mujer la herencia de esa fortaleza y agallas. Si bien sintió la necesidad de marcar su territorio con respecto a Elena, la mujer contaba con el más absoluto de sus respetos.

Le había mencionado su intención de casarse, propuesta que aún no le había formulado a Elena. Era un hecho obvio dadas las circunstancias. Que viniera un hijo en camino solo apresuraba las cosas, pero sus intenciones serían las mismas si Elena no estuviera embarazada. Él jamás la deshonraría manteniéndola a su lado como su concubina, y el matrimonio le garantizaba que siempre estaría a su lado.

Sonrió, se imaginó el futuro lleno de alegrías y también discrepancias. El carácter voluntarioso e intempestivo de Elena seguramente le traería más de un dolor de cabeza, pero encajaría a la perfección con su propio talante taciturno y propenso a la anticipación.

El coche se detuvo frente al club. Descendió para encontrarse con Willy, quien era para él lo que tía Elsa significaba para Elena. A veces se sentía culpable por no profesar ese afecto caluroso a su propio tío. Quería a Enrique y lo respetaba, por supuesto; lo había acompañado de modo constante y pragmático desde siempre, pero su estilo más distante no alcanzaba a llenar el vacío generado por tantos años de encierro frío y brutal.

Con Willy encontraba una calidez y entendimiento que le hacía recordar a la de su propio padre. Suspiró y se aprontó para enfrentar las consecuencias de la decisión que había tomado junto a Elena.

A diferencia de tía Elsa, sabía que el lugar de Willy era en la ciudad y ambos tendrían que aprender a llevar de nuevo su vínculo a la distancia. Chascomús no estaba al otro lado del mundo, pero

tampoco a la vuelta de la esquina. Sin embargo, encontrarían la manera de hacer frecuentes sus visitas, estaba seguro de ello.

Por otro lado, contaba con Willy para que siguiera administrando el club y parte de sus negocios; otros los manejaría él a la distancia, además de que tenía pensado trasladar algunos de ellos a Chascomús.

Ingresó a la sala de práctica. A esas horas ya no quedaban aficionados, pero su viejo amigo estaría poniendo todo en orden. Lo vio afanoso en su tarea y sus ojos ambarinos se colmaron de afecto. Lanzó el silbido que era un llamado compartido y al instante el hombre alto y robusto clavó en él sus pupilas cristalinas, que denotaban el alivio de verlo de vuelta y en una pieza.

En la oficina, chocaron sus copas de *brandy* y tomaron la tercera ronda de sus bebidas en silencio. Willy procesaba lo escuchado durante la última hora y no podía decir que estaba sorprendido. Había sido testigo del cambio oficiado en Rafael desde que conociera a la muchacha y de cómo se había convertido en alguien tan fundamental en su vida, que el hecho de ser la hija de uno de los cómplices del asesinato de su padre no tuvo la menor importancia para él.

Por su parte, no tenía nada que objetar a la joven; se había sacrificado valerosamente por su querido muchacho y gracias a ella se había hecho justicia.

—Cuenta conmigo del modo que necesites, muchacho. —Arrimó más su silla para tomarlo del hombro y darle un apretón en señal de afecto y apoyo—. Lo que es bueno para ti, lo es para mí. —Luego agregó con entusiasmo—: La muchacha me gusta, tiene agallas y te traerá entretenido para que no tengas tiempo de pensar en ningún tiempo amargo.

—Me dará algo de trabajo, sí. —Rafael sonrió en un gesto de varonil confianza—. Pero sabré aprovechar su impetuosidad para mantenerla entretenida en otros menesteres.

Ambos hombres rieron cómplices y luego continuaron conversando para delinear los detalles de algunas ideas que tenía Rafael sobre su futuro.

—¿Qué opinas? Podría abrir una escuela de boxeo allá, aparte de continuar con el comercio y ampliar nuestro mercado.

—Es una buena idea, conoces las reglamentaciones. En la provincia no están prohibidos los espectáculos de boxeo, podríamos ganar dinero con ello y tienes experiencia de sobra para llevar adelante tú solo un club. Eres incluso mejor que yo arriba del *ring*.

—¿Mejor que tú? Eso imposible.

—¿Qué harás con la que era tu casa mientras vivió tu padre casado con esa mujer?

Rafael había estado pensando en ello desde que su tío le diera aviso de que la propiedad volvía a sus manos. En verdad, nada de eso le importaba, como tampoco otros negocios y propiedades que había poseído su padre y que hábilmente Farías se había encargado de transferir a testaferros, simulando ventas inexistentes, por lo cual, el proceso para recuperar algo de aquello, si acaso fuera posible, sería más engorroso.

Pero, en lo referente a la casa, lo había sopesado mejor y había tomado una decisión importante.

—La casa he decidido obsequiársela a Elena para que pueda disponer de ella en algo que la hará muy feliz. Aún no lo sabe, pero pronto se lo diré.

Lo material nunca había sido una motivación para él y todo ello formaba parte de un capítulo de su vida que quería y necesitaba dejar atrás para siempre. Pero disponer de la casa del modo que había imaginado sería una manera de darle un nuevo sentido a cierta parte de su antigua vida.

Como sucedía siempre que conversaba con Willy, encontró en él no solo el respaldo, sino la confianza para continuar adelante, sabiendo que, aun a la distancia, su apoyo y afecto eran inquebrantables, tal como el suyo hacia él.

Capítulo 32

Rafael tomó la mano enguantada de Elena para ayudarla a subir al carruaje y notó su leve temblor. El coche se puso en movimiento con dirección al elegante barrio de Palermo y, luego de un corto trayecto, percibiendo la tensión reinante, él elevó el mentón de Elena para que lo viera directo a los ojos.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —Su tono denotaba inquietud. Bastaba una palabra de ella para que regresaran.

—Creo que es lo mejor, no podría irme sin haberlo visto al menos una vez.

Era cierto que Elena estaba nerviosa, pero había meditado al respecto. Cuando Rafael le había sugerido en Chascomús que tal vez quisiera visitar a su padre, ella se había negado. Pero su pensamiento había cambiado y sentía que pasar por el trago amargo era necesario para continuar sin cuentas pendientes.

No podía esperarse gran cosa de su encuentro, ni siquiera era seguro que el irascible Miguel Ángel Valdez accediera a la visita, pero bien valía el intento. Por ella, Rafael había vuelto a hablar con Alonso Godoy, a pesar de su distanciamiento, para pedirle que consiguiera un permiso especial de visita. Si bien Valdez aún no había recibido su condena, estaba detenido en la Penitenciaría Nacional de Las Heras como encausado.

Qué ironía, su padre se encontraba detenido en el mismo lugar en el que Rafael Martel había cumplido su injusta condena. Cerca de llegar a su destino, por la calle de Las Heras, una mole de cemento de impresionantes dimensiones apareció ante la vista de los ocupantes del carruaje.

Rafael se removió incómodo, un súbito ahogo se ciñó sobre su pecho. No había pasado ni cerca de ese maldito lugar desde que, casi un año atrás, recuperara su libertad. Jamás imaginó estar de nuevo frente a sus puertas, pero no podía dejar que Elena fuera sola hasta allí.

Si Elena estaba impactada, no quería ni pensar en lo que significaba para Rafael estar allí. Apremiada por rescatarlo de sus recuerdos angustiantes, tomó la mano grande y fuerte de él para apoyarla sobre su abdomen redondeado.

Ya no eran esos muros interminables los que representaban la vida de Rafael, y eso quería transmitirle con su gesto y con el beso encendido de amor que le ofreció con sus labios.

Él gimió y le devolvió el beso con desgarrador desenfreno, porque era ella, su amor y aliento, lo único que podía rescatarlo del abismo. Se abatió sobre la boca dulce y dejó en sus labios hinchados las pruebas de su pasión y necesidad.

Pusieron fin al beso cuando el cochero anunció que habían llegado a su destino. Se tomaron unos minutos para apaciguarse, sus frentes apoyadas una en la del otro. Llevando nuevamente la mano de él hasta su vientre, le dijo emocionada:

—Te amamos.

—Yo a ustedes más que a mi propia vida. —Volvió a besarla, esa vez con ternura, antes de ayudarla a descender del coche.

Durante mucho tiempo, Elena no podría olvidar el impacto de aquella mañana. No solo el lugar era deprimente, sino que el encuentro con su padre había sido muy penoso.

No quedaban vestigios del orgulloso Miguel Ángel Valdez. Elena prácticamente no lo había reconocido, con su cabeza rapada y su bozo desprovisto del bigote ondulado que había sido para él un sello de prestigio. Con su birrete y traje a rayas, los pies y manos engrillados, era un espectro del hombre que había sido.

—Padre —dijo compungida.

Elena no podía dejar de conmoverse por su desenlace porque, si bien el hombre que tenía enfrente nunca había sido afectuoso con ella, al contrario, la había humillado con sus críticas constantes y la había herido con su frialdad y desamor, no dejaba de ser el hombre que la había engendrado, le había brindado educación y había cubierto el resto de sus necesidades. Todas, menos las del alma.

—Aún tienes el descaro de llamarme padre y te presentas aquí simulando pena. —La miró con cólera—. ¡Traidora! —le espetó fuera

de sí—. ¿Crees que no sé que fuiste tú quien me delató? Regresaste a casa para ayudar a tu amante y que se cobrara su venganza.

Elena negó con su cabeza al tiempo que pesadas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No se trata de venganza, sino de justicia. —Lo miró desesperanzada—. ¿Acaso no puede arrepentirse de todo lo que hizo?

—¡De lo único que me arrepiento es de haberte engendrado! —Su grito de desprecio retumbó entre los muros gélidos del recinto.

El guardia le propinó un golpe con la culata del rifle cuando, desencajado, Valdez intentó abalanzarse sobre su propia hija. Instintivamente, Elena dio varios pasos hacia atrás para salir de su alcance, aunque engrillado y custodiado nunca hubiera podido tocarla.

No tenía nada más que hacer allí. Con su desprecio y falta de conciencia, su padre la alentaba a dejar todo atrás sin remordimientos. No era necesario extender aquel encuentro, estaba todo dicho. En silencio, se retiró dejando detrás de sí a un hombre corrompido que no era capaz de arrepentirse de ninguno de sus actos.

Al salir del presidio, un peso inmenso había desaparecido de su pecho. No sentía culpa por haber hecho lo que consideraba correcto con un hombre que, más allá de ser su padre, era un criminal sin conciencia ni moral.

Parado al lado del carruaje que los había llevado hasta allí, el único hombre que le importaba en la vida la aguardaba con los brazos abiertos, y ella no dudó en refugiarse entre ellos para recibir el consuelo que necesitaba.

Rafael se reprochó una y otra vez el haber alentado y consentido que Elena estuviera allí. Se había vuelto loco de preocupación cuando los minutos pasaban y la espera se volvía interminable.

Al verla salir, supo que lo único que podía serenarla sería el consuelo de su abrazo. La mantuvo pegada a su pecho mientras su cuerpo se sacudía con el llanto que descargaba su amargura. Cuando logró calmarla, emprendieron el regreso.

De ningún modo permitiría que estuviera lejos de él, por lo que la sentó en su regazo y acunó en su pecho durante todo el trayecto hasta la casa de su tía.

Al llegar, el cochero aguardó con discreción y no se inmutó por el hecho de que estaban parados en el final del recorrido y ninguno de los pasajeros descendía aún del interior del vehículo. A él le daba lo mismo porque cobraba tanto el viaje como la espera.

Del consuelo, Rafael había pasado a la seducción. Demoraba a Elena sobre su regazo, persuadiéndola con sus caricias para lograr su cometido. En ese momento, le hurgaba la entrepierna con sus dedos diestros y le mordisqueaba el lóbulo sensible de su oreja.

—Di que hablarás con ella —le susurró en el oído al tiempo que volvía a frotar ese capullo que la enloquecía de placer.

—No... Ah... Ah... Rafael —Elena no podía hablar. Movi6 sus caderas contra los dedos intrusos.

—¿Qué? —Él jugaba con ella, quería persuadirla, solo debía tener cuidado de no ser él quien perdiera el control—. Convince a tu tía para que pueda quedarme en su casa, ¿o piensas que podemos esperar hasta la boda para que te haga de nuevo el amor?

—Está... bien..., hablaré con ella. —Lo besó con ímpetu—. Por favor, te necesito ahora —le reclamó.

Podría haberla hecho suya allí mismo, pero no lo hizo. Con un esfuerzo sobrehumano, porque él también estaba excitado y enardecido, retiró sus dedos y sonrió cuando escuchó la protesta que escapaba de los labios de su mujer.

La tomó del rostro para estamparle un último beso y la apremió a bajar, no sin antes decirle que hubiera sido impropio tomarla de esa manera, con el cochero siendo testigo de su pasión y arrebató.

Eso bastó para que un renovado rubor cubriera las mejillas de Elena, que se acomodó las ropas para bajar con la mayor dignidad posible al tiempo que le lanzaba una mirada asesina a Rafael.

—Regreso por la noche —dijo frente a la puerta de entrada. Hizo un gesto negativo cuando vio que Elena comenzaba a protestar—. Con el permiso de tu tía o sin él, dormiré aquí esta noche.

—Déspota —farfulló molesta, la había seducido para dejarla luego insatisfecha.

—Sí. —Él la besó.

—Mi tía pondrá el grito en el cielo.

—No me importa. —Volvió a besarla.

—¿A dónde vas?

—Hay un asunto inconcluso que debo terminar.

—¿Rafael? —Elena lo miró especulativa—. Que mi padre sospechara de mi participación en su detención no me sorprende. Aun si Godoy intentara que no trascendiera, mi padre se daría cuenta de todos modos, pero ¿quién puede haberle dicho de mi relación contigo?

—No lo sé. —La tomó de la cintura—. Pero me encargaré de que nada ni nadie te vuelva a importunar.

La solemnidad de Rafael la conmovió, lo sabía muy protector, pero él no era responsable de todo lo que le sucediera, y mucho menos de todos sus pesares.

Le depositó un suave beso en los labios y se alejó para partir en el carruaje, en tanto, a ella le quedaba por delante la titánica tarea de convencer a su tía para que permitiera que Rafael se quedara con ellas.

Por su parte, los pensamientos turbulentos de Rafael estaban puestos en dos cosas. La primera y más sencilla era enfrentar a su tío y ponerlo en su lugar. Elena no podía imaginarlo, pero para él era más que claro que quien le había revelado todos los detalles de su detención a Valdez había sido él. Para desquitarse y saborear lo que consideraba su victoria, pero también para, en el mismo movimiento, perjudicar a Elena. Y eso no lo iba a tolerar.

La segunda cosa que no podía apartar de su mente era aún mucho más temible y lo obsesionaba. Cuando contactó a Alonso para pedirle el favor del permiso de visita al penal, este le había revelado una noticia reciente e inquietante.

Horacio Farías estaba prófugo; de alguna manera, había logrado orquestar su huida durante su traslado y estaba siendo intensamente buscado. Si bien todos los indicios apuntaban a que había escapado al extranjero, más precisamente a Montevideo, Alonso no lo podía asegurar y le pidió que fuera extremadamente cauto mientras lograban aprehenderlo de nuevo.

¡Maldición! ¿Es que no podrían vivir en paz de una vez por todas? Había manipulado a Elena con total premeditación para que hablara con su tía. No la perdería de vista ni por un segundo, quería estar cerca. Y si él no podía, alguno de los muchachos de confianza de Willy se encargaría.

No estaba dispuesto a que lo que más amaba estuviera expuesto al peligro, y menos por su causa. No otra vez.

Pero lo primero era lo primero y su rumbo continuó hacia el lujoso edificio de la avenida de Mayo, que había sido su morada hasta no hacía tanto tiempo atrás.

De talantes muy distintos, con su tío nunca habían congeniado del todo bien. Testarudo y soberbio, muchas veces habían chocado no solo en las formas, sino también en el contenido de sus ideas y convicciones.

Sin embargo, durante los años trágicos de su vida, había estado a sus espaldas como una roca firme en la cual él siempre confió. En sus primeros tiempos de encierro, cuando aún conservaba algo parecido a la esperanza, era por saberlo a él haciendo lo imposible por lograr su libertad.

Jamás podría olvidarse de aquello y siempre le estaría agradecido, pero no podía consentir que, en su obstinación, todo su resentimiento lo siguiera vertiendo sobre la mujer que amaba y con quien iba a formar una familia.

Lo vio sentado en su escritorio, zambullido en el análisis de algún expediente y tan concentrado que no había reparado en su presencia. Rafael tragó el nudo que se formó en su garganta, sabía que ese encuentro tendría un inefable sabor amargo.

—Tío —anunció con calma su presencia.

Enrique Martel levantó la vista de los papeles que tenía entre manos y se reclinó en el respaldo de su costoso sillón de cuero negro. Escrutó en silencio a su sobrino, parado allí en el vano de la puerta. No lo diría, pero lo enorgullecía el modo en que, poco a poco, había podido revertir la desgracia de su vida. Recordaba el día de su liberación cuando, tras cruzar el portal del penal, se había dirigido perdido y cauteloso hasta el coche en el que él lo aguardaba.

Cuando vio sus ojos tan parecidos a los suyos, totalmente vacíos, sin ninguna emoción o reconocimiento de lo que lo rodeaba, había pensado que nunca se recuperaría del trauma vivido, que no podría convertirse en un hombre normal.

Sin embargo, allí estaba. Poco a poco, había tomado las riendas de su vida y comenzado de nuevo. Él disentía en su estilo y modos, y hubiera querido que escuchara e hiciera caso de sus consejos, pero su parte estaba cumplida. Por su hermano muerto y por su sobrino había hecho todo lo que estuvo a su alcance.

Parado allí, con porte altivo, su rostro firme, la mirada refulgiendo de vida, le daban la tranquilidad por el hombre en el que se estaba convirtiendo Rafael.

Le hizo un gesto para que se acercara. El último encuentro en el club había sido violento. Aunque Rafael, frustrado y lleno de cólera, había intentado golpearlo y lo hubiera logrado sin la intervención de Godoy, no tenía resquemores por ello. Y que su sobrino se acercara nuevamente a él le generaba curiosidad.

No lo creía arrepentido, por lo cual, no sería para disculparse que estaba allí. Apoyó sus brazos en el sillón y enlazó sus dedos delante del estómago, en gesto de espera. Rafael arrastró la silla frente al escritorio para sentarse y miró a su tío un largo momento en silencio, hasta que este enarcó la ceja en un gesto inquisidor.

—Y bien, ¿acaso has recapacitado? —El tono denotaba el sarcasmo de la pregunta.

—Si usted lo hiciera, quizá yo podría entender en algo su punto de vista, aunque no lo consienta. —Los ojos de Rafael se clavaron centellantes en su tío—. ¿Por qué está ensañado con Elena? ¿Acaso ella tiene la culpa del padre que tiene?

—No la tiene —dijo ecuánime—, pero, aun así, lleva su sangre.

—Gracias a ella, lo que tanto buscamos durante años se logró. Hacer justicia —puntualizó Rafael.

—¿Y piensas que con eso es suficiente? —preguntó Enrique con el resentimiento tiñendo su voz.

Rafael se reclinó hacia adelante y dijo con lentitud, remarcando con énfasis cada una de sus palabras:

—Tendrá que serlo.

—Tan fácil te olvidas de tu padre, que yace bajo tierra desde hace más de una década a causa de esos depravados. —Enrique perdió la aparente compostura y destiló toda su inquina, como si con aquello pudiera hacer reaccionar a su sobrino—. Y de lo que viviste tú, ¿qué me dices de eso? Saliste siendo menos que un despojo de hombre. Y todo eso, ¿se paga tan fácil?

—Se paga según la ley. Y en cuanto a Elena —lo acertó con su mirada fría e inmisericorde antes de lanzar la advertencia—, ella no debe ninguna cuenta. ¿He sido lo suficientemente claro con usted, tío?

Enrique se reclinó sobre el respaldo del sillón y le dijo mordaz:

—Te aseguro que no es la única hembra que puede calentarte la cama, lo que hace ella lo puede hacer cualquier pu... —Rafael se puso de pie y sus manos golpearon con furia el escritorio, interrumpiendo el insulto soez que Enrique estaba a punto de pronunciar.

—Por el respeto que se merece por ser mi tío, y por todo el apoyo que me brindó siempre, es por lo que no lo muelo a golpes hasta que se retracte de sus palabras. Pero sepa —lo apuntó con un dedo y sus palabras salieron mordidas por la furia— que jamás permitiré que vuelva a faltarle el respeto a Elena, y mucho menos que le produzca el menor daño con su inquina. Será mi esposa y, antes de llegar a ella, tendrá que pasar por encima de mí.

—¿Te has vuelto loco? —vociferó incrédulo Enrique al tiempo que se ponía de pie—. ¡Casarte con ella es inadmisibile! ¡Que tenga algo que ver con nuestra familia es inadmisibile! Jamás, escúchalo bien, jamás sucederá tal cosa o serás tú quien deje de pertenecer a nuestra familia. —Enrique estaba desencajado y se arrepintió de decir aquello último en el mismo instante en que las palabras salieron de su boca, pero ya no había vuelta atrás.

Rafael enderezó su espalda tal como si le hubieran asestado un buen golpe. Por un instante, contuvo el aire y su visión clavada en el rostro de su tío se perdió y se volvió borrosa. Tensó sus labios y dio un paso atrás, con la sensación de lo irremediable corroyendo sus entrañas.

—Si eso es lo que quiere, así será —dijo lacónico.

El orgullo le impidió a Enrique detener la partida de su sobrino. La audible exhalación acompañó el ruido de su cuerpo dejándose caer en el sillón al tiempo que arrastraba sus manos por el rostro encendido, siguiendo luego por sus cabellos canos.

Se abatió sobre él una terrible sensación y el sabor amargo de la derrota se instaló en su boca.

Capítulo 34

Ocupando uno de los silloncitos de la sala de lectura, Elena permanecía con la vista baja mientras sus dedos jugaban con los frunces de seda del puño de su delicada blusa. Tía Elsa detuvo su ir y venir para mirar nuevamente en dirección a su sobrina. Ni por un minuto podía engañarla con su pose de falso recato ante sus palabras y reprimenda.

—Sé que soy la culpable de que pienses que cualquier cosa está permitida. —Hizo un gesto con la mano para detener a Elena que, saliendo de su ensayada modestia, había levantado el rostro para replicar a su tía—. Nunca quise que tu vida quedara bajo el yugo de las reglas y principios del decoro que, formuladas para mantenernos a raya, las creo injustas, pero permitir que, a los ojos de todos, vayas, vengas y pernoctes con un hombre con el que aún no estás desposada es demasiado.

Elena volvió a bajar la vista y suspiró. Desde un principio supo que su pedido despertaría las suspicacias de tía Elsa y que tendría que escuchar un sermón de su parte, lo cual no era frecuente, dado que su tía tenía la mente muy abierta, pero hasta para una mujer de ideas de avanzada, aquello era demasiado. Una cosa era poner en riesgo su reputación por encontrarse en apuros y otra por puro gusto.

Por otro lado, no entendía la obstinación de Rafael en ese asunto.

—Tiene toda la razón, pero solo puedo decir que de seguro hay algún motivo importante. Rafael es un hombre que por lo general suele ser prudente en sus acciones.

«O eso intenta», pensó para sí. Sin embargo, con certeza, aquel asunto no tenía que ver con extrañarla o no poder esperar al matrimonio para estar con ella. Su estado era testigo fehaciente de que podían encontrar cualquier ocasión para estar juntos. Y prueba de ello era que, si él hubiera querido, habrían terminado haciendo el amor dentro del carruaje.

Sus mejillas se encendieron de solo recordar sus caricias y lo anhelante que la habían dejado. Un carraspeo intencionado de su tía la sacó de sus fantasías y ensoñaciones y, atravesada en esa ocasión por un genuino pudor, le dedicó una sonrisa dulce a su tía con ánimos de calmarla, pero fue en vano.

—¿Prudente dices? —Su voz salió estridente—. Si ese hombre fuera prudente, tú no te encontrarías en tal estado. —Finalizó haciendo un gesto con su mano, señalando su estómago.

Elena no debería sentirse sorprendida de que su tía supiera que estaba esperando un hijo. ¿Acaso algo así podría haberle pasado inadvertido? Su tía se acercó a ella y, parada frente al silloncito, le tomó las manos entre las suyas, en un gesto que para Elena lo fue todo, porque significaba que no la repudiaba por su conducta.

—Pensabas que no me daría cuenta —dijo con una ternura inusual en ella.

—No era mi intención ocultárselo, pero quería encontrar el momento adecuado.

—¿Y llamas a ese granuja prudente? Bastaron unos pocos días en su casa para que se aprovechara de tu situación vulnerable —sentenció con irritación.

Elena posó sus ojos pardos en los de su tía, brillantes de humor. Recordó los intentos de Rafael de mantenerse alejado y cómo ella lo había instado a no apartarla de su lado. Sus labios se ensancharon en una sonrisa pícaro y generoso.

—A decir verdad, tía, debo decirle que él intentó mantenerse alejado, pero yo no le di esa opción.

—No digas más. —La silenció con un gesto exagerado de tribulación. Luego tiró de su sobrina para ponerla de pie, besando su mejilla antes de envolverla en un abrazo—. Que Dios bendiga al bebé que viene en camino. Pero te aseguro que al padre lo pondré en vereda.

—No sea muy dura con él. —Elena saboreó la pequeña venganza de ver a Rafael acorralado por la lengua filosa de tía Elsa. Se lo merecía por haberla dejado deseándolo durante toda la tarde.

—Te aseguro que recibirá lo justo. Ve a descansar, que has tenido un día arduo. —Acarició su vientre—. Ahora tienes que pensar en tu

hijo antes de cometer imprudencias.

Elena no pensaba contrariar a su tía, que decidiera ella qué hacer con Rafael y que él se atuviera a las consecuencias. Era tarde y realmente estaba agotada, había sido un día duro.

Era pasada la hora de la cena cuando Rafael llegó al barrio del Carmen. Elsa Valdez lo estaba esperando y lo hizo tomar asiento para que la escuchara con atención. Por su mirada penetrante y postura rígida, volvía a comprobar que no era santo de su devoción. No sería fácil la convivencia en el futuro.

—Me imagino que no perderá tiempo en desposar a mi sobrina, como no perdió el tiempo para otras cosas.

Cuando Elena hablaba de su tía, podía cometerse el error de imaginarse a una dulce dama entrada en años, pero nada más lejos de la realidad. Doña Elsa Valdez era una mujer severa a su modo, incluso fría cuando quería, también muy sagaz. Tenía un cierto parecido físico a su hermano, pero en ella pulsaba una ética y moral, de la cual aquel carecía en absoluto.

Era claro que, aunque Elena no le hubiera dicho nada aún, de solo verla hubiera adivinado su estado. Incluso lo sorprendía que recién ahora abordara el tema. Sin temor alguno, sostuvo la mirada inquisidora de la señora Elsa y su voz no dejaba lugar a dudas de sus sentimientos.

—Por supuesto nos casaremos a la brevedad; en dos días. Elena aún no lo sabe, será una sorpresa que le daré mañana junto con un regalo de bodas.

—Va a cuidarla y honrarla —dijo sucinta, era lo único que le importaba.

—Con mi propia vida. —Se adelantó a la punta de la silla donde estaba sentado, y dijo con renovado énfasis—: Ella lo es todo para mí.

Elsa sabía que su cariño era sincero y en verdad no tenía nada en contra del muchacho, mucho menos sabiendo que su sobrina lo adoraba. Solo le quedaba algún resquemor debido a que Elena poco más había salido corriendo de la ciudad cuando él debía haberla cuidado.

Se puso de pie, no quería extender más aquella perorata.

—Muy bien, me ha brindado las respuestas que necesitaba, ahora lo acompaño a la salida. —Le clavó la mirada—. ¿O pensaba que accedería a dejarlo pasar aquí la noche?

En un dos por tres se encontró en la calle. La dulce tía Elsa era en verdad exasperante. Ciertamente, si su intención era velar por la seguridad de Elena, tanto fuera como dentro de la casa, podría hacerlo igual.

Pero no era eso lo que pretendía. Lanzó un silbido, que resonó en la quietud de la noche, y uno de los hombres de Willy apareció en la acera. Le hizo un gesto y este asintió. Luego se dirigió al costado de la casa y, trepando a la medianera, caminó por ella hasta el parque trasero.

No le fue difícil saber cuál era la ventana de la habitación de Elena y, sin ninguna resistencia, en un instante se encontró dentro. Se acercó a la silla que había en el tocador mientras contemplaba a su bella mujer, que dormía serena en su cama.

La necesitaba. Necesitaba de su vitalidad, de su calidez, de su sonrisa, de la luminosidad de su mirada.

Aun si no lo hubiera perdonado, a la distancia estaría a su lado. No había otra opción para su vida y eso era una verdad tan honda que estaba dispuesto a renunciar incluso a su propia familia.

Tras dejar su última prenda, ya completamente desnudo, se acercó a un lado de la cama y la contempló durante varios minutos en total silencio. Se hallaba de costado, dándole la espalda. Su cabello se esparcía sobre la almohada y caía sobre su hombro descubierto, puesto que su camión se había deslizado dejando a la vista su piel blanca que él sabía tersa y suave.

Su cuerpo reaccionó de solo contemplarla y saboreó la anticipación de hacerla suya. Corrió las mantas y se acostó a su lado, apoyando su torso sobre la espalda esbelta de ella. La rodeó con su brazo y acarició con suavidad uno de sus senos a través de la delgada tela del camión mientras besaba la curva desnuda de su cuello.

—¿Rafael? —murmuró ella adormilada.

Elena se removió y gimió al tiempo que se acurrucaba más contra ese cuerpo fuerte que la sostenía en un abrazo.

—Te dije que vendría. —Su voz grave estaba cargada de promesas.

Besó su hombro y deslizó aún más su camisón para poder descubrir su pecho y tocarlo como quería. El pezón se puso duro con su contacto y retuvo a Elena que intentaba darse la vuelta.

—No —le dijo, al tiempo que tomándola de la cintura apretaba sus nalgas contra su miembro henchido, haciéndola sentir su potencia, su excitación, su deseo. La oyó gemir y llevó su mano a la boca de ella para introducirle uno de sus dedos, que Elena comenzó a succionar con deleite, mientras él le susurraba al oído—: Tendrás que contener tus gemidos, tus sollozos de placer, para que tu tía no nos escuche.

Para Elena, mantenerse en silencio, conteniendo los sonidos de satisfacción, le resultó terriblemente erótico. Tanto como que él la poseyera colocado a su espalda, sintiendo con cada embestida que su cuerpo se hundía una y otra vez bajo su peso, sobre el mullido colchón de plumas, excitando aún más su cuerpo enardecido con el roce del satén de las sábanas.

Iban a morir de placer. Rafael apuró el ritmo, las penetraciones se hicieron más intensas, hasta que juntos llegaron a un orgasmo que los lanzó a un tumulto de sensaciones que parecerían no poder consumirse en un solo acto de amor.

Elena había ahogado su gemido final entre la fina sábana que cubría su almohada y Rafael en el hueco de su cuello suave.

Trémulos, agitados y sudorosos, permanecieron en un abrazo silencioso que ninguno tuvo fuerza de deshacer, hasta que se quedaron dormidos con sus cuerpos pegados.

Capítulo 35

Durante la madrugada, Rafael la había vuelto a hacer suya, de un modo suave y tierno que la dejó embelesada. Sin embargo, al despertarse, se encontró sola en el cuarto y llegó a preguntarse si tal vez había soñado todo lo sucedido.

Rafael se había ido, con el mismo sigilo con que llegó, antes del amanecer. No quería abochornar a Elena ni causarle ningún tipo de problema con su tía. Tampoco quería enfadarla, ya que se daba cuenta de que la poca confianza que la señora le profesaba pendía de un hilo, que estaba dispuesta a cortar ante el menor desliz.

El sol tibio del final del invierno iluminaba radiante y como nunca esa mañana. Rafael elevó apenas el rostro ofrendando su piel a ser acariciada por esos rayos, que durante años habían sido poco más que una eventual limosna. Antes de conocer a Elena, había estado ajeno a permitirse disfrutar de esas pequeñas cosas.

El ruido de cascos de caballos le hizo voltear la mirada hacia la esquina y sonrió al ver un coche de alquiler que ya avanzaba raudo hasta donde aguardaba.

Abrió la portezuela y, tomando su mano enguantada, ayudó a Elena a descender. Con solo verlo, las mejillas de ella se encendieron y supo que recordaba la noche compartida, tanto como él.

Estaba tan bella como siempre, su traje verde inglés, con intrincados bordados en hilos dorados, le daban un porte distinguido. De una mano colgaba su bolsito y en la otra tenía la sombrilla. Le sonrió al tiempo que enderezaba su sombrero adornado con plumas y cintas de raso.

Rafael la besó levemente en los labios mientras pensaba que el tema de los sombreros era un caso perdido con Elena, y que podía llegar a ocurrirle cualquier accidente con su visión entorpecida por ese complemento de la vestimenta que se empecinaba con ella, para nunca quedarse en su sitio.

—Parece que tus sombreros son un caso perdido y son propensos a causarte todo tipo de inconvenientes —dijo risueño, recordando el día que la había visto por primera vez.

—Eso parece. ¡Qué desastre! Apoyo con ahínco la moción de que las damas no utilicemos más sombreros. No solo en los teatros, sino en ninguna circunstancia. —Lo miró con esos ojos luminosos llenos de picardía que a Rafael lo volvían loco y luego dirigió su vista a la fachada, de estilo francés, de la casa frente a la cual estaban detenidos—. ¿Por qué estamos aquí? —preguntó, curiosa.

—Porque quiero darte una sorpresa. —La tomó del antebrazo y la condujo unos breves pasos hasta la puerta de la propiedad.

Introdujo la llave en la cerradura y abrió la pesada puerta de roble que, momentos después, traspasaron para encontrarse en un recibidor revestido de mármol y de cuyo centro colgaba una araña francesa de cristal.

Durante el tiempo que los Farías se habían apropiado de la casa, la habían despojado de todos los vestigios que pudieran recordar que esa, alguna vez, había sido propiedad de la familia Martel. Solo habían conservado los objetos de valor y que consideraban que aportaban distinción a su posición social.

Al recuperar la vivienda, Rafael había ido con una cuadrilla para deshacerse de todo. No quería nada de lo que había allí, solo quería borrar los rastros de todo lo que pudiera recordarle la infamia que habían cometido contra él y su padre.

Observar cómo las habitaciones se iban vaciando, en un ir y venir de hombres que sacaban mobiliario y objetos, fue un modo de descargar toda la rabia e impotencia acumulada durante todos esos años. Lo apremiaba la necesidad de cerrar definitivamente esa etapa de su vida y, con los restos de la rabia ardiendo como rescoldos en sus entrañas, su primer impulso fue, una vez vaciada, venderla.

Más sereno, había pensado con calma y, entonces, se le había ocurrido hacer algo distinto con la propiedad, algo que pudiera servir de ayuda y que acercara a Elena a la posibilidad de hacer sus sueños realidad. Además de hacerla feliz, ese acto era mucho más noble que solo despojarse de una vivienda por ira o frustración, cuando podía servir a otros fines.

Recorrieron las distintas habitaciones y espacios de la casa y luego él la condujo de nuevo al salón comedor, donde sus pasos retumbaron en un eco al transitar por los pisos de mármol de la gran estancia vacía. Puertas vidriadas comunicaban el salón con otras habitaciones contiguas y varios ventanales que daban a la calle tenían sus persianas abiertas, por lo cual, el sol intrépido de esa mañana de invierno iluminaba la estancia con sus rayos.

Rafael se detuvo, se paró frente a ella y la tomó de las manos. Iba a saciar la curiosidad de Elena que lo había atosigado de preguntas en los largos minutos que llevó la recorrida.

—Esta casa es la que adquirió mi padre cuando se casó con la madre de Horacio Farías. Quería ofrecerle una nueva vida que comenzara en un nuevo hogar. —Abarcó con su mirada todo el recinto y luego volvió sus ojos a los de ella, que lo observaban con la preocupación marcada en su ceño fruncido. Le sonrió con una mueca sardónica—. Esta casa, con el tiempo, se convirtió en su tumba... Y de algún modo también en la mía.

—Por favor, no sigas. —Tiró de él para salir de allí, pero Rafael la detuvo—. Por favor, no tolero escuchar por todo el sufrimiento que pasaste. No entiendo por qué me trajiste aquí, pero vayámonos ahora.

Él la abrazó para reconfortarla, ese día no habría tristeza, solo felicidad.

—A tu lado ya no hay sufrimiento. Estamos aquí para que el pasado quede definitivamente atrás y solo tengamos por delante el porvenir que podamos construir uno al lado del otro.

Rafael la besó tierna y largamente, para luego proseguir con el motivo que los había llevado hasta allí.

—Iba a deshacerme de esta casa, pero entonces pensé que podía hacerte muy feliz con ella. —Elena elevó sus cejas en un gesto de sorpresa y él le tomó el rostro entre sus manos para hacer su anuncio—: Esta casa será mi regalo de bodas, para que puedas hacer con ella lo que decidas y prefieras.

Elena hizo un gesto negativo con su cabeza.

—No puedo, yo tampoco quiero nada que tenga que ver con tu padecimiento y dolor —dijo quejumbrosa.

—No lo pienses así. —Tomó uno de sus cabellos sueltos que, escapando de su sombrero, enmarcaba su rostro y lo acarició entre sus dedos—. Al contrario, podrías darle otro significado a su existencia. —Elena lo miró extrañada—. Puede convertirse en un lugar de servicio y amor al prójimo. Podrías donarlo para ese proyecto en el que tanto has trabajado estos años, podría convertirse en un hogar maternal o en lo que tú desearas.

Al escucharlo decir aquello, sus ojos se empañaron de la emoción. Que Rafael le diera importancia a sus sueños y proyectos, que valorara su lucha y trabajo, la conmovía.

Solo en su tía y compañeros con quienes había compartido sus convicciones los últimos años, había encontrado la confianza para mantenerse firme en sus cometidos y orgullosa de ellos. Sin embargo, años de escuchar a través de su padre palabras de menosprecio y crítica impiadosa sobre su condición femenina, habían minado en algo su seguridad y nunca esperó encontrar un hombre que a su lado le diera importancia a sus ideas y pensamientos sin juzgarla.

Con lo que Rafael le proponía, con su regalo, le estaba dando mucho más que un bien material, le alcanzaba la posibilidad de concretar un sueño. Se abrazó fuerte de su cuello y, en el ímpetu, su sombrero terminó en el piso. Ambos rieron y, con su voz amortiguada, porque habló con sus labios pegados al cuello de él, le dijo:

—¡Gracias! Convertiré este sitio en un lugar maravilloso.

Los ecos de una serie de aplausos retumbaron en el salón y ambos se separaron sorprendidos por la interrupción.

De boca de Elena escapó un jadeo atemorizado, mientras que en los ojos de Rafael la calidez era reemplazada por una amenazante y gélida mirada hacia el hombre que, con un arma en la mano, había interrumpido el idilio de ese momento.

Horacio Farías hizo una mueca sardónica y rio cínico al tiempo que se regocijaba por haber tenido la oportunidad de sorprender a la parejita en un momento tan conmovedor como aquel. Lanzó una nueva carcajada ladina. Qué ironía, iba a liquidar a ese pedazo de

mierda en el mismo sitio donde se había deshecho del honorable Antonio Martel.

Vio cómo el hijo pródigo ponía a su querida a sus espaldas y la cubría interponiendo su propio cuerpo. «Qué digno, qué valiente», pensó socarrón. «De tal palo, tal astilla».

—¡Qué hombría! —Su grito retumbó entre las paredes desnudas—. Debes de estar feliz de tener ante ti a un hombre tan galante. —Su comentario mordaz se dirigió a Elena—. Habrá pocos de estos en el futuro que te espera, putita de mierda.

Desencajado de furia, Rafael atinó a adelantarse para saltar sobre aquella escoria, pero Elena lo retuvo de un brazo al tiempo que le suplicaba que no lo hiciera.

—Yo que tú la escucharía. —Bamboleó el arma que sostenía en su mano—. Yo soy el que está armado. —Todo rastro burlesco desapareció, para ser reemplazado por un descarnado odio y resentimiento—. Eso es lo que siempre me irritó, ¿sabes? Que parecías ser un dechado de virtudes, tu padre no paraba de halagarte y consentirte.

Rafael palpó el odio visceral en las palabras y gestos de Farías. Sus propios sentimientos por ese malparido no eran tan diferentes.

Percibió las manos temblorosas de Elena reteniendo su brazo, y sabía que mudas lágrimas bañaban su rostro dulce e inocente. La realidad que enfrentaban era apremiante y lúgubre. Él sabía que no había posibilidad de que ambos salieran ilesos de aquella situación, pero haría todo lo necesario para asegurarse de que fuera Elena quien no sufriera daño.

El precio era alto, pero no lo dudó. Atemperó su espíritu y aceptó la amarga realidad de que no tendría otra oportunidad de estar a su lado y amarla como ansiaba a cada momento, y que tampoco vería crecer a su hijo.

Con suavidad, se deshizo del agarre de Elena y deslizó su mano para enlazarla a la de ella. La apretó fuertemente dándole fuerzas, transmitiéndole en ese breve gesto y en su mirada todo su amor.

—Tú saldrás de aquí. Y recuerda que no importa cómo, yo estaré siempre donde estés tú —le susurró su juramento, amorosamente

convencido de que ni siquiera la muerte podría romper el lazo que los unía.

Elena, desesperada, lo tomó más fuerte de la mano. No lo dejaría ir. Negó con su cabeza porque no podía aceptar esas palabras de despedida. En su mente, también negó una y otra vez lo inminente. Y su muda letanía se detuvo cuando, de un tirón, Rafael se soltó de su mano para abalanzarse contra el verdugo.

Antes de que Rafael siquiera llegara cerca de Horacio Farías, la detonación de un disparo retumbó, ensordeciendo a Elena en su agonía.

—¡Dios querido, no, no! —gritó desgarrada.

Rafael se detuvo en seco con el impacto de ese sonido, que resonó en sus oídos como el de aquella fatídica noche.

Frente a él, las facciones de Horacio Farías cambiaron de la gloria a la estupefacción. Sus ojos incrédulos parpadearon al tiempo que sus piernas se doblaban, haciéndolo caer de rodillas sobre el duro mármol.

A su espalda, aun sosteniendo en alto su arma humeante, Alonso Godoy mantenía su mirada glacial e inclemente sobre su víctima.

Con la sorpresa cincelada en su rostro, Rafael se volteó para acercarse a Elena y fundirse con ella en un abrazo aliviador. Mientras la sostenía entre sus brazos, tan temblorosa como lo estaba él, observó que Alonso se acercaba a Farías, cuyo cuerpo yacía en ese momento sobre el piso.

Alonso pateó el arma lejos de ese cretino y luego se acuclilló a su lado.

—Quedas nuevamente detenido, aunque debo confesarte que no llegarás al calabozo. Con un tiro certero, me encargué de que tu miserable vida se apague para siempre. —Lo tomó de los cabellos para levantar su cabeza y acercarla hasta su cara—. Tu condena la vas a pagar en el infierno.

Lo soltó y aguardó como un lince, con su vista fija en Farías hasta que los gemidos de sufrimiento se silenciaron y la vida de sus ojos desapareció para quedar vacía, clavada en la lujosa araña de cristal que pendía del cielo raso.

Terminó de comprobar la muerte del maldito y se puso de pie para acercarse hasta la pareja que ya se soltaba de su abrazo para encararlo con gran alivio y agradecimiento.

Alonso palmeó el hombro de Rafael al tiempo que escrutaba el rostro de Elena Valdez.

—¿Se encuentran bien? —Vio cómo ambos asentían—. Pensé que no llegaría a tiempo. Cuando seguí la pista de ese malnacido hasta aquí, nunca me imaginé que ustedes estuvieran también en esta casa.

Rafael extendió su mano y Alonso no demoró en aceptarla.

—Gracias, si no hubieras estado aquí, esto sería una desgracia. —Rafael observó de reojo a Elena, que miraba a su salvador con eterna gratitud.

—No tienen nada que agradecer. —Lo miró fijo a los ojos—. Te lo debía, se los debía a los dos —dijo convencido de que había saldado las cuentas con su amigo. Porque, por más distancia que Rafael se empecinara en interponer entre ellos, para él siempre sería su amigo.

—No diga tonterías, Godoy —lo amonestó Elena—. Usted no tenía ni tiene ninguna deuda con nosotros, al contrario, ¿verdad? —Su gesto inquisitivo se dirigió a Rafael, como a la espera de que este confirmara sus palabras.

Alonso Godoy se frotó el cuello al tiempo queladeaba sus labios en una mueca de humor. Su amigo estaba por completo en manos de su mujer. Rafael enarcó las cejas, instando a Alonso a atreverse a hacer algún comentario. Luego relajó el gesto y también curvó la comisura de sus labios en un escueto gesto de rendición.

—Por supuesto, ya no hay ninguna cuenta pendiente entre nosotros.

Ante la capitulación de Rafael, Elena se acercó para darle un sonoro beso en la mejilla a Alonso Godoy, que se sonrojó avergonzado, y luego besó a su amor en los labios, como si de ese modo sellaran para siempre todas las cuentas con el triste pasado.

Capítulo 36

Ciudad de Chascomús, año 1912

Una ventisca ligera jugueteaba con las faldas de las damas y se enredaba entre las hojas otoñales que, con sigilo, en un vaivén ondulante, se desprendían de los diversos árboles dispersos en el amplio jardín trasero.

Dos tablones cubiertos con delicados manteles blancos estaban a resguardo de la sombra de la galería, porque los resabios del verano aún se hacían sentir en ese mediodía caluroso y húmedo.

Pronto se reunirían en un almuerzo que serviría de inauguración de la nueva casa. Era un lugar encantador y la espera había valido la pena. Al llegar de la Capital, habían adquirido la propiedad vetusta, despreciada en el mercado inmobiliario, pero que para ellos había sido exacto lo que estaban buscando.

Si bien su estilo colonial no estaba en boga en la gran urbe, allí era perfecto. La simpleza de sus líneas rectas, su despliegue en una sola planta, las habitaciones espaciosas con sus ventanales custodiados por sus rejas curvas y la amplia galería de baldosas rojas que bordeaba su frente y fondo trasero, les había encantado. También el amplio jardín fue como un imán. Pero un detalle no menor la volvía aún más especial: se encontraba emplazada cerca de la laguna y de la ribera que Elena tanto disfrutaba.

Como habían tenido que someterla a varios arreglos y a otras obras que permitieran disfrutar de todas las instalaciones modernas que podían esperarse en una vivienda, habían vivido hasta entonces en otra casa que alquilaron temporalmente.

Si bien se habían mudado dos semanas atrás, recién se encontraban en condiciones de realizar aquella reunión.

Elena acercó los platos y cubiertos para distribuirlos en las mesas. Sonrió indulgente hacia el niño que en una carrera tambaleante se agarró de su falda rayada para ocultarse de su madre.

—Este niño me volverá loca —se quejó Catalina—. Sal de entre las faldas de Elena, que las estropearás con esas manos llenas de tierra.

—Déjalo, una mancha más a la falda no le hará nada. —Le guiñó un ojo al pequeño, que era una tromba y traía a sus padres cansados de estar en alerta permanente—. ¿Simón está a gusto en la academia de boxeo?

Catalina puso los ojos en blanco en una expresión que hizo reír a carcajadas a Elena.

—¡Por Dios! Te quedas corta con «a gusto». Está encantado, obsesionado, no habla de otra cosa. Jamás me imaginé que podía gustarle tanto esa actividad.

—Parece que no solo le gusta —afirmó Elena—, sino que tiene muchas condiciones para su práctica. Eso me ha dicho Rafael, que sabe mucho al respecto, créeme.

Que Rafael hubiera apreciado que Simón tenía muy buenas condiciones para el boxeo le había dado un alivio a la vez que un socio para la academia que había abierto en Chascomús. Si bien Simón se había acercado por curiosidad y con la sola intención de tomar unas cuantas clases, pronto había descubierto una pasión que Rafael entrenó con maestría hasta que llegaron al punto de que lo convirtió en su socio. Simón impartía clases y a la vez participaba activamente en la dirección del negocio.

Para Elena eso había resultado aliviador, Rafael contaba con más tiempo libre y ella lo aprovechaba.

—Si ustedes siguen cuchicheando, llegarán los comensales y aún estaremos en veremos con los preparativos.

Tía Elsa cargaba en brazos a su pequeño tesoro y ella se acercó para estamparle un sonoro beso en la mejilla a su niño y de paso también a su querida tía, que estaba embobada de amor con su sobrino nieto.

—¡Pero si ya tenemos casi todo listo! —dijo con un falso tono de protesta. Luego le estiró los brazos a su pequeño, que la rehuyó escondiendo su cara en el cuello de su tía—. ¡Oh! ¡Mírenlo! —exclamó Elena, ofendida—. Después vendrás llorando a mis brazos —sentenció.

Su tía lo abrazó y meció juguetona mientras Antonito lanzaba carcajadas de alegría. Se sentía tan feliz que no podía desear nada más en la vida.

—Buenos días. —La voz profunda de Rafael retumbó en la galería.

Venía acompañado de Simón y Alonso, que acababa de llegar de la Capital. Este, con descuido, dejó el sombrero sobre la mesa y Elena se mordió un labio aguantando la sonrisa al ver a su tía poner los ojos en blanco en un gesto de desaprobación al tiempo que lo retiraba de allí. Para ella, el orden y los horarios tenían una gran importancia.

Antonito prácticamente se lanzó de los brazos de su tía Elsa a los de su padre al tiempo que balbuceaba un «pa..., pa» que lo llenaba de orgullo. Elena sentenció que su hijo era un pequeño traidor; evitaba sus brazos, pero iba desesperado a los de su padre.

Sonrió con ternura al verlos. El contraste entre el fornido cuerpo de su esposo y el pequeño de su hijo, que acababa de cumplir tan solo un año de vida, la emocionaba. Eran físicamente parecidos. Tonito había sacado los ojos ambarinos, que eran un sello de los Martel, y cabello oscuro. Pero Rafael aclaraba que el temperamento era el de la madre.

Este le guiñó un ojo y se acercó para besarla dulce en los labios. Alonso carraspeó e interrumpió a los tórtolos:

—Mejor, mientras ustedes siguen con lo suyo, me das a mi ahijado. Para eso aguanté esas horas de viaje en tren, muerto de calor y tragando toneladas de polvo.

Todos rieron y, otra vez, el pequeño pasó de mano en mano. Rafael enlazó su brazo a la cintura de Elena y la acercó a su lado. La había añorado todo el día, como de costumbre. No importaba cuánto tiempo pasaran juntos, nunca ninguno de los dos quedaba saciado.

El almuerzo había estado rodeado de algarabía y Elena no recordaba haberse sentido nunca tan dichosa. El único que les había hecho falta era Willy, pero se encontraba en Montevideo y los visitaría la siguiente semana.

Regresaba de comprobar el descanso de su hijo, al que había recostado durante la siesta, y se encaminaba hacia el patio. Al pasar

por la biblioteca y sala de lectura, se detuvo con el entrecejo fruncido.

La estancia la había decorado con tía Elsa y habían traído de la Capital parte del mobiliario que ambas tanto amaban de la salita de lectura. Se acercó al escritorio y tomó un libro que era como una reliquia. Extrañada de que su tía fuera tan descuidada como para dejarlo fuera de su sitio, se subió en una silla para colocarlo en su lugar.

Desde el vano de la puerta, Rafael la observó divertido. Sus labios se ensancharon en una sonrisa que era una combinación peligrosa de picardía y sensualidad. Con sigilo, entró y cerró la puerta con llave.

Se acercó a Elena, que se hallaba de espaldas a él y se había demorado ojeando otro libro que había tomado en sus manos.

—Insistes en hacer cosas peligrosas.

—¡Oh, Dios! —dijo al tiempo que se llevaba una mano al pecho y giraba enfadada por la interrupción—. En verdad vas a matarme del susto, o lo que es peor, vas a ocasionarme un accidente con esa manía de moverte en silencio —terminó la reprimenda y acomodó el libro en su lugar, para luego descender de la silla.

Rafael la tomó de la cintura para bajarla de un salto y la aprisionó contra su pecho, en el que retumbaban los latidos frenéticos de su corazón. El enfado de su esposa lo divertía, pero más aún lo excitaba.

—¿Escuchas eso? —le dijo fingiendo preocupación, y vio cómo Elena fruncía su ceño en un intento de prestar atención.

—¿Qué? —Quizás Tonito se había despertado y la estaba llamando.

Rafael le tomó la mano y la llevó hasta su pecho.

—Mi corazón, que late por ti. —Rafael sonrió con una mueca felina y los ojos de Elena brillaron pícaros ante el comportamiento lisonjero de su esposo.

—¿Y hay algo más que lata por mí en este momento? —Provocadora, deslizó su mano por la parte delantera de su pantalón.

—Tal vez.

Rafael la besó inclemente, hundiendo su lengua en la profundidad de su boca dulce, bebiendo de allí sus gemidos de placer.

Le hizo el amor sobre el escritorio, penetrando en ese cuerpo terso que lo alojaba una y otra vez con anhelo y profunda calidez.

Pasaba el tiempo y entre ellos la pasión no solo no se consumía, sino que los enardecía en cualquier oportunidad. Disfrutaban, se deseaban y amaban dentro y fuera de la cama. No los unía solo esos momentos de deleite, sino cada instante del día, cada momento en que se acompañaban.

Rafael tomó a Elena en sus brazos y se dirigió a uno de los sillones que había en la inmensa habitación. Con ella en su regazo, acunada en su pecho, cerró los ojos y se dejó llenar los pulmones de su fragancia.

No había más que decir, no había más por hacer que amarse como lo hacían, con esa desesperación, con esa obstinación, porque de ello dependía que sus corazones siguieran latiendo con el pulso de la vida.

Epílogo

Sentada en la barranca de la laguna, con las hebras de su suave cabello libres acariciadas por la brisa fresca y el arrullo de las aguas cantando en sus oídos, Elena se dispuso a leer la carta que tenía entre sus manos.

Querida compañera:

Ante todo, espero que te encuentres muy bien. Aquí las cosas marchan de maravillas. Pronto estará todo listo para que nuestro proyecto se ponga en funcionamiento.

Ambas sabemos lo arduo de nuestra lucha y los sinsabores que en ella atravesamos, pero sé que compartimos la convicción de que todos nuestros caminos, con el tiempo, darán sus frutos. Nuestro lugar en la sociedad no será el mismo, nuestras conquistas serán mayores y nuestra libertad infinita.

Anhelo que mis ojos puedan ver todo lo que logremos ganar a pulso. A veces me desaliento, no te voy a mentir. Tantos obstáculos, tanto temor tienen los hombres de que los miremos de igual a igual, que no cejan en sus intentos de aferrarse a su poder para seguir haciendo de nuestros designios lo que ellos pretenden.

Pero no quiero aburrirte, no es para eso que te escribo, sino para decirte que será un honor para todas las que formamos parte de este proyecto que tú, siendo nuestra principal benefactora, inspiradora y hacedora para que este sueño se haga realidad, seas quien inaugure formalmente nuestras actividades en el Hogar Maternal.

Y luego de tan dichoso y memorable momento, te invitaré a que brindemos juntas por aquello que nos impulsó y nos unió con ahínco a nuestro primer Congreso Femenino Internacional. Ser mujeres más libres y dueñas de sus destinos.

Tu compañera y amiga,

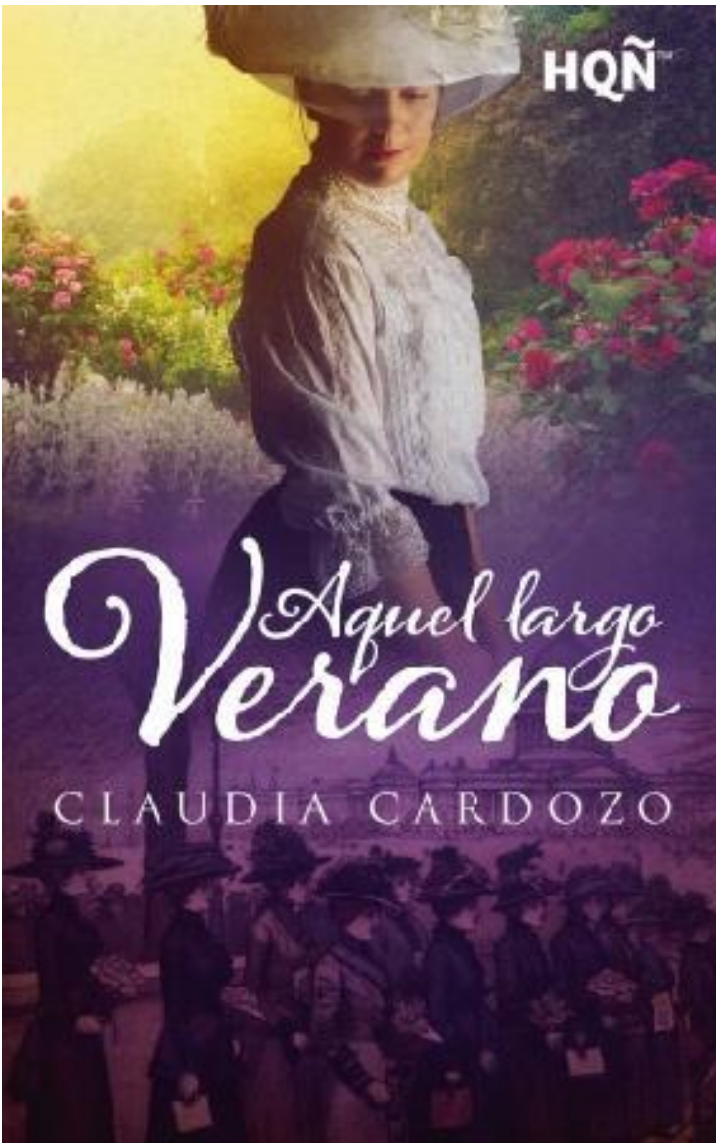
Sara

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollins.es



Aquel largo verano

Cardozo, Claudia

9788411419284

397

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

HQÑ 361

"Cualquiera de esos hombres te merece mil veces más que yo"

Arianna Goodwin es una joven perteneciente a una familia distinguida pero venida a menos que cifra todas sus esperanzas en un matrimonio de conveniencia para conservar su estilo de vida. Ella, sin embargo, sueña con un futuro muy distinto: está enamorada y dispuesta a dejarlo todo para compartir su vida con el hombre que ha elegido.

Lucien Wallace es un sirviente más en el hogar de los Goodwin. Ha crecido junto a Arianna y su hermano Alden y se enamoró irremisiblemente de ella desde la primera vez que la vio. No hay nada que anhelan más que compartir sus vidas y están dispuestos a desafiar a quien haga falta para lograrlo.

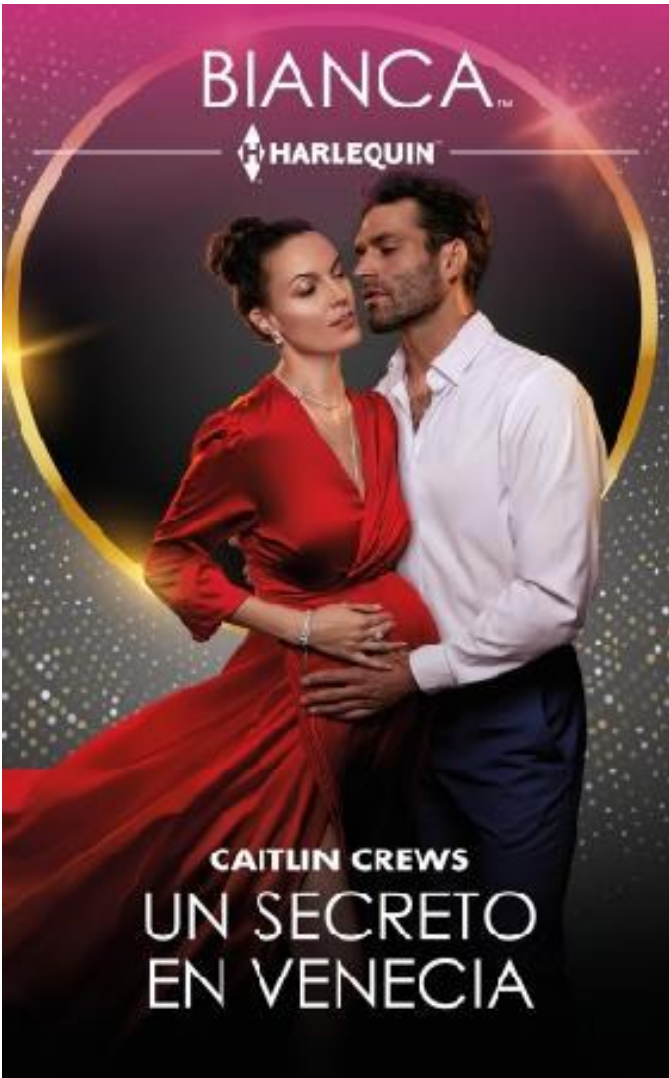
Lo que ninguno puede imaginar es que sus sueños se verán truncados de forma cruel y se encontrarán en una encrucijada: ¿podrán elegir el amor y una vida juntos o se dejarán arrastrar por el horror de un tiempo que amenaza con separarlos para siempre?

Una historia de amor inolvidable ambientada en un marco histórico fascinante.

- Ambientada en la Era Eduardiana, una época de grandes cambios para la sociedad y la mujer.
- Se tratan acontecimientos muy interesantes, como la lucha sufragista, la ascensión del movimiento obrero y la crisis en el parlamento de la época.

- Una joven muy de su tiempo, y que pertenece a la aristocracia rural, es utilizada por su familia como moneda de cambio.
- Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.
- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, romance... ¡Elige tu historia favorita!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Un secreto en Venecia

Crews, Caitlin

9791370005436

160

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\).](#)

Una noche de pasión en Venecia... Y una sorpresa nueve meses después.

Beatrice, una estricta directora de colegio, ocultaba su verdadero ser bajo una personalidad severa y fría. Hasta que abandonó su habitual disfraz y se concedió una noche desenfrenada con un desconocido, que la llevó a tener que esconder un secreto aun mayor...

Beatrice aceptó la exorbitante oferta del millonario Cesare Chiavari para ocuparse de su hermanastra durante el verano... Pero no esperaba que se tratara del misterioso italiano con el que había compartido una apasionada noche. Peor aún fue descubrir que, aunque entre ellos seguía habiendo un deseo latente, Cesare no la reconocía...

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



París puede esperar

Sicilia, Marisa

9788413487649

61

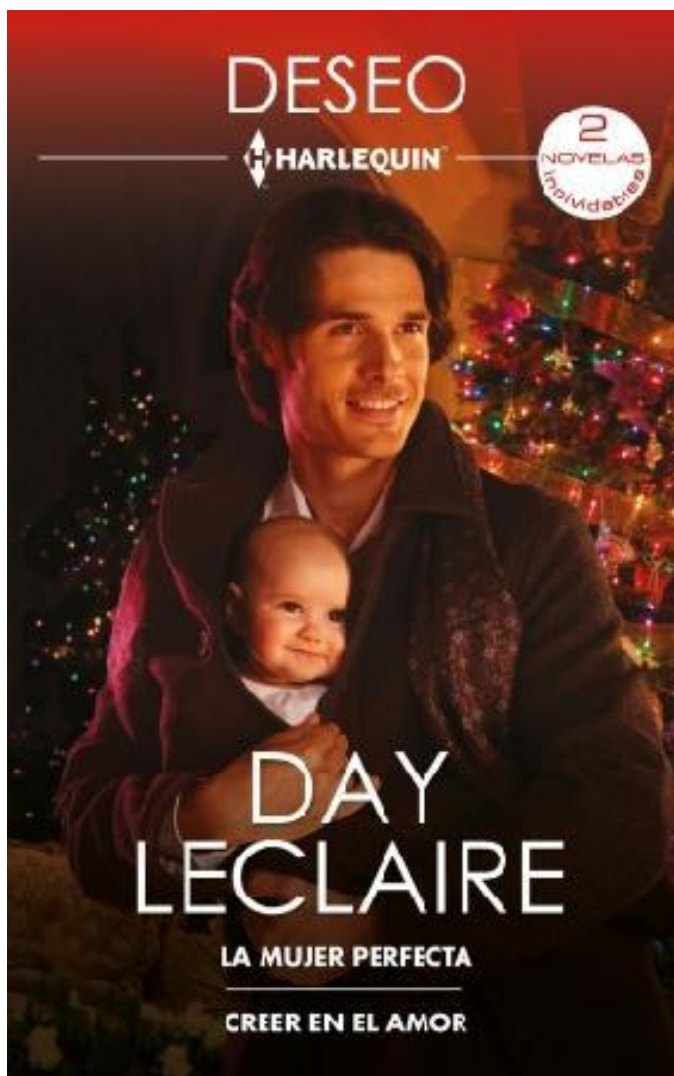
[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

**Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés.
Con este motivo nuestras autoras han escrito unas**

maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La mujer perfecta - Creer en el amor

Leclaire, Day
9788410745629
320

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

La mujer perfecta

Gracias a una increíble apuesta en una partida de póker, Reese Sinclair ganó... ¡una mujer!

Aquellas dos semanas en el restaurante de Sinclair eran demasiado para una princesita como Sydney. Ni siquiera alguien tan deliciosamente exasperante como ella podría conseguir que Reese se replanteara su preciada soltería. Aun así, el deseo que sentían el uno por el otro era cada vez mayor.

Una sola noche de pasión hizo que Reese perdiera por completo el control de la situación y lo dejó con un irreprimible deseo por ella... ¿Qué iba a hacer el atractivo soltero cuando la apuesta llegara a su fin? Podría simplemente recoger sus cartas y olvidarlo todo o... cambiar de vida y pedirle que se casara con él...

Creer en el amor

Gabe Moretti llevaba toda la vida intentando conseguir un collar de diamantes que era su único legado. Al reencontrarse con Kat Malloy, prima de su difunta esposa, al fin se le presentó la oportunidad de conseguir su objetivo.

Kat le propuso un trato de negocios: fingir un noviazgo a cambio del collar que la madre de Gabe había diseñado. Pero, una vez puesta en marcha la farsa, un beso llevó a otro y Gabe se dio cuenta de que la relación estaba yéndosele de las manos. Además, Kat tenía secretos que él quería desvelar.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



E-Pack Bianca mayo 2024

Graham, Lynne
9788410628670
640

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Un acuerdo temporal

Lynne Graham

Un acuerdo temporal... con una consecuencia permanente

Alana Davison, tímida doncella de hotel, estaba desesperada por saldar una deuda familiar. Tanto que, cuando descubrió que el magnate griego Ares Sarris necesitaba una esposa, se decidió a hacerle una escandalosa sugerencia: si Ares la ayudaba con su deuda, ella se convertiría en su esposa de conveniencia.

Para Ares, Alana se convirtió en una magnífica solución. Su matrimonio le permitiría asegurarse la herencia que su ilegitimidad le había negado hasta entonces. Sin embargo, el inconveniente era la química que ardía entre ellos. Por sorpresa, Alana le comunicó que, nueve meses más tarde, su ordenada vida iba a ponerse patas arriba por la llegada de un bebé...

Matrimonio de papel

Joss Wood

¡Su esposa de conveniencia quería negociar el nacimiento de un heredero!

El matrimonio sobre el papel de Millie Piper con el director ejecutivo Benedikt Jónsson le supuso poder controlar su vida. Ahora deseaba tener un hijo, así que lo correcto era pedirle a Ben que se divorciaran. Pero cuando se quedó atrapada en la casa de Ben por una tormenta, descubrió la atracción que sentía por su esposo de conveniencia.

A Ben, un lobo solitario, la petición de divorcio que le hizo Millie le provocó un peligroso deseo. La intimidad de tenerla consigo en su lujosa casa en Islandia amenazaba su implacable dominio de sí mismo, pero no fue nada comparado a la conmoción que le causó lo que le pidió después: ¡que fuera el padre de su hijo!

La reputación del siciliano

Lorraine Hall

Una vez desvelado el secreto... ¡El heredero debía ser reconocido!

Dos años después de disfrutar de una tórrida aventura con Brianna Andersen, Lorenzo Parisi descubrió que había tenido un hijo. Y el mundo que tanto se había esforzado en construir después de una traumática infancia estalló por los aires...

Brianna no averiguó que Lorenzo era millonario ni que tenía una dudosa reputación hasta que se enteró de que estaba embarazada. Temiendo que pudiera hacerle daño, decidió ocultar la existencia de su hijo. Al descubrirlo, Lorenzo reclamó sus derechos como padre.

Y al comprobar que la química que había entre ellos no había disminuido, Brianna supo que lo que verdaderamente estaba en

peligro era su corazón...

El valor de la verdad

Michelle Smart

La catedral de Florencia, un vestido de cuento de hadas... ¡Y una novia a la fuga!

Al descubrir que su prometido, el multimillonario Enzo Beresi, recibiría su herencia si se casaba con él, Rebecca Foley decidió abandonarlo en el altar. Se negaba a casarse con un hombre que no compartía sus secretos con ella.

La inocente Rebecca estaba destrozada, pero no era capaz de romper el vínculo que la unía a Enzo. Por eso, decidió concederle veinticuatro horas para que se sincerara por completo. El atractivo italiano juraba que sus sentimientos hacia Rebecca eran auténticos, pero ¿se atrevería ella a creer en él lo suficiente como para ceder a la tentación de disfrutar juntos su noche de bodas?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)